

NÚMERO 42 NOVIEMBRE DE 2023 EDICIÓN EN ESPAÑOL

EL DECLIVE DEL IMPERIO DE EE.UU. Y LA LUCHA POR EL PODER OBRERO

UN PROGRAMA PARA LA IV INTERNACIONAL

Documentos de la VIII Conferencia de la Liga Comunista Internacional

ARGENTINA...$300 BRASIL...R$5 EE.UU....$3 EUROPA...3€ MÉXICO...$15 PUERTO RICO...$2

Índice

Edición en español

SPARTACIST

Órgano del marxismo revolucionario

Publicado por el Comité Ejecutivo Internacional de la Liga Comunista Internacional (Cuartainternacionalista)

COMITÉ DE REDACCIÓN: Sacramento Talavera (editor), Leticia Castillo (gerente de producción), Federico Bocanegra, Anacleto Juárez, Mónica Mora, Jorge Ramírez, Mario Villa

JEFE DE DISEÑO: Lisa O'Gorman

DISTRIBUCIÓN: Susan Fuller (Nueva York), Genovevo Zaragoza (Cd. Méx.)

SPARTACIST PUBLISHING COMPANY
Box 1377 GPO, New York, NY 10116, EE.UU.
Teléfono: +1 (212) 732-7862 • spartacist@spartacist.org

Las opiniones expresadas en artículos firmados o en cartas no expresan necesariamente el punto de vista de la redacción.

La fecha de cierre de este número es 31 de octubre.

Número 42 

Noviembre de 2023

Editorial

VIII Conferencia Internacional de la LCI

Las crisis se suceden, sacudiendo el mundo al ritmo del declive de la hegemonía estadounidense. Mientras el destino del proletariado mundial está en juego, hay una necesidad urgente de una dirección revolucionaria. Pero el movimiento obrero se encuentra desarmado y desorientado.

En este contexto, la Liga Comunista Internacional celebró este verano su VIII Conferencia Internacional, a la que está dedicado este número de *Spartacist*. El documento que adoptamos como nuestro nuevo programa, "El declive del imperio de EE.UU. y la lucha por el poder obrero—Un programa para la IV Internacional" (página 3), da respuesta a los principales problemas políticos que han plagado a la izquierda y el movimiento obrero durante los últimos 30 años, proporcionando un análisis marxista del periodo postsoviético y trazando un camino revolucionario para las luchas obreras de hoy.

El triunfo del imperialismo estadounidense tras la caída de la URSS abrió una nueva era en la que el liberalismo se convirtió en la ideología política dominante. El movimiento obrero y la izquierda socialista pasaron el periodo postsoviético a la cola de movimientos y políticos liberales, cuya dirección sólo produjo derrotas y desmoralización, alimentando la reacción derechista.

El argumento central de este documento es que la tarea de los revolucionarios a lo largo de los últimos 30 años ***y hoy*** es hacer que el movimiento obrero ***rompa*** con todas las variantes de las fuerzas liberales y sus conciliadores centristas. Esto no es un invento nuevo, sino la lección central del leninismo adaptada a la realidad de hoy.

Un hilo conductor crucial del documento (y de la conferencia) es la necesidad del método marxista: basar la intervención de los comunistas en una comprensión materialista de la situación mundial y de los obstáculos que se interponen en la lucha por el socialismo. Sin ello, es imposible responder correctamente a la pregunta: "¿Qué hacer?"

* * *

En la época del imperialismo, es vital tener una estrategia revolucionaria para los países del Sur Global. El imperialismo estadounidense aprieta aún más las tuercas en la

sigue en la página 13



Al Jazeera/ZUMA (arriba), Osan/AP (abajo)

Arriba: caótica retirada estadounidense de Afganistán, agosto de 2021. Abajo: obreros de la automotriz Maruti Suzuki en huelga en Manesar, India, octubre de 2011.

Un programa para la IV Internacional

INTRODUCCIÓN

El siguiente documento fue adoptado por la VIII Conferencia Internacional de la LCI.

Desde cualquier punto de vista, los 30 años que siguieron al colapso de la Unión Soviética fueron años de relativa estabilidad en la escala de la historia mundial. El periodo tuvo sus crisis y conflictos sangrientos, pero fueron la excepción más que la norma y fueron leves en comparación con las convulsiones del siglo XX. Los conflictos armados fueron de menor intensidad, el nivel de vida de millones de personas mejoró y muchas partes del mundo vivieron una liberalización social. ¿Cómo fue esto posible tras la destrucción de la URSS, una derrota catastrófica para la clase obrera internacional?

La clase dominante imperialista y sus aduladores proclamaron que estos acontecimientos demostraban decisivamente la superioridad del capitalismo liberal estadounidense

sobre el comunismo. ¿Cuál fue la respuesta de los que reivindicaban el manto marxista? El Partido Comunista de China (PCCh) se convirtió en el abanderado de la globalización económica, acogiéndose a la Organización Mundial del Comercio (OMC) y relegando el socialismo a fines puramente ceremoniales. Muchos estalinistas pro Moscú simplemente se desintegraron. En tanto, las agrupaciones trotskistas fueron detrás de los movimientos liberales contra la guerra, la austeridad y el racismo, incapaces de justificar la necesidad de un partido revolucionario. Aunque algunos "marxistas" siguieron predicando el socialismo para el futuro, ninguno construyó una oposición revolucionaria al triunfalismo liberal.

Hoy el viento ha abandonado las velas del liberalismo. La pandemia del Covid-19 y la guerra en Ucrania marcaron un punto de inflexión en la situación mundial. La crisis se está convirtiendo en la norma y la estabilidad en la excepción. Como la hegemonía de Estados Unidos está amenazada y todos los factores que favorecían la estabilidad se están revirtiendo, muy pocos tienen la ilusión de que el camino por venir vaya a ser tranquilo. Aunque el liberalismo todavía tiene sus defensores —particularmente en el movimiento obrero—, ya no están seguros de sí mismos ni a la ofensiva, sino histéricos y a la expectativa mientras sienten que el suelo se derrite bajo sus pies. El liberalismo se enfrenta ahora a verdaderos desafíos, desde el populismo de derecha e izquierda, el islamismo y el nacionalismo hindú, hasta el estalinismo chino. Los propios liberales se están desgarrando unos a otros respecto a los criterios de la corrección política y las políticas identitarias. Pero, mientras los nubarrones se ciernen y el imperialismo estadounidense y sus aliados tratan de recuperar la iniciativa, la vanguardia del proletariado continúa desorganizada y desorientada.

La lucha por liberar al movimiento obrero del oportunismo, iniciada por Lenin y continuada por Trotsky, debe retomarse una vez más, aplicada a las tareas y las dinámicas del mundo actual. La VIII Conferencia Internacional de la LCI y este documento buscan proporcionar una base para esta lucha mediante una crítica del periodo postsoviético de triunfalismo liberal y esbozar algunos elementos básicos de análisis y programa para la nueva era actual, caracterizada por el desquebrajamiento de la hegemonía estadounidense. Mientras la clase obrera del mundo se enfrenta al desastre y el conflicto, hoy más que nunca existe la necesidad urgente de un partido revolucionario internacional de vanguardia capaz de dirigir a la clase obrera hacia el poder.

I. ORÍGENES DEL MUNDO UNIPOLAR

Estados Unidos emergió de la Segunda Guerra Mundial como líder indiscutible del mundo capitalista. Su economía nacional representaba el 50 por ciento del PIB mundial, poseía el 80 por ciento de las reservas mundiales de divisas fuertes, tenía el ejército más poderoso y era el principal acreedor del mundo. Utilizó este dominio para remodelar el orden internacional. El sistema Bretton Woods estableció el dólar estadounidense como la moneda de reserva mundial y se crearon toda una serie de instituciones (ONU, FMI, Banco Mundial, OTAN) para consagrar el dominio estadounidense y sentar las bases de un orden mundial capitalista liberal.



Globe Photos

Cumbre de París de 1957 de la OTAN anticomunista liderada por EE.UU.

A pesar del abrumador poder económico de Estados Unidos, la URSS representaba un importante contrapeso. El Ejército Rojo era una fuerza formidable y su control se extendía por toda Europa Oriental. A pesar de los intentos de Stalin por lograr un acuerdo duradero con el imperialismo estadounidense, ningún trato era posible. La existencia misma y la fuerza de la Unión Soviética representaban un desafío a la dominación del capitalismo estadounidense. En todo el mundo, las luchas anticoloniales estaban en pleno apogeo y las fuerzas antiimperialistas buscaban en la URSS apoyo político y militar. La victoriosa Revolución China de 1949 extendió aún más el peso del mundo no capitalista, creando histeria y pánico en EE.UU. El mundo estaba efectivamente dividido en dos esferas de influencia en competencia que representaban dos sistemas sociales rivales.

Mientras las demás potencias imperialistas se reconstruían y Estados Unidos se embarcaba en una aventura militar anticomunista tras otra, aparecieron los primeros signos claros de sobreextensión. La derrota de Estados Unidos en Vietnam fue un punto de inflexión que abrió un periodo de agitación económica y política dentro y fuera del país. A principios de la década de 1970 había razones de peso para creer que el llamado "siglo estadounidense" se enfrentaba a una pronta desaparición. Sin embargo, las aperturas revolucionarias de finales de los 60 y principios de los 70 —Francia (1968), Checoslovaquia (1968), Quebec (1972), Chile (1970-1973), Portugal (1974-1975), España (1975-1976)— acabaron todas en derrota. Al asegurar estas derrotas, la dirección oportunista de la clase obrera proporcionó al imperialismo el margen necesario para estabilizarse. A finales de los 70 y principios de los 80 éste volvió a la ofensiva, marcando el comienzo de la era neoliberal de privatizaciones y liberalización económica. En 1981, Reagan asestó una derrota decisiva a la clase obrera estadounidense al aplastar la huelga de controladores aéreos de PATCO. A ésta siguieron otras derrotas de la clase obrera internacional, en particular la de los mineros británicos en 1985. En este periodo se ejerció cada vez más presión sobre la URSS, la Guerra Fría alcanzó nuevas alturas y Estados Unidos explotó la escisión sino-soviética a través de su alianza antisoviética con China.

A finales de los 80, la URSS y el bloque del Este se encontraban en una profunda crisis económica y política. La retirada del Ejército Rojo de Afganistán y la victoria contrarrevolucionaria de Solidarność en Polonia desmoralizaron aún más a la burocracia gobernante en Moscú. Después de que Moscú vendiera la RDA (Alemania Oriental) y accediera a la reunificación alemana, no pasó mucho tiempo antes de que vendiera a la propia Unión Soviética. Las presiones del imperialismo mundial, combinadas con la desmoralización de la clase obrera tras décadas de traición estalinista, condujeron a la liquidación final de las conquistas de la Revolución de Octubre. Para 1991 el balance de fuerzas de clase al nivel internacional se había inclinado decisivamente del lado del imperialismo a expensas de la clase obrera y los oprimidos del mundo.

II. CARÁCTER REACCIONARIO DEL PERIODO POSTSOVIÉTICO

Ultraimperialismo *made in the USA*

Con el colapso de la URSS, el orden mundial ya no se definía por el conflicto de dos sistemas sociales, sino por la hegemonía de Estados Unidos. No existía ningún país o grupo de países que pudiera rivalizar con EE.UU. Su PIB era casi el doble que el de Japón, su rival más cercano. Controlaba el flujo de capital mundial. Militarmente, ninguna potencia podía siquiera acercársele. El modelo estadounidense de democracia liberal fue proclamado el pináculo del progreso al que se esperaba que convergieran todos los países.

En muchos aspectos, el orden que surgió se asemejaba al "ultraimperialismo", un sistema en el que las grandes potencias acuerdan saquear conjuntamente el mundo. Esto no se produjo por la evolución pacífica del capital financiero, como proyectó Karl Kautsky, sino por la supremacía de una única potencia construida sobre las cenizas de los imperialismos europeos y japonés tras la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos reconstruyó estos imperios a partir de sus restos y los unificó en una alianza anticomunista durante la Guerra Fría. Cuando ésta terminó, este frente unido imperialista no se fracturó, sino que se reforzó en muchos aspectos. Por ejemplo, la reunificación alemana no condujo a un recrudecimiento de las tensiones en Europa, como muchos temían, sino que se hizo con la bendición de Estados Unidos y la OTAN.

La excepcional estabilidad del periodo postsoviético puede explicarse por las abrumadoras ventajas de Estados Unidos sobre sus rivales, combinadas con la apertura al capital financiero de grandes franjas de mercados hasta entonces no explotadas. En 1989, un tercio de la población mundial vivía en países no capitalistas. La oleada contrarrevolucionaria que comenzó ese año condujo a la destrucción completa de muchos de los estados obreros del mundo, o —como en el caso de China— a la apertura al capital imperialista mientras se mantenían las bases de una economía colectivizada. Estos acontecimientos dieron un nuevo impulso al imperialismo. En lugar de enfrentarse entre sí por su parte del mercado, Alemania, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos trabajaron juntos para llevar a Europa Oriental al redil político y económico de Occidente. La Unión Europea (UE) y la OTAN se extendieron conjuntamente hasta las mismas fronteras de Rusia. En Asia se dio una situación análoga: EE.UU. y Japón trabajaron juntos para fomentar y explotar la liberalización económica en China y el resto de Asia Oriental y Sudoriental.

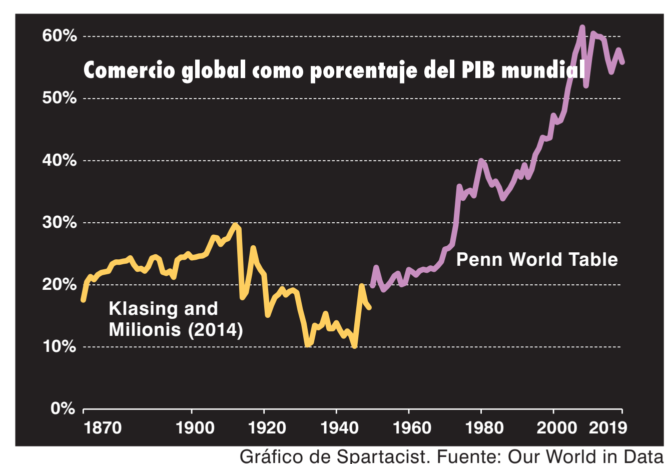


Gráfico de Spartacist. Fuente: Our World in Data

El comercio mundial alcanzó máximos históricos tras el colapso de la Unión Soviética, superando con creces las anteriores oleadas de globalización.

El frente unido de las grandes potencias no dio al resto del mundo más alternativa que acatar los dictados políticos y económicos de Estados Unidos. En un país tras otro, el FMI y el Banco Mundial reescribieron las reglas de acuerdo con los intereses del capital financiero estadounidense. Este "neoliberalismo" ya estaba en marcha en los años 80, pero la destrucción de la Unión Soviética le dio un impulso renovado. Los pocos países que se negaron a seguir o que fueron bloqueados del camino trazado por Estados Unidos (Irán, Venezuela, Corea del Norte, Cuba, Irak, Afganistán) no supusieron ninguna amenaza significativa para el orden mundial.

Este favorable equilibrio de poder no sólo creó lucrativas oportunidades de inversión para los imperialistas, sino que también redujo los riesgos asociados al comercio exterior. Los capitalistas podían invertir y comerciar en el extranjero sabiendo que el dominio político y militar de Estados Unidos los aseguraba en contra de un conflicto importante o un gobierno demasiado hostil. Estos factores condujeron a un crecimiento significativo del comercio internacional, la deslocalización masiva de la producción y una explosión de la circulación internacional de capitales, es decir, a la globalización.

Una respuesta marxista a la globalización

Los defensores del imperialismo liberal atribuyen a la globalización un importante aumento del nivel de vida en muchas partes del mundo y, en general, un descenso en los precios de los bienes de consumo. Es innegable que la extensión de la división mundial del trabajo en los últimos 30 años ha conducido a un desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional. Por ejemplo, el consumo de energía per cápita se ha más que duplicado en los países de ingresos bajos y medios, la tasa de alfabetización mundial ha aumentado a casi 90 por ciento, la producción de automóviles ha aumentado a más del doble y también lo hizo la producción de acero. A primera vista, estos acontecimientos

sigue en la página 23

¿Qué es la dirección revolucionaria?

El siguiente documento fue adoptado por la VIII Conferencia Internacional de la LCI.

Los grandes periodos de lucha de clases fusionan el movimiento obrero en la acción conjunta contra la clase capitalista. Los periodos de reacción tienen el efecto contrario, exacerbando las divisiones dentro de la clase obrera sobre la base de la nacionalidad, la raza, el género y el oficio. Estos ciclos de unificación y división encuentran su reflejo en los sectores políticamente más avanzados del movimiento obrero, los partidos y las organizaciones que afirman luchar por la revolución socialista. En el largo periodo de la reacción postsoviética, la izquierda marxista se ha fragmentado cada vez más en grupos más y más pequeños con base en líneas dogmáticas y camarillistas. Con tantos grupos reclamando el manto de la dirección revolucionaria, surge la pregunta: ¿qué es la dirección revolucionaria? A medida que la lucha de clases se intensifica en la cambiante situación mundial, un enfoque correcto de esta cuestión es esencial para revisar críticamente el historial de las organizaciones que afirman luchar por la revolución y para establecer las bases para unificar la vanguardia revolucionaria a escala internacional.

La cuestión de la dirección revolucionaria casi siempre se complica en exceso. Y sobre esta cuestión básica del marxismo —como sobre la mayoría de las demás— no hay mejor respuesta que la explicación simple y clara del *Manifiesto Comunista*:

> "Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.
>
> "Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario".

La dirección comunista de la lucha de clases debe basarse en una comprensión científica de las relaciones de clase, desde la situación internacional general hasta las condiciones específicas de cada fábrica. Dicha dirección no se define por la pureza de corazón, por la doctrina abstracta ni por proclamar la necesidad de "la dictadura del proletariado", sino por la capacidad de proponer la línea de acción que mejor corresponda a los intereses objetivos del movimiento obrero en su conjunto. Es necesario guiarse por el objetivo final: el derrocamiento del capitalismo y la fundación de un orden socialista internacional. Pero este objetivo sólo avanza en la medida en que su persecución se base en la realidad viva de un tiempo y un lugar determinados, no evitando sino enfrentando los principales obstáculos que bloquean su marcha hacia delante.

A partir de este entendimiento, la única manera de evaluar verdaderamente el carácter revolucionario de un partido o agrupación es juzgando si en el curso de los acontecimientos lucha por los intereses del movimiento en su conjunto o si éstos son sacrificados en favor de los intereses de otras fuerzas de clase o de los intereses estrechos de segmentos aislados del movimiento obrero. En cada giro y obstáculo de la lucha de clases, se pone a prueba la capacidad del partido para guiar a la clase obrera. En *Lecciones de Octubre* (1924), Trotsky describe el funcionamiento interno de este proceso:

> "Un partido revolucionario está sometido a la presión de diferentes fuerzas políticas. En cada período de su desarrollo elabora los medios de resistirlas y rechazarlas. En los virajes tácticos que comportan reagrupamientos y roces interiores disminuye su fuerza de resistencia. De ahí la posibilidad constante, para las agrupaciones internas de los partidos engendradas por la necesidad del viraje táctico, de desarrollarse considerablemente y de llegar a ser una base de diferentes tendencias de clases. En resumen, un partido desvinculado de las tareas históricas de su clase se convierte o corre el riesgo de convertirse en instrumento indirecto de las demás".

Los grandes acontecimientos mundiales —como las guerras, las revoluciones...o una pandemia— exacerban las presiones de otras clases sobre la vanguardia y revelan de la manera más clara el verdadero carácter de un partido.

Aunque los periodos de crisis proporcionan la mejor prueba para un partido revolucionario, su trayectoria en el periodo precedente prepara el resultado. Los partidos revolucionarios no surgen de la nada en vísperas de guerras o revoluciones, sino que se forjan a través de los altibajos de la lucha de clases en un proceso continuo. Sólo una actuación correcta en los periodos de reacción puede sentar las bases del éxito en los estallidos de la lucha revolucionaria.

En pocas palabras, un partido revolucionario es aquel que puede guiar a la clase obrera a través de los acontecimientos de una manera que haga avanzar su emancipación. Es según este criterio que debemos evaluar el curso de la LCI y el de cualquier otra agrupación o partido que pretenda proporcionar una dirección revolucionaria. ■



El revisionismo postsoviético de la LCI



Paulius Lileikis

23 de agosto de 1991: estatua de Lenin en Vilna, capital de Lituania, es derribada mientras la contrarrevolución se extendía por la URSS.

Este documento fue adoptado por la VIII Conferencia Internacional de la LCI.

El colapso de la Unión Soviética representó un cambio fundamental en la situación mundial. Dado que su existencia había definido la política de la izquierda durante casi 75 años, su destrucción exigió una profunda reevaluación de la situación mundial y de las tareas de los comunistas. En los años que siguieron a este desastre, la LCI llevó a cabo múltiples discusiones y publicó documentos sustanciales con este objetivo declarado: el documento de la Conferencia Internacional de 1992, el documento de la Conferencia de la SL/U.S. de 1994, el Memorándum del CEI de 1996 y la "Declaración de principios y algunos elementos de programa" de 1998. Estos documentos son coherentes en su análisis de los acontecimientos mundiales y en las tareas que plantean para el partido. Sin embargo, lejos de representar una defensa del marxismo en los primeros años de la era postsoviética, son fundamentalmente revisionistas. Las tareas establecidas para el partido oscilaban entre un programa mínimo puramente liberal y un programa máximo que consiste en salvaguardar fórmulas marxistas abstractas para el porvenir. Todos estos documentos niegan —a veces explícitamente, pero sobre todo implícitamente— que el programa comunista tenga un papel decisivo que desempeñar en las luchas del periodo que nos ocupa.

La situación mundial

El marxismo puede guiar a la clase obrera en sus luchas porque se basa en un entendimiento científico de sus intereses de clase, tanto inmediatos como históricos. Un partido que se proclama marxista pero que no tiene una correcta apreciación política y económica del periodo actual no puede guiar a la clase obrera de acuerdo con sus intereses de clase. Sin una base materialista, las tareas que se fije para sí mismo y para el proletariado reflejarán necesariamente los intereses de otras clases.

La concepción de la LCI de la época postsoviética era errónea en prácticamente todos los aspectos, empezando por la forma en que describía la situación internacional. El colapso de la Unión Soviética representó el triunfo del imperialismo estadounidense y abrió un periodo de relativa estabilidad geopolítica en el que las potencias imperialistas saqueaban conjuntamente el mundo bajo el paraguas de la hegemonía de EE.UU. Para la LCI, sin embargo:

> "El final de la Guerra Fría no traerá consigo un nuevo 'siglo americano' sino la intensificación de las rivalidades interimperialistas. El sistema global de 'libre comercio' —el pegamento económico que mantenía unida la alianza antisoviética dominada por los EE.UU.— se está desmoronando porque las principales potencias capitalistas intentan volver a dividir el mundo en bloques comerciales regionales".
>
> —Documento de la Conferencia Internacional de 1992, *Spartacist* No. 25, julio de 1993

Este análisis, que estaba en completa contradicción con los verdaderos acontecimientos mundiales, fue sostenido sistemáticamente por la LCI durante todo este periodo, incluso en su Declaración de principios:

> "Pero los imperialismos rivales, especialmente Alemania y Japón, ya sin estar restringidos por la unidad antisoviética, están siguiendo con premura sus propios apetitos para controlar los mercados mundiales y proyectando concomitantemente su poder militar. En los conflictos entre bloques comerciales regionales rivales se agudizan los perfiles de futuras guerras".
>
> —*Spartacist* No. 29, agosto de 1998

Este análisis totalmente erróneo no tenía su origen en la falta de datos disponibles ni en la complejidad de la dinámica política de la época, sino en la forma en que la LCI concebía sus tareas. En ninguna parte de los centenares de páginas destinadas a establecer las tareas de la LCI se demuestra cómo el programa marxista aporta las respuestas esenciales a la situación política y económica a la que se enfrenta la clase obrera en el periodo postsoviético. Ya fueran las oleadas huelguísticas en Francia, la situación en Alemania tras la contrarrevolución o el levantamiento campesino en Chiapas, México, nuestra descripción de los acontecimientos no llevó a

la conclusión de que la dirección trotskista es decisiva. Ciertamente afirmamos este hecho, pero tales declaraciones fueron simplemente injertadas en los acontecimientos en lugar de fluir de la descripción de las propias luchas, que a cada giro ponían de relieve el conflicto entre los intereses de clase del proletariado y el programa de su dirección. Por el contrario, la LCI respondió a la ola de triunfalismo liberal y el derrotismo de la izquierda proclamando que "el comunismo vive en las luchas de los obreros y en el programa de su vanguardia revolucionaria". De un programa científico para guiar a la clase obrera en el camino hacia el poder, el marxismo se transformó en un espíritu idealista de rebelión.

Desde este punto de partida, el análisis de la situación mundial de la LCI necesariamente borró las contradicciones del período postsoviético en favor del impresionismo y la denuncia liberal, como en el documento de la conferencia de 1992:

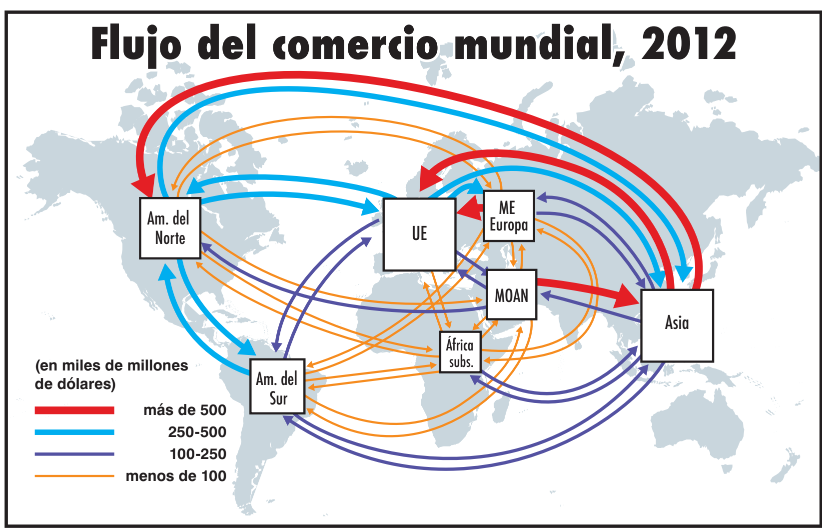


Gráfico de Spartacist. Fuente: Barclays Research/DOTS FMI

Todos comercian con todos. Lejos de derrumbarse debido a las rivalidades imperialistas, el libre comercio se expandió tras el colapso de la URSS.

> "En América Latina, agobiada con una deuda imperialista de 450 mil millones de dólares (más de $1,000 dólares por cada hombre, mujer y niño); con 183 millones de personas oficialmente viviendo en la pobreza más abyecta; con condiciones sanitarias y de salud tan malas que el cólera, una enfermedad casi completamente erradicada a principios de siglo, ha atacado a 400,000 personas y matado a 20,000 en los últimos 18 meses; en un continente con 20 millones de niños sin hogar, un 'Tercer Mundo' donde 40,000 niños mueren de hambre ***cada día***, y un mundo donde cerca de diez millones de habitantes han sido infectados con el mortal virus del SIDA—la situación pide a gritos la revolución socialista".

Las condiciones de vida bajo el capitalismo son ciertamente brutales, pero exponer esta realidad no basta para motivar la necesidad de una revolución social. Los datos empíricos que muestran la miseria humana pueden contrarrestarse con datos empíricos que muestran el progreso social, especialmente en las décadas de 1990 y 2000. La diferencia entre un folleto de la UNICEF y un programa comunista es que el primero presenta hechos que evocarán la indignación liberal, mientras que el segundo explica la dinámica de clase de los acontecimientos mundiales para guiar a la clase obrera en su lucha por derrocar al imperialismo. Dado que el método y el objetivo del programa de la LCI eran más parecidos al folleto de la UNICEF que al programa comunista, su análisis del mundo simplemente refractaba la ideología dominante a través de un prisma marxistoide. El resultado fue una comprensión del mundo totalmente desconectada de la realidad y una capitulación al liberalismo.

El liberalismo como tigre de papel

La victoria del imperialismo estadounidense sobre la Unión Soviética se expresó ideológicamente en forma de triunfalismo liberal. El liberalismo se convirtió en la ideología dominante en todo el mundo y ejerció una enorme presión sobre el movimiento obrero. Ya en 1992, la LCI reconoció la amenaza del triunfalismo liberal sólo para desecharla como insignificante:

> "Una medida de la intoxicación de los imperialistas norteamericanos con la ***apariencia*** [¡!] de su poderío fue la publicación en 1989 del artículo del ideólogo del Departamento de Estado, Francis Fukuyama, titulado '¿El fin de la historia?' En medio de las proclamaciones de la 'victoria' del Occidente capitalista en la Guerra Fría, Fukuyama alegaba que la 'democracia liberal' constituía el 'punto final de la evolución ideológica de la humanidad' y la 'forma final de gobierno humano'. Este fatuo triunfalismo 'democrático-burgués' ***se ha disipado ya casi por completo***". [énfasis añadido]
>
> —Documento de la Conferencia Internacional de 1992

En cambio, la LCI presentó el mundo como si estuviera definido por la reacción derechista:

> "Esta derrota histórico-mundial para el proletariado ha conducido a la exacerbación y reavivación de la rivalidad interimperialista, los baños de sangre nacionalistas, los ataques por todos lados contra la clase obrera, el resurgimiento de movimientos políticos fascistas, el frenesí antiinmigrante, los ataques contra los derechos de la mujer y un agudo aumento del oscurantismo reaccionario".
>
> —Documento de la Conferencia de la SL/U.S. de 1994, *Spartacist* (Edición en inglés) No. 51, otoño de 1994

De esto y de todo lo demás escrito por nuestra tendencia en este periodo, uno concluiría que el principal obstáculo que enfrentábamos en el movimiento obrero era una reacción chovinista similar a la de Europa en la década de 1930. A partir de ahí, la LCI planteó su tarea como la de enfrentarse a la reacción y al atraso, presentándose como completamente singular en este sentido:

> "Nuestro énfasis en el combate a la opresión de la mujer..., nuestra defensa de los inmigrantes, nuestro combate a la homofobia y el antisemitismo, son cualidades únicas y definitorias de la LCI en el mundo de hoy en día".
>
> —"Memorándum de perspectivas y tareas para la discusión del CEI", *Espartaco* No. 9, 1997

Esto fue, como mínimo, desorientador.

Al pintar el mundo como si estuviera en una época oscura de reacción chovinista en la que sólo la LCI defendía los derechos democráticos, podíamos presentar las reivindicaciones liberales más básicas como inherentemente revolucionarias:

> "Contra el nacionalismo, chauvinismo y el fundamentalismo religioso, nosotros luchamos por el derecho a un sistema de salud decente y enseñanza de alta calidad, por el aborto libre, gratuito y seguro, por métodos avanzados para el control de la natalidad como la píldora RU 486; por la abolición de la bárbara pena de muerte; contra la imposición del velo; contra el veneno del antisemitismo y el racismo; por el derecho de todos los que entraron a un país que no es su país natal a quedarse, trabajar y vivir una vida decente con plenos derechos de ciudadanía. Irónicamente, sólo somos nosotros —los

> comunistas— los que estamos comprometidos de forma principista a la defensa de estos derechos, en la comprensión de que no son divisibles. Tenemos que ganar a las masas a nuestro lado en estas luchas".
>
> —Documento de la Conferencia Internacional de 1992

Pero, ¿por qué las masas se unirían a una pequeña organización comunista para defender el aborto o luchar contra el racismo cuando había movimientos de masas y partidos burgueses que decían defender estos mismos principios liberales? La única manera de ganar a los oprimidos a una dirección comunista es mostrar cómo su actual dirección —en este caso los liberales— paraliza y socava su lucha a cada paso debido a su lealtad al capitalismo. ¡Pero para ello era necesario luchar ***contra el liberalismo***! Dado que la LCI negó que el liberalismo fuera siquiera una fuerza —la Declaración de principios de 1998 ni siquiera menciona el liberalismo—, no sólo no construyó un polo comunista en las diversas luchas de la época, sino que capituló totalmente ante sus direcciones liberales y fue a la cola de ellas. En la medida en que los diversos documentos programáticos de la LCI en el periodo postsoviético abogan por una intervención específica en el mundo, se trata generalmente de activismo liberal o economicismo sindical.

La jerga marxista y el futuro comunista

Sin embargo, estaría mal sostener que la LCI era simplemente liberal en el periodo postsoviético. La LCI no sólo definió su cometido basándose en un programa mínimo de liberalismo; también aspiraba a desempeñar el papel más histórico de transmitir el programa comunista a las generaciones futuras. La Declaración de principios describe esta perspectiva de la siguiente manera:

> "Nuestra tarea inmediata es la educación y la formación de cuadros, reclutando a las capas más avanzadas de los obreros y la juventud al ganarlas a nuestro programa completo a través de la explicación de nuestras perspectivas en aguda contraposición de las de nuestros oponentes centristas".

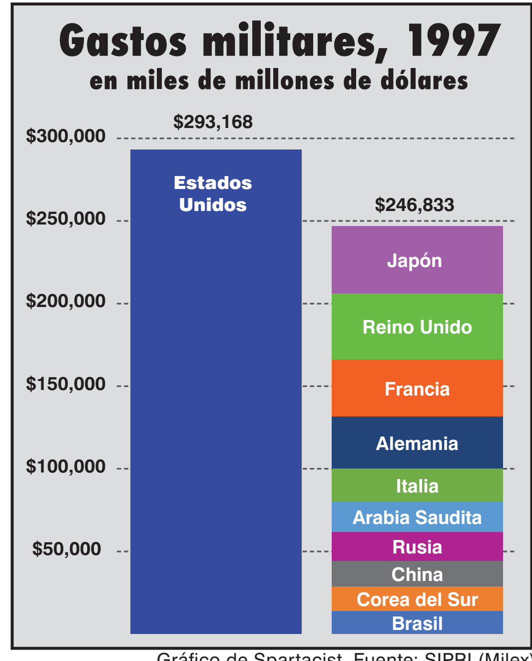


Gráfico de Spartacist. Fuente: SIPRI (Milex)

La supremacía estadounidense no era una ilusión; su poderío militar eclipsaba a sus rivales, y lo sigue haciendo.

Pero, ¿qué quería decir la LCI con "programa completo"? En el mismo memorándum del CEI que afirmaba que la LCI era única en oponerse a la homofobia, hacemos la siguiente reafirmación de la necesidad de la intervención comunista:

> "Incluso como pequeños grupos combativos de propaganda, las secciones de la LCI encarnan el programa revolucionario. Es nuestro papel intervenir con ese programa, ***proveer la dirección revolucionaria***. Particularmente en un período caracterizado por luchas defensivas contra los ataques de la burguesía y por el escepticismo justificado en la clase obrera respecto a los partidos y el marxismo, es vital luchar por un programa de demandas de transición que dirija al proletariado ineludiblemente a una conclusión: la necesidad de la revolución socialista. El partido es el instrumento para ganar obreros a esta conciencia. Ceder el terreno a fuerzas de clase ajenas a través de la liquidación economicista de la cuestión del partido o ir a la cola de otras corrientes, o a la inversa, adoptar una postura de estéril abstencionismo o propagandismo abstracto significa renunciar a la razón de nuestra existencia".

Tales reafirmaciones de principios comunistas abstractos abundan en toda la propaganda de la LCI. Aunque cada una de las frases anteriores es ortodoxia marxista formal, el párrafo es totalmente abstracto y no da ninguna indicación de los obstáculos políticos para llevar conciencia revolucionaria a la clase obrera. La cuestión de la dirección revolucionaria sólo puede plantearse concretamente, en oposición al programa y la ideología de las fuerzas dominantes en el movimiento obrero. Ninguna "demanda transicional" podía llevar conciencia revolucionaria a la clase obrera mientras la LCI negaba el dominio del liberalismo en el movimiento obrero.

Este balance entre el activismo liberal y la jerga maximalista definió el trabajo de la LCI a lo largo de los últimos 30 años. Cuando el partido iba demasiado lejos en el camino de la capitulación abierta al liberalismo, generalmente retrocedía hacia una reafirmación sectaria de los objetivos y la visión del mundo del comunismo. Esta tendencia ya estaba presente en el documento de la Conferencia Internacional de 1992:

> "Para reavivar un movimiento comunista internacional no basta con revelar los crímenes y las traiciones históricas del estalinismo, el empobrecimiento global causado por el imperialismo capitalista y el peligro de una guerra nuclear mundial. Es necesario también subrayar nuevamente las metas liberadoras del comunismo como culminación del humanismo racional del Siglo de las Luces—la integración de la humanidad a escala mundial, el logro de la igualdad social y sexual y la libertad de cada individuo de maximizar sus capacidades sobre la base del control colectivo de la humanidad sobre las fuerzas de la naturaleza".

Esta declaración resume muy claramente la perspectiva de la LCI tras el colapso de la Unión Soviética. Intentamos "reavivar" el movimiento comunista exponiendo la bancarrota del estalinismo y los horrores del capitalismo y predicando las alegrías del futuro comunista. Pero divorciadas de la lucha contra los obstáculos reales a los que se enfrenta hoy la clase obrera, las reafirmaciones de los principios comunistas, incluso los más radicales, no eran más que utopías liberales.

El GI y la LCI: dos satélites en la órbita del liberalismo

La escisión más significativa en la historia de la LCI es la que condujo a la creación del Grupo Internacionalista (GI) en 1996. Como tal, es importante evaluar si el GI representa

Asuntos pendientes: Sahra Wagenknecht sigue siendo un obstáculo para la construcción de un partido revolucionario en Alemania. Derecha: en el congreso del PDS de 1995. Extrema derecha: en mitin pacifista en Berlín, febrero de 2023.



Zöllner/Süddeutsche Zeitung



Agencja Fotograficzna Caro

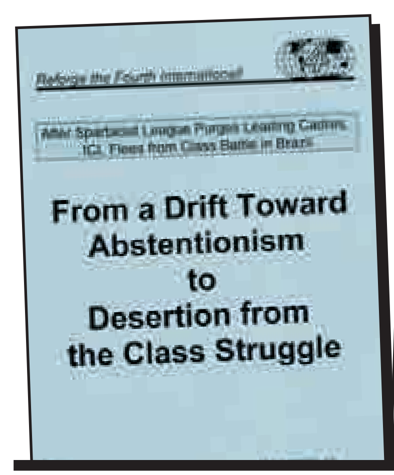
la continuidad revolucionaria del marxismo frente al revisionismo de la LCI en el periodo postsoviético. En uno de los documentos fundacionales del GI, "From a Drift Toward Abstentionism to Desertion from the Class Struggle" (De una deriva hacia el abstencionismo a la deserción de la lucha de clases, impreso en julio de 1996 en un folleto del mismo nombre), el ex editor de *Workers Vanguard* Jan Norden y Marjorie Stamberg, cuadro de mucho tiempo de la SL/U.S., hacen la siguiente crítica de la LCI:

> "Una respuesta breve es que ha habido una cada vez más pronunciada ***tendencia hacia el propagandismo abstracto o pasivo***, que divorcia la propaganda del partido de la intervención activa en la lucha de clases... Esta política se justifica con el argumento de que, dado que éste es un periodo reaccionario, poco se puede lograr; que las oportunidades percibidas de intervención son ilusorias y, por lo tanto, sólo un reflejo del oportunismo; y que el trabajo de los marxistas revolucionarios se define como (limitado a) mantener viva la llama contra los intentos de sofocarla".

Esto es esencialmente correcto. La LCI no dejó por completo de intervenir en la lucha de clases —algo que el propio GI reconocía—, pero en las luchas con Norden y más tarde con el GI, la LCI argumentó esencialmente que la intervención comunista no podía desempeñar un papel decisivo en el curso actual de los acontecimientos debido al "retroceso de la conciencia" en el periodo postsoviético.

Un ejemplo de esto y un eje central de la lucha de 1995-1996 con Norden fue la denuncia por parte de la LCI de que era inherentemente oportunista cualquier "perspectiva de reagrupamiento" con la Plataforma Comunista (KPF), una agrupación dentro del PDS, el cual era el remanente del partido gobernante estalinista de Alemania Oriental (RDA). En 1995, el PDS abrazaba abiertamente la socialdemocracia bajo la presión de la feroz cacería de brujas anticomunista impulsada por la burguesía alemana. En este contexto, era totalmente concebible que los elementos más izquierdistas del PDS pudieran haber sido ganados al trotskismo como el único programa capaz de luchar contra la reacción capitalista. Independientemente de lo probable o no que fuera tal escenario, era deber de los revolucionarios luchar lo más duro posible contra la consolidación de lo que unos años más tarde se convertiría en Die Linke (Partido de Izquierda), ganando a sus mejores elementos a un programa revolucionario y empujando al resto hacia la liquidación directa en el Partido Socialdemócrata. El rechazo por parte de la LCI de cualquier perspectiva hacia la KPF fue una traición sectaria. En cuanto a la lucha librada contra Norden sobre esta cuestión, fue demagógica y falsa.

El punto central de la lucha fue el discurso que Norden pronunció en enero de 1995 en la Universidad Humboldt de Berlín ante un público de la KPF. En el artículo que justificaba la expulsión de Norden y sus partidarios, la LCI argumentó que en su discurso: "Mientras invocaba el programa del trotskismo, Norden presentaba una visión ***liquidacionista*** que ***negaba el papel de la LCI como una vanguardia revolucionaria consciente***, en la que entonaba una y otra vez que en Alemania en 1989-90 'faltó el elemento clave, la dirección revolucionaria'" ("Una vergonzosa deserción del trotskismo", suplemento de *Espartaco*, julio de 1996). De hecho, el discurso de Norden no negaba el papel que la LCI desempeñó en la RDA, y era cierto que el elemento que faltaba en 1989-1990 era la dirección revolucionaria. La LCI luchó con todas sus fuerzas por la dirección de la clase obrera en la efímera apertura que tuvo, pero fue derrotada


Reforge the Fourth International

After Spartacist League Purges Leading Cadres, ICL Flees from Class Battle in Brazil

From a Drift Toward Abstentionism to Desertion from the Class Struggle


ESPARTACO

PUBLICACION DEL GRUPO ESPARTAQUISTA DE MEXICO

Pablismo de la segunda generación

UNA VERGONZOSA DESERCION DEL TROTSKISMO

Documentos principales sobre la escisión. Izquierda: boletín de julio de 1996 de los fundadores del GI, "De una deriva hacia el abstencionismo a la deserción de la lucha de clases". Derecha: Suplemento especial de *Espartaco* (julio de 1996).

en este intento y prevaleció la contrarrevolución. Se hicieron muchas otras acusaciones de que el discurso era suave con el estalinismo, todas ellas basadas en formulaciones específicas que no eran inherentemente aprincipistas.

Que los ataques contra el discurso de Norden de 1995 fueran falaces no significa, sin embargo, que el contenido fuera principista, ni que la orientación hacia la KPF seguida por nuestra sección alemana bajo la dirección de Norden fuera principista. El verdadero problema con el discurso de Norden es que no hay ni un solo argumento de por qué el trotskismo era necesario en 1995. Era correcto tratar de ganar elementos de la KPF al trotskismo; el mero hecho de que se sentaran a escuchar un discurso del editor de *Workers Vanguard* habla de ello. Pero para ganarlos, no bastaba con hablar de los logros pasados de la LCI, sino que era necesario vincular éstos a la lucha por la dirección revolucionaria en la Alemania imperialista reunificada. Era importante enfatizar la lucha del trotskismo contra el estalinismo en 1989 sólo en la medida en que se utilizara para motivar el trotskismo contra la socialdemocracia en 1995. Pero ésta no era la perspectiva del discurso porque no era la perspectiva de la LCI. La LCI no tenía ninguna respuesta en cuanto a la importancia cualitativa del trotskismo en las luchas de la Alemania postsoviética, y Norden tampoco.

Lejos de oponerse a la perspectiva de la LCI en los primeros años que siguieron a la contrarrevolución, Norden y más tarde el GI estaban de acuerdo con sus líneas fundamentales, un punto en el que insistían de forma coherente y sincera. Norden desempeñó un papel central en la redacción del documento de la Conferencia Internacional de 1992 y el GI lo considera un documento autoritativo. Los cuadros fundadores del GI votaron a favor del documento de la Conferencia de la SL/U.S. de 1994. En cuanto al Memorándum del CEI de 1996, Norden sólo se opuso a los cuatro párrafos relacionados con la lucha contra él en Alemania. Caracterizó el resto del documento como "muy bueno en la descripción del periodo que vino después de las tremendas derrotas para la clase obrera representadas por la contrarrevolución en la Unión Soviética y Europa Oriental" (citado en "The Post-Soviet Period: Bourgeois Offensive and Sharp Class Battles" [El periodo postsoviético: Ofensiva burguesa y agudas batallas de clase], en el folleto de julio de 1996). Éstos son los mismos documentos que esbozaron las tareas y las perspectivas revisionistas para la LCI expuestas anteriormente. Cada error

Cómo luce una mala escisión


El Internacionalista
junio de 2018

Elecciones en México: López Obrador al rescate de la burguesía

Encuentro de Andrés Manuel López Obrador (en el centro) con la cúpula de la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex) en mayo de 2018. (Foto: lopezobrador.org)

¡Ni un voto a los partidos de la patronal: PRI, PAN, PRD, Morena y sus satélites! ¡Forjar un partido obrero revolucionario!

¡Ni un voto a los partidos de la patronal: PRI, PAN, PRD, Morena y sus satélites! ¡Forjar un partido obrero revolucionario!


ESPARTACO
PUBLICACIÓN DEL GRUPO ESPARTAQUISTA DE MÉXICO
NÚMERO 49 ABRIL DE 2018 MÉXICO $3.00

PRI, PAN/PRD, Morena: Partidos del capital

Elecciones 2018: Ninguna opción para explotados y oprimidos

Obreros agrícolas, en gran parte indígenas e incluyendo niños, se parten el lomo para engrosar los bolsillos de un puñado de capitalistas. La militarización del país está dirigida contra la clase obrera, los pobres y todos los oprimidos.

¡Forjar un partido obrero!


SPARTACIST
EDICIÓN EN ESPAÑOL

¡Por un partido leninista-trotskista!

China en la encrucijada: ¿Revolución política obrera o esclavitud capitalista?

Revolución permanente vs. "Frente único antiimperialista"
Los orígenes del trotskismo chino


The Internationalist

WHERE IS CHINA GOING?

Workers Political Revolution

¿A dónde va China? Revolución política obrera vs. Contrarrevolución capitalista


El Internacionalista
abril de 2007

Despenalización parcial del aborto en el DF, limitada reforma burguesa

¡Por el aborto libre y gratuito!

Mujeres se manifiestan a favor de la despenalización del aborto sólo en el primer trimestre de la gravidez. Más allá del "derecho a decidir", la liberación de la mujer exige una revolución socialista. (Foto: Eduardo Verdugo/AP)

¡Liberación de la mujer mediante la revolución socialista!

ESPARTACO
PUBLICACIÓN DEL GRUPO ESPARTAQUISTA DE MÉXICO
NÚMERO 28 VERANO DE 2007 MÉXICO $2.00

Contra la ofensiva oscurantista de la iglesia y el PAN:

¡Aborto libre y gratuito!

¡Ninguna ilusión en AMLO y el PRD burgués! ¡Liberación de la mujer mediante la revolución socialista!

¡Liberación de la mujer mediante la revolución socialista!

oportunista y estupidez sectaria de la LCI en los últimos 30 años puede remontarse a estos documentos.

Por consiguiente, el artículo de presentación de la publicación del GI hacía eco de los principales elementos del totalmente erróneo análisis del mundo por parte de la LCI:

> "La contrarrevolución que destruyó la Unión Soviética representó una derrota histórica para la clase obrera mundial. Sin embargo, el triunfalismo burgués que la siguió ya está empezando a disiparse. Lo que ha surgido no es un Nuevo Orden Mundial dominado por una única 'superpotencia', sino un creciente ***des***orden de sangrías nacionalistas, rivalidades imperialistas y repetidos estallidos de agudas luchas de clases".
>
> —"Introducing *The Internationalist*" [Presentando *The Internationalist*], enero-febrero de 1997

Aunque el GI afirma haber defendido la lucha por la dirección revolucionaria frente a la LCI, la verdad es que cuando se trató de cómo plantearla concretamente en el periodo postsoviético estaban tan desorientados como la LCI.

El problema no es que el GI proyectara una lucha de clases aguda tras la caída de la Unión Soviética. La lucha de clases no murió en 1991, y hubo grandes luchas en el mundo que proporcionaron importantes aperturas para la intervención comunista (Sudáfrica 1994, Italia 1994, Francia 1995, México 1999, etc.). La cuestión central para los comunistas es el contenido político de estas intervenciones. Mientras que la LCI tendía a atrincherarse y rechazar las tácticas y las demandas transicionales, el GI planteaba demandas "transicionales" que no contribuyeron en nada a abrir una brecha entre la clase obrera y su dirección oportunista. La "intervención activa en la lucha de clases" no es revolucionaria si no ayuda a la clase obrera a superar los obstáculos en su camino. Y a pesar de sus diferentes inclinaciones, ni el GI ni la LCI tenían una respuesta al liberalismo, la ideología dominante internacionalmente y el principal obstáculo político al que se enfrentaban en el movimiento obrero. En resumen, ninguno de los dos proveía una dirección revolucionaria.

Muchas de las disputas más importantes entre la LCI y el GI han girado en torno a países que sufren opresión nacional: Brasil, México, Puerto Rico, Haití, Bolivia, Grecia, Quebec. Mientras que el GI tenía razón al denunciar algunas de las traiciones más atroces de la LCI en relación con estos países (traición de Haití en 2010, negativa a luchar por la independencia de Puerto Rico, etc.), ellos defienden el programa histórico de la LCI, que es en el fondo el origen de estas capitulaciones (ver "En defensa de la revolución permanente", pág. 72). El GI —al igual que la LCI en el pasado— se opone al nacionalismo burgués en las naciones oprimidas basándose en la sectaria pureza de clase, en vez de buscar romper el dominio del nacionalismo burgués sobre las masas mostrando cómo es un obstáculo tanto para la liberación social como para la nacional. Este enfoque está totalmente contrapuesto a la teoría trotskista de la revolución permanente. Rechaza la lucha por la dirección revolucionaria de las luchas democráticas y conduce necesariamente a la capitulación chovinista.

La LCI y el GI han pasado casi tres décadas enfrascados en polémicas dominadas por las nimiedades y las calumnias mutuas, mientras seguían caminos fundamentalmente paralelos. Esto ha ido en detrimento de la claridad política del movimiento obrero internacional. La lucha que tuvo lugar contra los cuadros fundadores del GI en 1995-1996 fue políticamente aprincipista. En cuanto a las medidas organizativas tomadas contra estos antiguos miembros, se debe aclarar la situación. Es preciso llevar a cabo una investigación adecuada. También hay que clarificar la cuestión de la ruptura unilateral por parte de la LCI de las relaciones fraternales con Luta Metalúrgica/Liga Quarta-Internacionalista do Brasil (LM/LQB). Las relaciones fraternales estaban entrelazadas con las disputas fraccionales internas de la LCI, y el artículo que justifica nuestra ruptura con LM/LQB no proporciona ningún fundamento principista para nuestro actuar ("Ruptura de las relaciones fraternales con Luta Metalúrgica", suplemento de *Espartaco*, 5 de julio de 1996).

La LCI está comprometida con romper el statu quo, a lle-



var a cabo una clarificación y debate políticos serios con el GI y efectuar en la medida de lo posible acciones comunes para defender los intereses elementales del movimiento obrero. A pesar de tener importantes diferencias programáticas, la LCI y el GI están relativamente cerca en muchas cuestiones. En la cuestión crucial de China, ambas son casi únicas en la posición expresada a favor de la defensa incondicional del estado obrero y la revolución política. Como reconocen ambas tendencias, estamos entrando en un periodo de intensa agitación y conflicto en el mundo. El curso de los acontecimientos y de la lucha seguramente sacudirá a la izquierda, y es deber de ambas organizaciones promover la claridad política respecto a las cuestiones de estrategia revolucionaria en este nuevo periodo. La lucha por reforjar la IV Internacional es más urgente que nunca. No puede tolerar el encubrimiento, la demagogia, el vilipendio o el sectarismo. Como escribió Trotsky en el Programa de Transición (1938):

> "Mirar la realidad de frente, no ceder a la línea de menor resistencia; llamar al pan pan y al vino vino; decir la verdad a las masas, por amarga que sea; no tener miedo de los obstáculos; ser exacto tanto en las cosas pequeñas como en las grandes; basar el programa propio en la lógica de la lucha de clases; ser audaz cuando llega la hora de la acción: tales son las reglas de la IV Internacional".

¿Cómo explicar la degeneración de la LCI?

La destrucción de la Unión Soviética representó un viraje importante para la LCI. Mientras que el colapso terminal de la RDA y de la Unión Soviética puso de manifiesto las cualidades más fuertes de la LCI —defensismo soviético acérrimo, determinación revolucionaria, internacionalismo y flexibilidad táctica en la acción—, el periodo siguiente puso de manifiesto sus debilidades —subestimación del liberalismo, revisión de la revolución permanente, concebir el mundo sólo desde la perspectiva de EE.UU. y rigidez doctrinal—. La LCI era una minúscula internacional concentrada en países imperialistas cuyo crecimiento llevaba ya algunos años estancado. La contrarrevolución provocó una ola de desmoralización y el partido se resquebrajó bajo las presiones de este nuevo periodo. El hecho es que la LCI fue incapaz de efectuar el giro que se planteaba.

No fue un resultado predestinado, ni irreversible. Hubo muchos puntos de inflexión en los últimos 30 años que deberían haber llevado a una reevaluación profunda del rumbo de la LCI. Para nadie era un secreto que estábamos cada vez más desorientados. Pero cuanto más pasaban los años, más se arraigaban el conservadurismo y el oportunismo. Los cuadros históricos del partido se mostraron incapaces de corregir nuestra trayectoria.

Sin embargo, la LCI no estaba muerta. A pesar de décadas de rechazar la tarea de proporcionar una dirección revolucionaria, el partido aún logró reclutar a unos cuantos cuadros a escala internacional fuertemente comprometidos con la lucha por el comunismo y atraídos a la LCI por su pasado revolucionario. Hizo falta una pandemia mundial, el colapso de la organización y tres años de lucha, pero los acontecimientos han demostrado que todavía había suficiente energía revolucionaria en la LCI —incluso entre algunos veteranos obstinados— para reorientar fundamentalmente al partido y emprender una vez más el arduo camino de la lucha revolucionaria.■

Editorial...

(viene de la página 2)

medida en que decae, reforzando la opresión nacional a escala internacional. Este proceso alimenta el crecimiento de fuerzas nacionalistas "antiimperialistas" en América Latina, África y Asia. Pero los nacionalistas sabotean a cada paso la lucha por la liberación nacional, sacrificándola en nombre de la propiedad privada. Por esta razón, la victoria contra el imperialismo exige un programa y una dirección comunistas. Sin embargo, esto se ve obstaculizado por dos tendencias no revolucionarias en la izquierda. La primera apoya el nacionalismo como progresista, lo que encadena a los trabajadores a la burguesía nacional. La segunda, en reacción a la primera, se "opone" a la burguesía nacional desechando la lucha por la emancipación nacional.

Desde su fundación, la LCI se mantuvo firmemente en la segunda tendencia, al tratar la lucha por la liberación nacional no como una palanca para la revolución, sino como una piedra en el zapato. El documento "En defensa de la revolución permanente—¡Por una dirección comunista de la lucha antiimperialista!" (página 72), adoptado por la conferencia, repudia este rumbo y ofrece un programa para romper con ambas tendencias. Para ganarle las masas a los nacionalistas burgueses, los comunistas deben ***impulsar*** la lucha contra el imperialismo, mostrando en cada etapa que romper con el nacionalismo es una condición necesaria para la victoria. La guerra actual en Gaza lo muestra candentemente: contra Hamás y contra los nacionalistas laicos que han conducido al pueblo palestino a tantas muertes y derrotas, sólo con una dirección comunista será posible obtener la liberación nacional palestina y echar a los imperialistas del Medio Oriente (ver declaración en la página 63).

El documento "En defensa del II y el IV Congresos de la Internacional Comunista" (página 58) defiende a Lenin,

Trotsky y la Comintern de primera época contra las críticas revisionistas de la LCI. En particular, defiende la táctica del frente único antiimperialista contra nuestro rechazo sectario a su uso y contra su abuso por los estalinistas y otros oportunistas.

En cuanto a la liberación de la mujer en las neocolonias, nuestro programa anterior se basaba en denunciar ideas y prácticas retrógradas en vez de combatir las condiciones materiales que las mantienen: centralmente, el saqueo imperialista. Esto no era marxismo sino prédica liberal que nos colocaba en un bloque político con ONGs "progresistas" pro imperialistas. El documento "Revolución permanente y liberación de la mujer" (página 64), endosado por la conferencia, corrige este enfoque.



Spartacist

Sesión de votaciones de la VIII Conferencia Internacional de la LCI.

Nuestra conferencia también adoptó las posiciones resumidas en "Puerto Rico: ¡Por la independencia y el socialismo!" (página 66) y "La Guerra de las Malvinas/Falklands: El enemigo principal era el imperialismo" (página 68), que corrigen capitulaciones clave de nuestra tendencia al imperialismo.

* * *

No es ningún secreto que la LCI lleva décadas desorientada políticamente. La pandemia provocó el colapso de nuestro partido, pero esto sólo fue la gota que derramó el vaso. La presentación de apertura de la conferencia por parte del secretario del Secretariado Internacional, el camarada Perrault, "Por qué colapsó la LCI y cómo la reforjamos" (página 15), expone cómo la lucha por ofrecer una vía independiente y revolucionaria a los obreros y los oprimidos nos obligó a llegar a la raíz de nuestra desorientación y nos condujo a esta conferencia histórica.

Esta presentación motiva el tercer documento principal de la conferencia, "El revisionismo postsoviético de la LCI" (página 7), que demuestra cómo durante los últimos 30 años la LCI rechazó la necesidad de que el marxismo guiara las luchas de la época. La LCI afirmaba defender el comunismo y la revolución, pero éste no es el criterio fundamental para la dirección revolucionaria. Como explica el documento "¿Qué es la dirección revolucionaria?" (página 6), dicho criterio consiste en la capacidad de proporcionar una vía de lucha que avance los intereses históricos de la clase obrera en un momento y un lugar determinados.

A la luz de lo anterior, revisamos la lucha de 1995-1996 dirigida contra Jan Norden y otros camaradas cuyas expulsiones llevaron a la creación del Grupo Internacionalista (GI). La lucha contra Norden fue aprincipista, y las expulsiones condujeron a dos organizaciones, el GI y la LCI, que compartían el mismo programa centrista y la misma desorientación fundamentales.

La crisis de décadas dentro de nuestra organización es un reflejo de la crisis más amplia de la izquierda en la era postsoviética. Quienes quieran avanzar la lucha por el socialismo hoy día estarán obligados a encarar los mismos problemas que nosotros ya enfrentamos. En este espíritu, invitamos a nuestra conferencia al grupo australiano Bolshevik-Leninist, con el que hemos establecido trabajo conjunto y debates basados en nuestra lucha por rearmarnos. Sus saludos aparecen en la página 17.

* * *

La conferencia votó que el Grupo Espartaquista de Japón dejara de ser una sección de la LCI, ya que no había funcionado como tal durante mucho tiempo. Nuestros camaradas ahí se mantienen como simpatizantes y seguiremos trabajando con ellos en la lucha por plantar la bandera del trotskismo en Japón. Nuestra conferencia eligió un nuevo Comité Ejecutivo Internacional de la mitad del tamaño que tenía el anterior (y décadas más joven), compuesto por los cuadros que dirigieron el rearme de nuestro partido.

Hoy, el telón se levanta para mostrar una LCI transformada. Sin duda, es necesario seguir luchando en todo nuestro partido para consolidar a las distintas secciones en torno a la política adoptada. Sin embargo, emergemos de años de lucha interna más decididos que nunca a desempeñar un papel decisivo en las batallas venideras. Miramos al futuro desafiantes y prestos, equipados con el arma que puede cambiar la historia: un programa para la IV Internacional, partido mundial de la revolución socialista.■

Correcciones

En *Spartacist* (Edición en español) No. 41 (octubre de 2022), el crédito de la foto en la página 13 debería ser @ArbeiterInnenmacht en lugar de Klasse gegen Klasse, y la fecha de la protesta fue el 9 de abril, no el 6 de mayo de 2022. En la página 21 del mismo número, cuarto párrafo después del subtítulo, una organización alemana de izquierda es llamada erróneamente "Oposición Comunista". En realidad, debería ser "Organización Comunista".

Por qué colapsó la LCI y cómo la reforjamos

Reproducimos a continuación una presentación del camarada Perrault, secretario del Secretariado Internacional (S.I.), a la VIII Conferencia Internacional.

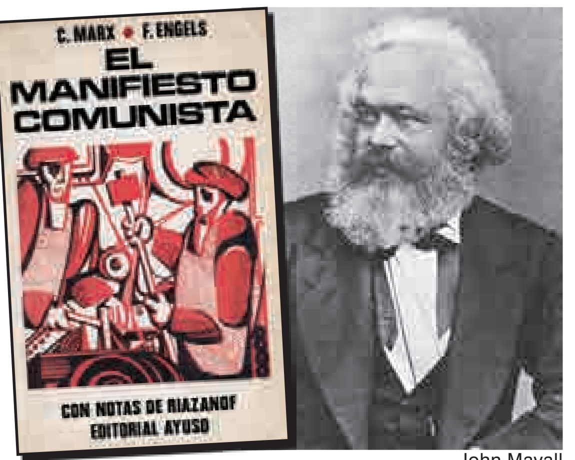
Quiero comenzar con una cita de Cannon que resume la tarea central de esta conferencia:

> "La tarea de los revolucionarios incorruptos, obligados por las circunstancias a iniciar el trabajo de reconstrucción organizativa, nunca ha sido proclamar una nueva revelación —nunca han faltado tales mesías, y todos se han perdido en la confusión— sino restablecer el viejo programa y actualizarlo".
>
> —James P. Cannon, "The Degeneration of the Communist Party and the New Beginning" [La degeneración del Partido Comunista y el nuevo comienzo], *Fourth International*, otoño de 1954

En algunos casos, debemos retroceder 30 años para llegar al viejo programa; en otros, tenemos que remontarnos hasta Trotsky. Pero eso es lo que estamos haciendo, no estamos inventando nada nuevo, sino volviendo a los fundamentos y aplicándolos a la realidad actual.

El punto más esencial a lo largo de toda esta conferencia es la cuestión de la dirección revolucionaria. Éste es el punto fundamental con el que tropezamos, y es a través de la lucha por reafirmarlo como hemos estado rearmándonos en los dos últimos años. Pero, ¿qué es la dirección revolucionaria? La respuesta es tan simple hasta el punto de sonar simplista. Proveer dirección revolucionaria es guiar la lucha de la clase obrera de manera que haga "valer los intereses comunes a todo el proletariado" (*Manifiesto comunista*). Dado que el modo de producción capitalista se basa en la explotación de la clase obrera, avanzar los intereses del proletariado debe llevarle necesariamente hacia la toma del poder. La dificultad, sin embargo, no está en afirmar de forma abstracta estos puntos, sino en abordar cada problema a partir de la comprensión de que el proletariado necesita ***su propia vía de acción independiente*** y que ***sólo el marxismo puede proporcionársela***.

Otro tema importante en esta conferencia será la cuestión del método marxista; es decir, la necesidad de enraizar nuestro programa en un estudio materialista dialéctico de las fuerzas de clase vivas de la sociedad. Los próximos ponentes profundizarán sobre esta cuestión en relación con la situación mundial y la cuestión de la revolución permanente. Por el momento sólo quiero vincular esta cuestión una vez más a la de la dirección revolucionaria e insistir en que el método marxista es ante todo partidista. Abordamos el mundo no como observadores neutrales, sino como los más consecuentes combatientes por los intereses de clase del proletariado. No se puede dar sentido a la realidad si no la abordamos como un factor activo que trata de influir en ella y cambiarla. El método y los objetivos no pueden disociarse.



John Mayall

"Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto".

—Manifiesto comunista

El contenido principal de mi informe será evaluar el trabajo de la LCI desde nuestra intervención en la RDA (Alemania Oriental) y la Unión Soviética hasta hoy. El punto no es reflexionar sin propósito sobre nuestro pasado, sino forjar nuestro futuro. Abordaré la cuestión no como un observador neutral, sino con el objetivo declarado de cambiar la trayectoria de la LCI, de poner al partido en el camino de proporcionar dirección revolucionaria a la clase obrera al nivel internacional. Sin este punto de partida, cualquier evaluación de nuestro pasado se perdería sin duda en el pozo sin fondo de confusión y esterilidad que ha caracterizado a nuestro partido en los últimos 30 años. Necesariamente oscilaría entre insistir en la corrección formal de ciertos aspectos de




Spartacist


Spartakist

Lucha de la LCI contra la contrarrevolución. Izquierda: pancarta en manifestación anti-Yeltsin en Moscú, el Día de la Revolución, 1991, dice: "Volver al camino de Lenin y Trotsky". Arriba: oradora espartaquista en la manifestación de masas iniciada por la LCI en el Parque Treptow, Berlín, enero de 1990.

nuestro programa o presentarnos simplemente como si no tuviéramos contradicciones y estuviéramos muertos como partido revolucionario. Ninguna de estas dos alternativas es correcta. La única manera de evaluar correctamente a la LCI y sus contradicciones es midiendo su trabajo en función de cómo trató de avanzar los intereses de la clase obrera en cada momento y lugar determinados.

Si hay un punto que quiero que los camaradas asimilen de este informe es que ***la cuestión decisiva*** para los revolucionarios es hacer avanzar los intereses independientes de la clase obrera. En cuanto uno deja esto de lado, está perdido. Como ya he dicho, toda la conferencia insistirá en este punto.

La lucha de la LCI contra la contrarrevolución

Ningún acontecimiento desde la Segunda Guerra Mundial se compara en importancia histórica con la destrucción de la Unión Soviética y el bloque del Este. Toda evaluación del historial reciente de la LCI debe empezar desde ahí. La acción de nuestro partido en estos acontecimientos puso a prueba nuestro temple revolucionario. Entramos al año 1989 como una pequeña tendencia plagada de deficiencias y problemas significativos. Pero los partidos revolucionarios no se engendran por concepción inmaculada. Fueran los que fueran los problemas que teníamos, luchamos con todas nuestras fuerzas por ofrecer un camino alternativo a la clase obrera de la RDA y la Unión Soviética.

A pesar de nuestras minúsculas fuerzas, no fuimos a la cola de nadie, sino que luchamos por trazar un camino independiente que correspondiera a los intereses objetivos de la clase obrera. Los acontecimientos de 1989 y 1990-1992 exigían a gritos una oposición a la contrarrevolución, en combate contra la burocracia estalinista que literalmente se estaba liquidando a sí misma y a los estados obreros. Esto fue por lo que luchamos y fuimos la única tendencia en el mundo que lo hizo en este punto de inflexión crucial del siglo XX. Esto establece nuestras credenciales revolucionarias sin lugar a dudas.

Es importante comprender por qué nuestra intervención fue revolucionaria. No fue sólo por el hecho de que movilizamos todas nuestras fuerzas para combatir la contrarrevolución. Tampoco fue porque tuvimos un impacto considerable que superó con creces nuestras fuerzas. Fue porque, frente a todas las alternativas reaccionarias que se ofrecían, luchamos por el único camino que podía avanzar los intereses históricos de la clase obrera.

La LCI después de 1991: Abandonando la dirección revolucionaria

Ahora bien, ¿cómo se compara lo anterior al papel que nos fijamos después de la contrarrevolución? No podría ser más diferente. Basta con leer rápidamente algunas de las cientos de páginas que escribimos para definir nuestras tareas en el periodo postsoviético para ver que ni siquiera pretendíamos que nuestro programa pudiera tener un papel decisivo en los acontecimientos del periodo. No repetiré los puntos del documento presentado sobre este asunto [ver página 7]. Los camaradas han leído el documento y estoy muy interesado en conocer su opinión sobre los tres puntos principales que esbozo. Me limitaré a repetir la siguiente cita del documento de la Conferencia Internacional de 1992 que sintetiza realmente cómo planteábamos nuestras tareas:

> "Para reavivar un movimiento comunista internacional no basta con revelar los crímenes y las traiciones históricas del estalinismo, el empobrecimiento global causado por el imperialismo capitalista y el peligro de una guerra nuclear mundial. Es necesario también subrayar nuevamente las metas liberadoras del comunismo como culminación del humanismo racional del Siglo de las Luces".
>
> —*Spartacist* No. 25, julio de 1993

Analicemos esto. En primer lugar, la tarea que se planteaba ahí no era promover los intereses de la clase obrera, sino "reavivar un movimiento comunista". Los comunistas como vanguardia de la clase obrera crecerán a medida que se fortalezca la posición de la clase obrera, no aislados de sus luchas.

Pero, ¿cómo proponíamos "reavivar un movimiento comunista"? Esbozamos cuatro puntos: revelar los crímenes del estalinismo, exponer el empobrecimiento bajo el capitalismo, demostrar el peligro de una guerra nuclear, y volver a insistir en los objetivos liberadores del comunismo. Ninguno de estos puntos tiene nada que ver con la lucha de la clase obrera. Esto es el polo opuesto de nuestra intervención en la RDA, donde las energías de toda nuestra internacional se concentraron precisamente en dirigir a la clase obrera, no en

Saludos de Bolshevik-Leninist de Australia

Hola camaradas:

En nombre de Bolshevik-Leninist, quisiera ofrecer nuestros más cálidos saludos a esta reunión internacional de camaradas de la Liga Comunista Internacional.

Es encomiable que la LCI ha luchado por regresar a sus fundamentos comunistas, por combatir por ser una organización marxista en la actualidad, no como un grupo que se esconde en un búnker en espera de días mejores, sino como una organización que está dispuesta a luchar por esos días mejores aquí y ahora. No para actuar como grupo de presión sobre los liberales, sino para erigir un polo marxista que ataque directamente al liberalismo y plantee a quemarropa la cuestión de la dirección revolucionaria.

Hemos encontrado que uno de los aspectos más notables de las recientes luchas de la LCI es el hecho de que ustedes buscan remover cielo y tierra. Que investigan posiciones y cuestiones que llegan hasta el inicio mismo de la Spartacist League/US o que incluso preceden su formación, desde la cuestión nacional hasta la revolución permanente. Esto revela una vitalidad política que no hemos visto en otros grupos contemporáneos. Encomiamos que lo hagan de manera que no desacredite su historia, sino que lleve hasta el final aquello por lo que lucharon sus predecesores. Reafirmar, y no desechar, la historia marxista de su organización es la única forma genuina de preservar la continuidad revolucionaria y, por tanto, de reorientarse en el presente. El que lo hayan hecho de una forma tan radical y sin deserciones significativas demuestra la seriedad política de los camaradas aquí presentes.

Apenas hemos empezado a estudiar seriamente su reorientación, pero los camaradas ya tienen la sensación de haber avanzado a pasos agigantados. Estos tres años de acaloradas luchas al seno de la LCI nos han dado un enorme impulso. Su marco, en concordancia con las demandas de transición de Trotsky, ha actuado como una descarga eléctrica que nos ha motivado inmensamente. El marxismo es una guía para la acción, y estábamos atorados con la contradicción entre el análisis abstracto de nuestros artículos y la acción práctica en el aquí y ahora. Ahora nos han dado una base sólida para dar respuesta a estas cuestiones que antes sólo habíamos empezado a abordar. Por ello, estamos muy agradecidos. Esperamos que los camaradas aquí presentes puedan sentir la misma electricidad que nosotros hemos sentido.

Queda mucho trabajo por hacer. El éxito en la tarea que se han propuesto, aplicar el marco marxista como guía para su organización tanto al nivel internacional como nacional, sería una conquista para la clase obrera, y esperamos fervientemente que lo logren. Si lo consiguen, esta conferencia tendrá un significado histórico-mundial: el marxismo volviendo con fuerza en el siglo XXI; los cimientos, en forma embrionaria, sobre los que se construirá una IV Internacional reforjada que Trotsky reconocería. Estamos ansiosos por escuchar los debates de la conferencia y las propuestas que se adopten. Les deseamos lo mejor.

Gracias.

---

el abstracto sino al calor de las convulsiones revolucionarias y contrarrevolucionarias.

La escisión del GI

Una parte considerable del documento presentado sobre "El revisionismo postsoviético de la LCI" trata de la escisión entre la LCI y el Grupo Internacionalista (GI). Obviamente, se trata de una cuestión muy delicada. Llevamos décadas lanzándonos polémicas hostiles y confusas, probablemente la mitad de las cuales consiste en acusar a la otra parte de mentir. La mayoría de los observadores externos no pueden ver la diferencia entre las dos organizaciones, un hecho que sigue siendo cierto a pesar de la creciente brecha política. La única manera de dar sentido a todo esto es hacer uso de la cuestión decisiva, la dirección revolucionaria. Es decir, evaluar a ambas organizaciones en función de cómo han contribuido al avance de la lucha de la clase obrera. Cuando se mira de esta manera, súbitamente todo se vuelve mucho más claro. Se hace evidente que ninguna de las dos podía argumentar por qué el marxismo y no el liberalismo —la ideología dominante de la época— era la herramienta para hacer avanzar los intereses de la clase obrera y los oprimidos. Eso es realmente lo central. Una vez que esto está claro es mucho más fácil ver nítidamente los aspectos secundarios de las disputas. Al enfrentarnos con el GI en el futuro —y en realidad con cualquier otra organización de izquierda— es crucial no partir de su doctrina abstracta sino de cómo su intervención busca impactar la lucha de clases tanto a escala internacional como nacional.

De 1992 a 2017

Podría dedicar mucho tiempo a repasar las diferentes luchas y los regímenes del partido entre 1992 y 2017. Pero no sólo me llevaría una eternidad, sino que no sería interesante ni útil. Si se mira este periodo a través de la lente de la dirección revolucionaria, es fácil ver que, independientemente de la inclinación oportunista o sectaria específica que tuviéramos, nuestro punto de partida nunca fue motivar ***por qué*** una dirección marxista era crucial en contra de las direcciones liberales de las luchas en cuestión. Ciertamente lanzábamos piedras contra los dirigentes, desde los movimientos contra la guerra hasta el movimiento antiglobalización y los diversos movimientos de políticas identitarias, pero no podíamos argumentar por qué era necesario ser marxista hoy en día.



Spartacist

Larga marcha hacia ninguna parte. Cientos de páginas de boletines internos de la LCI invocaban la lucha por la "continuidad revolucionaria" divorciada de la tarea principal: la oposición revolucionaria al liberalismo.

Podría producir cientos de citas que muestran esta perspectiva. Pero no es necesario. Cada camarada que estaba en el partido en ese entonces sabe que ésa era nuestra perspectiva y argumentó con un contacto o un nuevo recluta que el punto era tener un programa agradable y cálido para el futuro, no para hoy. Para los que no estaban en el partido, creo que la diferencia de enfoque entre lo que escribimos ahora y cualquier artículo escrito en los últimos 30 años salta a la vista. He aquí parte de un mensaje que recibimos recientemente de un simpatizante en Gran Bretaña que habla de esto:

> "Han aparecido cosas increíbles en los últimos periódicos (WH y WV) que requieren una mentalidad totalmente nueva en todas y cada una de las cuestiones. En pocas palabras, reforma frente a revolución. Es un cambio tan grande con respecto a antes de la lucha en la LCI que uno se sorprende de cuán pobre, cuán poco revolucionaria era la manera en que uno (yo mismo) respondía a las cuestiones del día... Es como un nuevo partido. Es un nuevo partido. No centrista sino revolucionario. Y uno tiene la sensación al leer los nuevos periódicos de que los artículos van a la ofensiva, hay una confianza [que] emana de ellos, una confianza que surge de la pura corrección del programa que están explicando. Muy emocionante". [nuestra traducción]

Creo que este punto de vista externo vale más que cien citas.

La Conferencia Internacional de 2017

Ahora bien, es importante dejar claro que no todos están contentos con la nueva orientación de la LCI. Aquí va una evaluación mucho menos favorable de nuestro nuevo rumbo por parte de Brunoy, un ex miembro y cuadro histórico de la Ligue trostkyste de France:

> "Los nacionalistas quebequenses, entonces, se tomaron el tiempo para asegurar su control 'programático' y organizativo de la LCI, aglomerando poco a poco a su alrededor las pocas fuerzas vivas que quedaban". [nuestra traducción]

Los "jóvenes revisionistas nacionalistas quebequenses" es como nos denomina Brunoy a mí y al resto del colectivo de Montreal a lo largo de su documento [risas]. Continúa:

> "Ahora, con el timón firmemente en sus manos, pueden hacer oficial casi abiertamente el desarrollo del resto de su programa revisionista y la ruptura de la LCI con el programa trotskista para 'adaptar' el programa de transición a una 'nueva realidad', un gran clásico entre todos los ex trotskistas".

Es interesante ver que para Brunoy el punto de inflexión fue la Conferencia Internacional de 2017 cuando la camarada Coelho "puso al zorro a cuidar el gallinero":

> "Está claro que la ruptura programática sobre la cuestión nacional de la conferencia de 2017 fue un punto de inflexión cualitativo y que la crisis de 2020 no es más que su consecuencia lógica y natural".

Brunoy tiene razón al hacer especial hincapié en la conferencia de 2017, pero se equivoca al afirmar que marcó el giro cualitativo de la LCI.

Brunoy y nuestros otros oponentes odian 2017 y, en gran medida, es por las razones equivocadas. Lo que odian de 2017 es precisamente el único punto que era correcto, nuestra afirmación de que la lucha por la liberación nacional no es un obstáculo que hay que remover, sino que es una fuerza motriz para la revolución. La conferencia de 2017 fue diferente de las del resto del periodo postsoviético porque corrigió (aunque muy parcialmente) una revisión del leninismo que se remontaba a los primeros años de nuestra tendencia. Dicho esto, si volvemos a nuestro criterio fundamental de la dirección revolucionaria, es fácil ver que la conferencia de 2017, como todo lo demás que hicimos en el periodo postsoviético, no trataba de guiar a la clase obrera en los acontecimientos mundiales, y por lo tanto era fundamentalmente defectuosa. Declaramos de forma explícita:

> "Por lo tanto, este documento [de conferencia] se enfoca en las conclusiones esenciales de los últimos meses [de discusión interna], y no en los importantes cambios en la situación política mundial... La cuestión primordial para nuestra organización es rearmarnos programáticamente y forjar una nueva dirección que sea capaz de enfrentar estos nuevos acontecimientos".
>
> —*Spartacist* No. 40, septiembre de 2017

De forma bastante absurda, sosteníamos que enterrarnos en polémicas internas nos armaría para enfrentar el mundo. Como era de esperarse, no fue así. La dirección fue elegida sobre la base de luchas moralistas y liberales, con una pizca de verdad programática esencial. Y, efectivamente, cuando nos golpeó la pandemia toda la organización se derrumbó. En este sentido, es cierto que 2017 allanó el camino al colapso de 2020, pero no en el sentido que argumenta Brunoy. Fue el no luchar por una dirección revolucionaria en 2017 lo que llevó al colapso, no la reafirmación de puntos leninistas básicos sobre la cuestión nacional.


La batalla contra la hidra chovinista

Documento de la VII Conferencia Internacional de la Liga Comunista Internacional (Cuartainternacionalista)

Spartacist No. 40
septiembre de 2017

Documento de la VII Conferencia Internacional de la LCI de 2017 corrigió una revisión fundamental sobre la cuestión nacional. Pero, como lo expresa su título, su tenor fue moralista-liberal y abstracto.

El colapso de 2020

El estallido de la pandemia del Covid-19 ofrece una confirmación contundente de que los acontecimientos mundiales son la verdadera prueba para los partidos que se proclaman revolucionarios. En lugar de reaccionar a la mayor crisis


Rajkumar/Reuters

Bengaluru, India: cremación de víctimas del Covid-19, mayo de 2021. La pandemia, una catástrofe para los trabajadores, clamaba por una lucha defensiva contra los gobernantes capitalistas.

mundial desde el colapso de la Unión Soviética proporcionando un camino de lucha para la clase obrera, abrazamos la respuesta a la pandemia impulsada por la burguesía liberal y muy literalmente nos liquidamos. Aquí es donde la evolución de la LCI se vuelve más contradictoria e interesante. ¿Cómo es que logramos pasar del colapso total a donde estamos hoy, en esta conferencia, sentando las bases para un curso fundamentalmente diferente y revolucionario?

Hay una tendencia en el partido a presentar nuestra reorientación como un progreso constante y gradual. Que de alguna manera el núcleo de la actual dirección internacional ha estado librando la misma lucha desde 2020, y tal vez incluso desde 2017. Hay un ***elemento*** de verdad en ello, pero es fundamentalmente erróneo. Lo cierto es que en 2020 hubo resistencia a la liquidación total del partido en el liberalismo. Pero eso es todo lo que fue. No me malinterpreten, sin esta tendencia el partido simplemente estaría muerto ahora; en ese sentido fue crucial. Pero resistir a convertirnos en liberales está muy lejos de hacernos comunistas. Limitamos nuestro papel a ser críticos de izquierda de la Spartacist League/U.S. No estábamos trazando un camino independiente, sino simplemente presionando por menos liberalismo. El resultado fue un lío confuso de luchas políticas en su mayoría superficiales e ininteligibles.

Esto condujo directamente a la infame delegación del Comité Ejecutivo Internacional (CEI) enviada a la SL/U.S. en el verano de 2020. En este viaje, la delegación impulsó una polarización basada en el moralismo liberal, acusando a un grupo de camaradas de ser insensibles sobre la cuestión negra mientras reclamaban un acuerdo programático con otros que consideraban más sensibles. En el fondo, esto representó un intento de dar vuelta a la página respecto a la lucha política que sacudía al partido y dar una vez más sólo una cirugía estética al curso liberal de la LCI; es decir, tener una gran lucha, condenar a un grupo de camaradas, hacer algunas observaciones abstractas sobre la revolución y continuar por un camino fundamentalmente similar.

La lucha emprendida contra las acciones de la delegación tardó en despegar y si repasan el principal documento que critica lo que hizo, verán que es bastante rígido y abstracto. Pero hay un punto esencial: la negativa a volver a la misma rutina. Comprendíamos que el liberalismo había provocado el hundimiento del partido y que no podíamos conciliarlo a ningún precio. Esto es lo que argumenté en el pleno del CEI de diciembre de 2020:

> "Cuando la vanguardia proletaria subordina su programa a las fuerzas burguesas y no actúa como ***factor independiente***, las consecuencias son desastrosas. Estas lecciones se aplican a la escala mucho menor de nuestras actuales luchas en el partido. Si la LCI tolera y concilia el abandono del trotskismo por parte de la SL/U.S. estará acabada como factor revolucionario alguno".

Ésta es la base sobre la que fue elegido el S.I. en 2020. En algunos aspectos suena como lo que estoy argumentando hoy, pero es fundamentalmente diferente.

Primero, era falso afirmar que todos los problemas de la LCI se debían a la SL/U.S. Pero de manera más importante, la afirmación sobre la independencia política de la clase obrera y la necesidad de romper con el reformismo se planteaba de forma totalmente abstracta, totalmente divorciada de la gigantesca crisis que sacudía al mundo en ese momento. Así que, por un lado, la negativa a conciliar tuvo una importancia decisiva para llegar a donde estamos hoy; pero, por otro, no representó una ruptura fundamental porque estaba desconectada de nuestra intervención real en el mundo.

Creo que la mayoría de los camaradas del S.I. pueden señalar el momento y el lugar exactos en el que estalló nuestra burbuja sobre las luchas que habíamos estado librando "contra el revisionismo de la SL/U.S.". En marzo de 2021 organizamos por fin una discusión seria sobre la pandemia del Covid-19. Mientras trabajábamos en la moción que expresa nuestra oposición a los confinamientos, nos remitimos a los escritos de Lenin durante la Primera Guerra Mundial, en particular a su artículo de julio de 1915, "Acerca de la derrota del gobierno propio en la guerra imperialista", donde argumenta:

> "La única política de ruptura real, y no verbal, de la 'paz civil', de reconocimiento de la lucha de clases, es la política en que el proletariado ***aprovecha*** las dificultades de su gobierno y de su burguesía ***para derrocarlos***".

Fue al trabajar en esa moción y pensar en este punto de Lenin que algo nos sacudió. Mientras la pandemia había estado causando estragos durante todo un año, provocando un sufrimiento incalculable a la clase obrera, nosotros —la supuesta vanguardia del proletariado— habíamos pasado



Julio de 1967: manifestación nacionalista da la bienvenida al presidente francés de Gaulle a Quebec. La manta dice: "Nuestro estado francés... ¡Lo conseguiremos!". En las naciones oprimidas, es imposible romper las ilusiones en el estado capitalista sin reconocer las legítimas aspiraciones de emancipación nacional.

ese año enfrascados en discusiones internas que no proporcionaban ningún camino a la clase obrera. Ciertamente no estábamos aprovechando las dificultades experimentadas por los capitalistas para avanzar la lucha por la revolución. En ese momento quedó claro hasta qué punto nuestro rumbo había estado en bancarrota. Hasta ese momento la dirección que tomaba nuestra lucha era crucial, pero el contenido de aquello por lo que luchábamos era fundamentalmente erróneo.

La declaración del CEI contra los confinamientos [ver *Spartacist* No. 41, octubre de 2022] representa el giro cualitativo de nuestra internacional, porque planteó un programa que correspondía a los intereses de la clase obrera en esta crisis mundial. Aunque lo hizo de manera tardía, la LCI sigue siendo única en plantear tal perspectiva.

"Confinamientos obreros"

Tengo entendido que los camaradas del grupo Bolshevik-Leninist (B-L) han abandonado su posición de llamar por "confinamientos obreros". Permítanme, no obstante, hacer algunas observaciones sobre esta cuestión. Podemos discutir el mejor enfoque táctico para plantear una perspectiva proletaria independiente durante la pandemia, pero debemos tener claro que para ser principista esta perspectiva debe contraponerse explícitamente a la de la burguesía.

¿Quién sabe cómo se enfrentaría un estado obrero revolucionario a una pandemia? Dependería de las circunstancias concretas. El cierre de ciertos segmentos de la economía no estaría excluido por principio, pero ésa no es la cuestión. El punto principal en la pandemia tal y como existía era que para defender sus propios intereses la clase obrera tenía que ***luchar***, no aceptar simplemente quedarse encerrada y seguir los dictados de la clase dominante. En la conciencia popular, los confinamientos administrados por la clase obrera se entenderían, en el mejor de los casos, como confinamientos con algunas medidas sociales adicionales; y en el peor, como los obreros mismos haciendo cumplir las medidas draconianas. Ninguno de los dos casos haría nada por meter una cuña entre la política impulsada por los gobiernos y los intereses de la clase obrera. Por el contrario, esto tiende un puente entre ambos.

Creo que la razón de querer plantear llamados como el de "confinamientos obreros" proviene de la incapacidad de refutar la propaganda moral de la burguesía sobre "salvar vidas" durante la pandemia. El argumento clave que la clase obrera debía esgrimir para avanzar sus intereses en la pandemia era que necesitaba ***oponerse*** a la respuesta del gobierno, ***aunque*** ésta luchara contra el virus. Si uno no puede explicar cómo las respuestas del gobierno iban en detrimento de la clase obrera, entonces o adopta la postura idiota de que a los comunistas no les importan las vidas humanas, o busca conciliar los intereses de la clase obrera con la política de confinamientos de la clase dominante. La clave para resolver este dilema era mostrar cómo la satisfacción de los intereses de la clase obrera durante la pandemia —tanto inmediatos como a largo plazo— entraba en conflicto con las estructuras sociales y políticas vigentes. Sólo entonces queda claro que la clase obrera no debería haber apoyado las políticas gubernamentales, sino que necesitaba su propia estrategia independiente y contrapuesta para defender su seguridad y sus condiciones de vida.

Reforjando la LCI

La publicación de la declaración sobre los confinamientos fue un punto de inflexión cualitativo, pero la lucha estaba lejos de haber terminado. Una vez establecidos en el camino de proporcionar una dirección revolucionaria a la clase obrera, nos encontramos cara a cara con un muro de revisionismo metodológico y político acumulado que nos bloqueaba a cada paso. Una cosa era desenvainar la espada y otra aprender a afilarla y empuñarla. Cuando se examina la trayectoria de la LCI desde 2021, se observa que nuestro rumbo ha sido revolucionario: hemos buscado proporcionar dirección a la clase obrera en los principales acontecimientos que han sacudido al mundo y en los países donde tenemos secciones. Nuestras intervenciones han sido modestas y desiguales, pero cruciales. A continuación, explicaré con más detalle el tortuoso camino y las distintas etapas que atravesamos para realizar estas intervenciones.

1) Reafirmar la escisión entre reforma y revolución

Casi inmediatamente después de la publicación de la declaración sobre los confinamientos hubo intentos por parte de varias secciones y una parte del propio S.I. de presentar la línea divisoria en el movimiento obrero simplemente como a favor o en contra de los confinamientos. Con-

tra esto fue necesario reafirmar la lección fundamental del leninismo, que es que la línea divisoria en el movimiento obrero es entre reforma y revolución. Mientras que esto se hizo de manera abstracta en diciembre de 2020, este mismo punto se volvió concreto y directamente relacionado con nuestra intervención durante la pandemia. No me malinterpreten. Si miran las luchas que tuvimos sobre esta cuestión en 2021 encontrarán un montón de puntos muy teóricos y algo abstractos. Pero a diferencia de 2020, la cuestión de escindir el movimiento obrero sobre las líneas de reforma y revolución se esgrimió para defender una intervención fundamentalmente revolucionaria en los eventos mundiales.

Este mismo punto político fue crucial en la Spartacist League/Britain, donde para volver a encarrilar a la sección tuvimos que corregir su capitulación al laborismo durante los años de Corbyn. En el documento de la conferencia de 2021 de la SL/B reafirmamos el siguiente punto básico:

> "La razón por la cual los leninistas se oponen a la 'iglesia amplia' (o partido de toda la clase) es que el ***ala revolucionaria*** se subordina al ***ala reformista***, no porque la socialdemocracia de izquierda sea obstaculizada por la socialdemocracia de derecha. Por ende, para los leninistas, luchar contra la 'iglesia amplia' del laborismo no significa luchar contra la conciliación de Corbyn a los blairistas. Significa luchar en contra de que los aspirantes a revolucionarios (por ejemplo, la SL/B) prediquen la unidad con Corbyn".
>
> —"En defensa del programa revolucionario (II)", *Spartacist* No. 41, octubre de 2022

En pocas palabras, luchamos por un partido revolucionario, no por una socialdemocracia más izquierdista. La conferencia de la SL/B también extendió este entendimiento a la cuestión sindical. Contra décadas de la práctica pasada, argumentamos:

> "Sólo las direcciones en los sindicatos construidas sobre la base de un programa revolucionario pueden trascender los intereses sectoriales estrechos de una industria, un sindicato o un país en particular y dirigir luchas que avancen los intereses de la clase obrera en su conjunto. Esto requiere exponer el programa de colaboración de clases de la actual dirección de los sindicatos, ***así como*** la versión más combativa de este mismo programa impulsada por la izquierda reformista".

Ahora bien, los dos puntos citados eran cruciales. Sin embargo, la tendencia en el partido muy pronto fue simplemente repetirlos como fórmulas aprendidas de memoria. Hemos tenido que insistir una y otra vez que afirmar estas verdades separadas de una lucha concreta no tiene sentido.

2) Tácticas

Esto me lleva al siguiente punto, el uso de tácticas. En Alemania nuestro rearme fue distinto que en Gran Bretaña. Empezamos haciendo una intervención clave, y luego profundizamos nuestra base teórica. Una vez que se entiende que la dirección revolucionaria significa guiar la lucha de la clase obrera, entonces resulta obvia la necesidad de explotar las contradicciones y las polarizaciones de la sociedad, y esto requiere el uso adecuado de tácticas. La campaña del Spartakist-Arbeiterpartei Deutschlands para expulsar a los partidarios de la OTAN/UE de Die Linke (Partido de Izquierda) en el contexto de la guerra en Ucrania fue una aplicación concreta de la lucha por la dirección revolucionaria y la necesidad de escindir al movimiento obrero entre reforma y revolución [ver "¡Echar de la izquierda a los partidarios de la UE y la OTAN!", *Spartacist* No. 41, octubre de 2022]. Al presionar a la socialdemocracia de izquierda a que luchara contra la ola socialchovinista que se apoderaba de Alemania, pudimos demostrar claramente por qué sólo un programa revolucionario podía proporcionar una base real para oponerse a la guerra.

Por supuesto, podríamos habernos quedado al margen llamando abstractamente por la revolución contra el imperialismo alemán, pero eso no habría hecho nada para avanzar realmente los intereses del movimiento obrero. El curso por el que luchamos proporcionaba una forma de combatir el imperialismo alemán al tiempo que reforzaba la autoridad de la vanguardia revolucionaria. Nuestra intervención demostró claramente que el ala izquierda de Die Linke preferiría abandonar su programa pacifista anti-OTAN antes que romper su unidad con los partidarios de la guerra.

Todo izquierdista semidecente que observe el contexto político alemán actual —donde la derechista Alternativa para Alemania se está convirtiendo en la fuerza política más fuerte— tiene que reconocer que los espartaquistas tenían razón al luchar por echar a los partidarios de la OTAN y la UE fuera del movimiento obrero. El no haberlo hecho ha paralizado y desmoralizado totalmente a la izquierda, mientras que la reacción tiene el viento a favor, beneficiándose de la creciente oposición a la guerra en Ucrania.

3) Llegando a las raíces del revisionismo postsoviético

Volviendo a un frente más interno, a principios de 2022 nos encontramos en la exasperante situación de que casi un año después de la publicación de la declaración sobre los confinamientos prácticamente ninguna sección había avanzado lo más mínimo. Esto nos empujó a profundizar en la búsqueda del origen de esta parálisis. Si nuestro problema hubiera sido únicamente la pandemia, deberíamos habernos recuperado cuando se resolvió esta cuestión política. Pero no fue así, y cada vez quedó más claro que lo que impulsábamos en la pandemia era totalmente diferente de la perspectiva de la Internacional en los últimos 30 años.

Fue sólo mediante la lucha por proporcionar una dirección revolucionaria en el mundo de hoy que pudimos entender nuestros problemas en el periodo anterior. No se podrían entender los problemas de la LCI simplemente estudiando nuestras discusiones internas. Una vez más, es sólo a través de la lucha por un rumbo revolucionario hoy que se puede entender nuestra desorientación previa.

4) Revolución permanente

En el caso de nuestras secciones en los países nacionalmente oprimidos, ni siquiera mirar 30 años atrás nos sirvió de nada. Enfrentamos el problema por primera vez en Quebec. Para presentar un programa revolucionario en la pandemia tuvimos que desenmascarar la ilusión de que el estado es el instrumento clave para el avance de la nación quebequense. Pero para romper con esta ilusión teníamos que reconocer que tenía una base muy legítima. El desarrollo de un protoestado le permitió a la nación quebequense hacer frente a la dominación anglófona y trajo consigo un progreso social muy significativo. Al recurrir a los escritos de Trotsky sobre la revolución permanente es como hemos podido descifrar este problema y comprender el papel de la burguesía quebequense como clase semioprimida y semidominante, que al mismo tiempo que se pone a la cabeza de la lucha nacional, la socava y la traiciona a cada paso.

Al extender este método a Grecia y luego México quedó claro que toda la historia de nuestro partido sobre la

revolución permanente era revisionista. Esta comprensión no vino a través de estudiar detenidamente los volúmenes de Trotsky —aunque fue ciertamente necesario— sino luchando para dar respuestas a la clase obrera ahora. No se puede dar un solo paso en esta dirección si se piensa que defender las fronteras griegas es totalmente reaccionario o si se denuncian las medidas para educar al campesinado en México como sólo una estratagema reaccionaria para transformarlos en... obreros alfabetizados.

5) La burocracia estalinista

Exactamente el mismo proceso ocurrió en relación con China. Para avanzar realmente los intereses de la clase obrera allí hay que enfrentarse a la burocracia estalinista. Esto es cierto tanto en general como en relación a la defensa de China contra el imperialismo y la contrarrevolución. La defensa de China requiere una lucha ***contra*** los estalinistas. Para cualquiera que todavía tenga dudas sobre si nuestros artículos recientes son demasiado duros con los estalinistas, dejaré que Trotsky responda:

> "La lucha contra la guerra, el imperialismo y el fascismo exige una lucha incansable contra el estalinismo, manchado de crímenes. Quien defiende directamente o indirectamente al estalinismo, quien calla sus traiciones o exagera su fuerza militar, es el peor enemigo de la revolución, de los pueblos oprimidos, del socialismo. Cuanto antes sea derrocada la camarilla del Kremlin por la ofensiva armada de los trabajadores, mayores serán las posibilidades de una regeneración socialista de la URSS, más próximas y amplias las perspectivas de la revolución internacional".
>
> —"Una lección reciente", 10 de octubre de 1938

Como muestra esta cita, nunca se puede ser "demasiado duro con los estalinistas".

6) La lucha contra el centrismo

Una lección clave, que se destacó en particular en el transcurso de la conferencia de la SL/U.S. del pasado diciembre, es la importancia de romper con el centrismo. La cuestión es si el polo marxista luchará por ser hegemónico o si hará concesiones que comprometan y restrinjan sus propias actividades y principios. Una cosa es adoptar posiciones de principios correctas y otra sacar las conclusiones prácticas de estas posiciones y luchar de acuerdo con ellas. La acción independiente de la clase obrera se plantea más tajantemente frente al centrismo. Unidad o escisión con el oportunismo, ésa es la cuestión. Era crucial que la dirección de la SL/U.S. fuera elegida sobre la base de una lucha tajante contra el centrismo. Dicho esto, las luchas en la SL/U.S. desde la conferencia demuestran que el combate contra el centrismo no es un asunto de una sola vez, sino que se plantea todo el tiempo en todos los aspectos de nuestro trabajo.

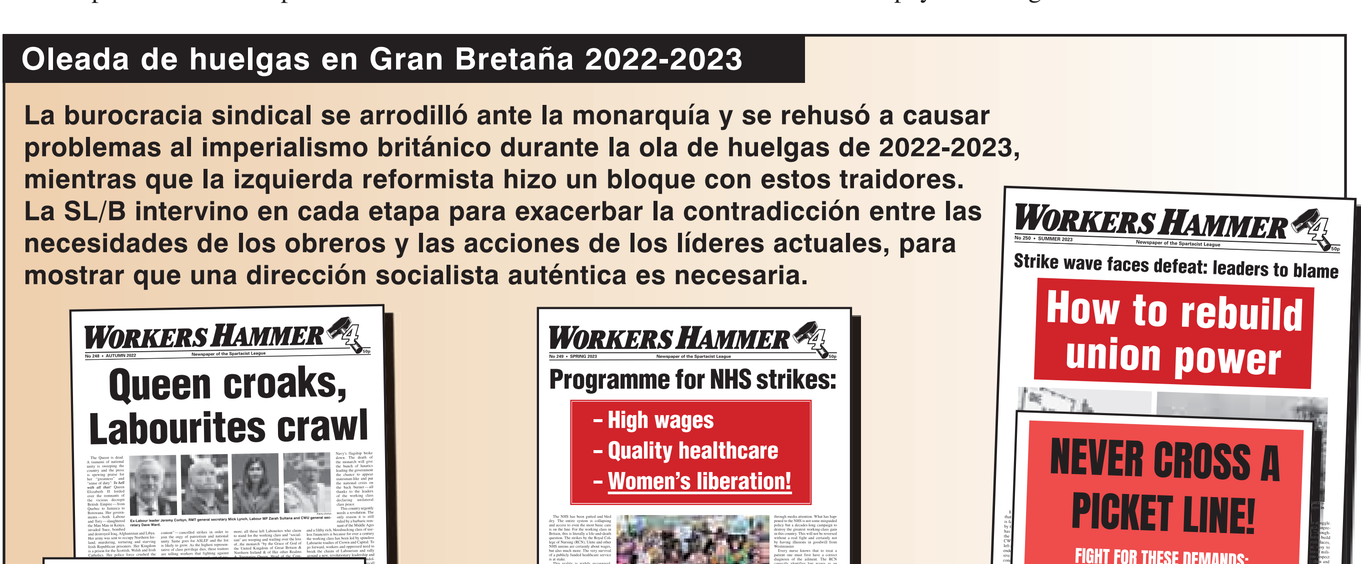
7) Guiar la lucha de la clase obrera en cada giro

En la etapa actual, la mayoría de las secciones han sido capaces de dar algunos pasos significativos en la reafirmación de nuestras tareas fundamentales y/o han hecho intervenciones significativas en los acontecimientos nacionales. Pero la dirección revolucionaria no consiste sólo en plantar la bandera programática o hacer algunas buenas intervenciones. Es un proceso constante que nunca está resuelto, sino que es puesto a prueba una y otra vez. Para ganar la lealtad de la clase obrera debemos construir un partido que pueda guiar sus luchas a cada paso del camino, ya sea a la ofensiva o a la defensiva.

Hemos tenido más experiencia a este respecto en la SL/B, donde en el transcurso del año pasado pudimos realizar una serie de intervenciones en momentos decisivos de la oleada huelguística que sacudió al país. En cada etapa del conflicto, peleamos por impulsar la lucha al tiempo que buscábamos meter una cuña entre los dirigentes laboristas del movimiento y los intereses de la clase obrera. Cada giro de la situación exigía luchas dentro del partido para asegurar una orientación correcta. Al tratar de guiar la lucha nos vimos impulsados de manera natural a apoyarnos en gran medida en nuestros esca-

Oleada de huelgas en Gran Bretaña 2022-2023

La burocracia sindical se arrodilló ante la monarquía y se rehusó a causar problemas al imperialismo británico durante la ola de huelgas de 2022-2023, mientras que la izquierda reformista hizo un bloque con estos traidores. La SL/B intervino en cada etapa para exacerbar la contradicción entre las necesidades de los obreros y las acciones de los líderes actuales, para mostrar que una dirección socialista auténtica es necesaria.



No. 248, otoño de 2022

No. 249, primavera de 2023

No. 250, verano de 2023

sos lazos en el movimiento obrero. No podíamos proporcionar dirección a la lucha sin conocer el estado de ánimo y las presiones al interior de la clase obrera. Nuestra intervención se basó en una discusión constante entre nuestros miembros en los sindicatos y la dirección de la SL/B. De hecho, este proceso ha llevado a que nuestros miembros en los sindicatos se conviertan en parte integrante de esa dirección.

Esto pone de relieve el tipo de partido que buscamos forjar, un partido obrero revolucionario. Un partido compuesto mayoritariamente por obreros y cuya política refleje sus intereses de clase. El papel de los intelectuales en tal partido es romper con los métodos y las actitudes de la pequeña burguesía y subordinarse a la promoción de los intereses de la clase obrera. No se puede construir un partido obrero en una torre de marfil, aislados de la clase obrera. Por el momento, nuestras raíces en la clase obrera son minúsculas, pero debemos tener muy clara nuestra perspectiva y trabajar de acuerdo con ella, aquí y ahora. En general, nuestra intervención en Gran Bretaña fue modesta, y ciertamente cometimos errores, pero creo que es rica en lecciones y un pequeño ejemplo de lo que significa proporcionar dirección revolucionaria.

De hecho, creo que puede decirse lo mismo de toda nuestra trayectoria en los dos últimos años. Es importante tener en cuenta que el proceso por el que pasamos seguramente se repetirá de un modo u otro en grupos de izquierda por todo el mundo. El actual contexto de agitación política internacional ejerce una gran presión sobre la izquierda marxista y es seguro que habrá polarizaciones y aperturas. Los documentos presentados a esta conferencia dan respuesta a las cuestiones más cruciales que se plantean en la actualidad. Debemos intervenir muy agresivamente con estos materiales. Pero también será crucial extraer las lecciones de nuestras luchas y, ojalá, facilitar las cosas a otros que, como nosotros, busquen trazar un rumbo revolucionario. Éste es en parte el objetivo de tener al grupo B-L en nuestra conferencia este fin de semana.

Conclusión

Para concluir, como he repetido incesantemente a lo largo de mi informe, debemos enfocar cada cuestión desde el punto de vista de ofrecer una perspectiva obrera independiente basada en el avance de la lucha por la revolución socialista. El siguiente paso es enraizar concretamente esta perspectiva en una comprensión marxista de las fuerzas de clase y los obstáculos en un momento y un lugar determinados.

Tras tres años de ardua lucha, hemos hecho progresos gigantescos. Pero esto no es más que el punto de partida. No minimicemos lo precaria que sigue siendo nuestra situación. Nuestro partido está lejos de estar consolidado en la política de los documentos de la conferencia. Debemos endurecernos aún más; los acontecimientos mundiales prometen ser implacables y castigarán severamente cualquier vacilación de nuestra parte. Quien no tenga estómago para una lucha constante y agotadora no está en el partido correcto. A medida que se acercaba la conferencia, algunos camaradas ya lo han comprendido y han renunciado. Que así sea. Seguimos adelante más decididos que nunca y más claros que nunca sobre nuestras tareas en este nuevo periodo. Esta conferencia es el primer paso.

¡Abajo el centrismo y el sectarismo! ¡Adelante hacia una IV Internacional reforjada! ■

Declive...

(viene de la página 5)

progresistas parecen entrar en conflicto con la teoría marxista del imperialismo, que sostiene que el capitalismo ha llegado a su fase final, en la que la dominación del capital monopolista conduce al parasitismo y a la decadencia a largo plazo. Sin embargo, lejos de estar en contradicción con el curso de los acontecimientos, sólo el análisis marxista puede explicarlos plenamente y, de paso, mostrar cómo el orden mundial liberal no conduce a un progreso social y económico gradual, sino a la calamidad social.

Para empezar, no hay necesidad en absoluto de atribuir un papel progresista al capital financiero para explicar un crecimiento sostenido de las fuerzas productivas. Las condiciones posteriores al colapso de la Unión Soviética —reducción de la amenaza militar, debilitamiento del movimiento obrero, reducción del riesgo para la inversión extranjera, liberalización generalizada— permitieron al imperialismo superar durante un tiempo su tendencia a la decadencia. De hecho, el propio Trotsky proyectó esta posibilidad:

> "Teóricamente, no se puede decir que no vaya a haber un nuevo capítulo de progreso capitalista ***general*** en los países más avanzados, dominadores y animadores. Pero para esto el capitalismo deberá primero saltar por encima de las altas barreras existentes en el terreno de las clases y de las relaciones entre estados: aplastar por largo tiempo la revolución proletaria, reducir a China definitivamente a la esclavitud, derrocar a la República de los Soviets, etc.".
>
> —*La III Internacional después de Lenin* (1928)

Esto es precisamente lo que ocurrió. Tras un dramático cambio en la correlación de fuerzas de clase a expensas del proletariado, el capitalismo obtuvo una prórroga. Pero sólo podía tratarse de un respiro temporal respecto a la tendencia general del imperialismo hacia la decadencia, la cual está volviendo ahora a la norma.

En segundo lugar, para los defensores del capitalismo la superioridad del libre mercado sobre las economías

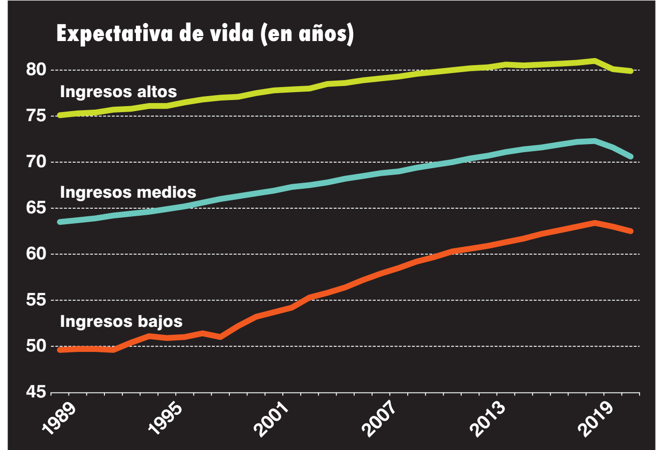


Gráfico de Spartacist. Fuente: datos del Banco Mundial

Los países de ingresos bajos fueron los que más se beneficiaron del aumento de la esperanza de vida en el periodo postsoviético, con un aumento de casi 14 años hasta que la tendencia se revirtió para todos los grupos durante la pandemia.

planificadas se demuestra al comparar los niveles de vida de los estados obreros deformados de Europa Oriental con los de hoy en día (Polonia es el ejemplo estándar). De hecho, esta afirmación se puede refutar incluso dejando de lado que, según ciertas mediciones, sus condiciones de hecho han empeorado: desigualdad, condición de la mujer, emigración masiva, etc. Los marxistas ortodoxos —es decir, los trotskistas— siempre argumentaron que las economías planificadas de estados obreros aislados, a pesar de sus enormes ventajas, no podían prevalecer sobre las de las potencias capitalistas avanzadas debido a la mayor productividad de estas últimas y la división internacional del trabajo. Los estalinistas afirmaban que la Unión Soviética por sí sola (y más tarde con sus aliados) podría superar a los países capitalistas avanzados mediante la "coexistencia pacífica" con el imperialismo. Pero es precisamente la imposibilidad de la coexistencia pacífica lo que descarta esto.

Las potencias imperialistas mantuvieron siempre una presión económica y militar extrema sobre la URSS y otros países del Pacto de Varsovia. Su desempeño económico se vio obstaculizado por estos ataques, a los que se añadió la mala gestión burocrática que necesariamente conlleva intentar "construir el socialismo" en condiciones de aislamiento y pobreza. El crecimiento económico sostenido de la Polonia capitalista se debe a su plena integración al comercio mundial, una posibilidad vedada a la devastada economía de posguerra de la República Popular de Polonia. No se puede comparar de manera justa el nivel de vida de un castillo sitiado con el de otro que no lo está. La superioridad de las economías planificadas es totalmente obvia cuando se observan los increíbles progresos logrados ***a pesar*** del entorno internacional hostil en el que se encontraban. Esto es cierto tanto para Polonia como para la Unión Soviética, Cuba, China y Vietnam.

En tercer lugar, los defensores del orden mundial liberal argumentan que, dado que la intensidad y el número de guerras han disminuido desde la Segunda Guerra Mundial y todavía más desde el colapso de la Unión Soviética, esto demuestra que el liberalismo y la globalización conducen gradualmente a la paz. Aunque pueden discutirse algunos aspectos factuales de esta afirmación, es innegable que ningún conflicto en los últimos 75 años se acerca a la matanza industrial que tuvo lugar en las dos guerras mundiales. Al día de hoy, "mantener la paz en Europa" sigue siendo el principal argumento utilizado para defender a la UE. La verdad es que la ausencia de una nueva guerra mundial es sólo producto del dominio de Estados Unidos sobre sus rivales, una correlación de fuerzas necesariamente temporal. Como explicó Lenin:

> "Bajo el capitalismo ***no*** se concibe otro fundamento para el reparto de las esferas de influencia, de los intereses, de las colonias, etc., que ***la fuerza*** de quienes participan en el reparto, la fuerza económica general, financiera, militar, etc. Y la fuerza de los que participan en el reparto no se modifica de un modo idéntico, ya que en el capitalismo es imposible...
>
> "Por eso, las alianzas 'interimperialistas' o 'ultraimperialistas' en el mundo real capitalista, y no en la vulgar fantasía pequeñoburguesa de los curas ingleses o del 'marxista' alemán Kautsky —sea cual fuere su forma: una coalición imperialista contra otra coalición imperialista, o una alianza general de ***todas*** las potencias imperialistas—, sólo pueden ser, ***in***evitablemente, 'treguas' entre las guerras".
>
> —*El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916)

Aceptar que el periodo postsoviético ha sido de relativa paz no borra en absoluto el hecho de que ha habido numerosas guerras bastante brutales. El ejército estadounidense ha participado, de manera casi continua, en guerras de baja intensidad para afirmar su poderío militar y asegurar su derecho a subyugar "pacíficamente" a incontables millones de personas mediante la expansión del capital financiero. Lejos de conducir a la paz mundial, esta dinámica sólo prepara nuevas guerras de inimaginable brutalidad para redividir el mundo una vez más.

En cuarto lugar, el crecimiento de las fuerzas productivas no se ha producido gracias a un mítico libre comercio, sino bajo el yugo y de acuerdo con los intereses del capital monopolista controlado por unas cuantas grandes potencias. Esto ha significado que cualquier progreso a corto o mediano plazo producido en ciertas regiones del mundo ha venido acompañado de una mayor dependencia de los caprichos financieros de las potencias imperialistas, centralmente EE.UU. Por ejemplo, uno puede mirar varios indicadores socioeconómicos y observar una mejora en los niveles de vida en México desde los años 90. Pero esto ha sido al precio de una subordinación económica mucho más profunda a Estados Unidos y la devastación de ciertas capas de la población, en particular el campesinado. Esta situación significa que en tiempos de crecimiento los imperialistas obtienen enormes beneficios de sus colonias, y cuando llega la crisis pueden exigirles concesiones políticas y económicas exorbitantes, profundizando aún más su opresión nacional. Todo esto demuestra que el crecimiento económico a corto plazo no vale el precio de la esclavitud al imperialismo.

Por último, y lo que es más importante, el colapso de la Unión Soviética no anunció una fase superior del progreso humano, sino el triunfo del imperialismo estadounidense, que no es otra cosa que la dominación de los rentistas financieros de EE.UU. sobre el mundo. Es el propio dominio de esta clase el que limita el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas y conduce a la decadencia social. Esto es cierto ante todo en EE.UU. mismo. En *El imperialismo* Lenin explicó:

> "La exportación de capitales, una de las bases económicas más esenciales del imperialismo, acentúa todavía más este divorcio completo entre el sector rentista y la producción, imprime un sello de parasitismo a todo el país, que vive de la explotación del trabajo de unos cuantos países y colonias de ultramar".

Esto describe perfectamente el carácter de la economía estadounidense. El crecimiento sin precedentes de sus intereses financieros internacionales ha vaciado la fuente misma del poder mundial de Estados Unidos, su antaño poderosa base industrial. Deslocalización, falta crónica de inversión en infraestructura, precios astronómicos de la vivienda, una industria de la salud chupasangre, educación onerosa y de baja calidad: todo ello es producto del carácter cada vez más parasitario del capitalismo estadounidense. Incluso el poderío militar estadounidense es socavado por el ahuecamiento de la industria.

La clase dominante estadounidense ha buscado compensar el declive económico del país mediante la especulación salvaje, el crédito barato y la impresión de dinero. Como observó Trotsky: "Mientras más se empobrece la sociedad, más rica parece, mirándose en el espejo de este capital ficticio" ("La crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista", junio de 1921). Esto anuncia el desastre económico. Todo el tejido social del país se pudre


Brauchli/Reuters


Reinstein/Corbis

Izquierda: caída del Muro de Berlín, noviembre de 1989. Derecha: el jefe imperialista Bush padre anuncia el "Nuevo Orden Mundial" de hegemonía estadounidense sin oposición tras la masacre de la Guerra del Golfo, marzo de 1991.

y cada vez más capas de la clase obrera y los oprimidos son arrojadas a la miseria.

Esta decadencia interna va acompañada de un peso económico decreciente en el mundo. Si en 1970 representaba el 36 por ciento del PIB mundial, ahora la economía estadounidense representa menos del 24 por ciento. Esta tendencia ha sido seguida por todos los países imperialistas. Mientras que en 1970 las cinco principales potencias (EE.UU., Japón, Alemania, Francia y Gran Bretaña) representaban juntas el 60 por ciento del PIB mundial, hoy la cifra es del 40 por ciento. Por un lado, el fenomenal aumento de la exportación internacional de capital ha producido decadencia; por otro, ha integrado aún más a muchos países en las relaciones capitalistas modernas, creando un proletariado gigantesco en Asia Oriental y otras partes del mundo.

Son los llamados países de ingreso medio, y China en particular, los que han visto aumentar su peso en la economía mundial. Sin embargo, a pesar de este progreso económico, estos países siguen subordinados al capital financiero internacional. En lo que respecta al poder financiero, EE.UU. continúa sin desafío: el dólar sigue reinando, Estados Unidos controla las principales instituciones internacionales y catorce de las 20 principales empresas de gestión de activos son estadounidenses, las cuales controlan un capital combinado de 45 billones de dólares, el equivalente a cerca de la mitad del PIB mundial. (Las otras seis empresas importantes de gestión de activos son suizas, francesas, alemanas o británicas. De las 60 principales, ninguna es de China, Corea del Sur o de cualquiera de los otros denominados "países recientemente industrializados".) Esta creciente contradicción entre la posición hegemónica que aún mantiene Estados Unidos y su reducido poder económico real no es sostenible y es la causa fundamental de la creciente inestabilidad económica y política en el mundo.

El crecimiento del comercio mundial, la industrialización de los países neocoloniales, el desarrollo de China: todos estos factores están socavando la hegemonía estadounidense. Para mantener su posición, Estados Unidos debe revertir la dinámica actual. Esto significa desgarrar las bases de la globalización enfrentándose a China, presionando a las neocolonias, elevando las barreras arancelarias y reduciendo las migajas que da a sus aliados. Fundamentalmente, el argumento más definitivo contra la globalización es que el desarrollo de las fuerzas productivas va en contra de los intereses de la propia clase sobre la que descansa la globalización, la burguesía imperialista estadounidense. Esto por sí solo demuestra que tratar de mantener o "arreglar" el orden mundial liberal no es más que una fantasía reaccionaria.

Esto no quiere decir que, al igual que en 1989, no sea posible que Estados Unidos logre apuntalar su posición. Pero eso sólo podría lograrse a costa de derrotas catastróficas para la clase obrera internacional y no haría nada para detener la inexorable decadencia del imperialismo. La única fuerza que puede poner fin a la tiranía imperialista y dar paso a una etapa verdaderamente superior de desarrollo es la clase obrera. De hecho, la globalización ha reforzado el potencial revolucionario del proletariado haciéndolo hoy más poderoso, más internacional y más oprimido nacionalmente que nunca. Pero hasta ahora esto no se ha traducido en una mayor fuerza política. En este sentido, el periodo postsoviético ha hecho retroceder mucho al movimiento obrero.

III. EL LIBERALISMO Y EL MUNDO POSTSOVIÉTICO

Triunfalismo liberal

El colapso de la Unión Soviética no sólo provocó importantes cambios en el balance económico, político y militar de las fuerzas internacionales, sino también importantes cambios ideológicos. Durante la Guerra Fría, las clases dirigentes de Occidente se presentaron como las defensoras de la democracia y los derechos individuales frente a la tiranía del "comunismo totalitario". En el fondo, se trataba de una justificación ideológica de la hostilidad hacia los estados obreros deformados y las luchas anticoloniales. Al derrumbarse el bloque soviético, el comunismo fue proclamado muerto y el triunfalismo liberal se convirtió en la ideología dominante, lo que reflejó el cambio en las prioridades de los imperialistas, que pasaron de enfrentarse al "comunismo" a penetrar en los mercados recién abiertos en Europa Oriental y Asia.

El fin de la historia y el último hombre, de Francis Fukuyama, epitomiza la arrogancia y el triunfalismo del



Stillwell/PA

Septiembre de 1995: Tony Blair emprendió una cruzada neoliberal para remodelar el Partido Laborista y Gran Bretaña.

periodo postsoviético temprano. El capitalismo liberal se proclamaba el pináculo de la civilización humana destinado a extenderse por todo el mundo. Por supuesto, bajo esta visión fantástica subyacía la extensión real del capital imperialista por todo el mundo. El triunfalismo liberal era la justificación ideológica de este proceso. Estados Unidos y sus aliados gobernaban el mundo en nombre del progreso económico y social, que no es más que una versión moderna de la carga del hombre blanco.

Tras esta cobertura ideológica, Estados Unidos dirigió sus diversas intervenciones militares en el periodo postsoviético. La primera Guerra del Golfo y la intervención en Serbia fueron para "proteger a las naciones pequeñas". La intervención en Somalia fue para "salvar a los hambrientos". Esta ideología fue consagrada por la ONU como la "responsabilidad de proteger" (R2P). Como indica el nombre de la doctrina, ésta proclama que las grandes potencias tienen la responsabilidad de intervenir militarmente para proteger a los pueblos oprimidos del mundo. Fue en parte porque la guerra de Bush Jr. en Irak no encajaba bien en esta categoría por lo que hubo tanta oposición a ella. Dicho esto, en sus fundamentos no fue diferente de otras intervenciones estadounidenses en este periodo. Su objetivo era, ante todo, afirmar la hegemonía estadounidense en el mundo, no proporcionar beneficios económicos o estratégicos a largo plazo. Los aliados de Estados Unidos que se opusieron a intervenciones como la de Irak lo hicieron porque no consideraban que valiera la pena invertir recursos sustanciales para demostrar una vez más que Estados Unidos podía aplastar a un país pequeño. Era mejor cosechar los beneficios del orden estadounidense sin pagar el costo.

Mucho más significativa que los conflictos armados de este periodo fue la penetración económica del capital financiero imperialista en todos los rincones de la Tierra. El propio proceso de globalización fue acompañado y apoyado por toda una serie de principios ideológicos. Una especie de internacionalismo imperialista se convirtió en el consenso en la mayoría de los países occidentales. Se decía que el estado-nación era cosa del pasado, y el libre comercio, la apertura de los mercados de capitales y los altos niveles de inmigración se consideraban el camino hacia el progreso y la paz mundial. Una vez más, estos elevados principios reflejaban los intereses específicos de la clase dominante y se esgrimían para pisotear los derechos nacionales de los países oprimidos, desindustrializar Occidente, importar mano de obra barata y abrir los mercados al capital y las mercancías imperialistas.

El movimiento obrero en el periodo postsoviético

En el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, la clase obrera no tenía a su cabeza una vanguardia revolucionaria consciente en ningún lugar. No obstante, tuvo una serie de conquistas significativas: la Unión Soviética, los nuevos estados obreros de posguerra (a los que más tarde se unieron China, Cuba, Vietnam y Laos) y un poderoso movimiento obrero en el mundo capitalista. Este último incluía sindicatos fuertes y partidos obreros de masas. Sin embargo, en cada uno de estos casos las direcciones burocráticas oportunistas debilitaron y ahuecaron constantemente estos bastiones de poder obrero. Cuando los sindicatos de Estados Unidos y Gran Bretaña fueron objeto de un ataque concertado e intenso en la década de 1980, sus direcciones se mostraron incapaces de repeler estas ofensivas a pesar de los heroicos sacrificios de los obreros. En Europa Oriental la burocracia soviética liquidó una posición tras otra sin lucha hasta que finalmente se liquidó ella misma. En conjunto, estas derrotas desarticularon todas las posiciones del proletariado internacional en la posguerra.

Estos desastres fueron explotados por los capitalistas que utilizaron las ventajas que ya tenían para obtener una conquista tras otra a expensas de un movimiento obrero debilitado y desorientado. En casi todo el mundo disminuyó la afiliación sindical, se privatizaron industrias y servicios públicos nacionalizados, partidos obreros como el otrora poderoso Partido Comunista Italiano simplemente se liquidaron, y en Occidente se cerraron cada vez más industrias. Estos golpes objetivos a la clase obrera provocaron desmoralización y un giro a la derecha en el movimiento obrero.

En los países imperialistas, el grueso de los dirigentes socialdemócratas, los remanentes estalinistas y las cúpulas sindicales abrazaron abiertamente el triunfalismo liberal. El reformismo y el sindicalismo de la vieja escuela se consideraron demasiado radicales para esta nueva era. Se decía que la lucha de clases había terminado, que los sindicatos tenían que hacerse respetables (es decir, impotentes) y que el socialismo se consideraba utópico en el mejor de los casos. En el movimiento obrero había oposición a la privatización y el libre comercio, pero era mínima y estaba minada por la creencia de que eran inevitables. El proyecto del Nuevo Laborismo de Tony Blair simbolizó este giro a la derecha. Éste intentó transformar el Partido Laborista de un partido de la clase obrera basado en los sindicatos en uno parecido al Partido Demócrata estadounidense. En el gobierno, impulsó

reformas neoliberales radicales recubiertas con un barniz de modernismo y valores sociales progresistas. A medida que estos nuevos "líderes obreros" —en Gran Bretaña y en otros lugares— rechazaban la existencia misma de un movimiento obrero y todos los principios sobre los que se había construido, las organizaciones obreras tradicionales se debilitaron y volvieron hueras aún más. El dominio del liberalismo en los sindicatos y los partidos obreros equivalió básicamente a que el movimiento obrero se cercenara sus propias piernas, llevándolo a su debilitado estado actual.

Los países oprimidos por el imperialismo

En Occidente y en Japón, la deslocalización de la industria hizo retroceder la posición de la clase obrera. Sin embargo, en muchos países oprimidos por el imperialismo, la industria experimentó un auge y, a pesar de ello, el proletariado vio cómo su posición política se degradaba sustancialmente en el periodo postsoviético. ¿Cómo explicar esta debilidad en medio de un fortalecimiento objetivo de la clase obrera? Teniendo en cuenta las grandes variaciones entre países, se puede establecer una tendencia general. El contexto internacional de los años 80 y 90 condujo a un fortalecimiento del dominio del imperialismo sobre los países "en desarrollo" y "emergentes". Esto, a su vez, favoreció un fortalecimiento del liberalismo a expensas del nacionalismo del Tercer Mundo y de la política combativa de la clase obrera. Mientras que el liberalismo en cuestiones sociales como la sexualidad, la raza y la religión no progresó mucho en general, el liberalismo económico (neoliberalismo) y hasta cierto punto el liberalismo político (democracia formal) se hicieron dominantes.

Al nivel político, la convergencia internacional hacia la democracia liberal fue en parte el resultado de la política exterior estadounidense, que veía cada vez más las reformas democráticas como una forma óptima de frenar la agitación social. Pero los regímenes internos de los países neocoloniales también se vieron muy afectados por el debilitamiento del movimiento obrero a escala internacional. Las élites estaban más seguras de su posición, lo que les permitía tener margen para hacer concesiones, mientras que los oprimidos tenían una mano más débil, lo que aumentaba la presión para que renunciaran a un cambio radical. Esto redujo la agudeza de las contradicciones internas, lo cual permitió a países como Corea del Sur, Taiwán, Brasil y Sudáfrica sustituir dictaduras cuasi totalitarias por una pizca de democracia burguesa. Para los regímenes que confiaban más en la colaboración de clases que en la represión, el contexto cambiante redujo la necesidad de hacer concesiones al movimiento obrero. En México, por ejemplo, el antiguo régimen corporativista de partido único que había durado 70 años fue destruido gradualmente, y con éste gran parte de la influencia de los sindicatos.

En el plano económico, la existencia de la Unión Soviética había permitido a los países neocoloniales balancearse entre las dos grandes potencias. Muchos regímenes nacionalizaron importantes sectores de sus economías y tuvieron cierto control de los flujos de capital en sus países. Estos modelos eran ineficaces y corruptos, pero permitían cierta independencia respecto a Estados Unidos y los demás imperialistas. El colapso de la Unión Soviética puso el último clavo en el ataúd de tales modelos. Los países neocoloniales no tuvieron más remedio que alinearse plenamente tras


Ngwenya/Reuters

Mayo de 1994: el recién elegido presidente Nelson Mandela estrecha la mano de F.W. de Klerk, ex presidente del apartheid. El acuerdo de "reparto del poder" puso fin al apartheid en Sudáfrica, pero mantuvo la opresión nacional y social.

los dictados económicos de los imperialistas y desechar sus viejas estructuras corporativistas y estatistas.

El movimiento obrero del mundo neocolonial también capituló ante las crecientes presiones liberales, aunque de forma diferente al de Occidente. En algunos casos, como Brasil y Sudáfrica, los partidos de la clase obrera anteriormente reprimidos, el Partido dos Trabalhadores (PT) y el Partido Comunista Sudafricano (PCS), se convirtieron en ejecutores de los nuevos regímenes "democráticos" neoliberales. En México, la resistencia de la clase obrera al neoliberalismo se vinculó al Partido de la Revolución Democrática (PRD), una escisión populista de izquierda del partido gobernante. El propio PRD no se oponía a una mayor penetración del capital estadounidense, sino que sólo buscaba mejores condiciones para la rapiña de México. En muchos países, el movimiento obrero se mezcló con el mundo liberal de las ONGs, al apoyar los "derechos humanos" y los "objetivos de desarrollo del milenio" [de la ONU] en lugar de la lucha de clases. Así, teníamos una situación en la que la clase obrera de muchos países crecía en fuerza económica pero estaba políticamente paralizada por direcciones que capitulaban ante fuertes corrientes nacionales e internacionales que empujaban hacia el liberalismo y la integración con el imperialismo mundial.

Neoliberalismo con características chinas

El panorama parecía sombrío para el Partido Comunista de China tras la oleada contrarrevolucionaria que se extendió desde Alemania Oriental hasta la URSS. El sangriento aplastamiento del levantamiento de Tiananmen en 1989 había aislado al régimen en la escena mundial. Para Estados Unidos y sus aliados, era sólo cuestión de tiempo para que China siguiera el camino de la Unión Soviética y se integrara al creciente redil democrático liberal. Pero éste no fue el camino que siguió el PCCh. La lección que extrajo de Tiananmen y de las contrarrevoluciones del bloque del Este fue que para mantenerse en el poder necesitaba combinar un alto crecimiento económico con un férreo control político.



Alamy



Zhuoming/VCG

La transformación del distrito Pudong de Shanghái ejemplifica el crecimiento económico de China: progreso masivo, pero ligado a capitalistas extranjeros y nacionales.

Para lograrlo, redobló su apuesta por el camino de "reforma y apertura" iniciado por Deng Xiaoping a finales de los años 70, que consistía en liberalización del mercado en la agricultura y la industria, privatizaciones y atracción de capital extranjero. Actualmente, el control del Partido Comunista sobre el poder parece más firme que nunca. Para el PCCh y sus defensores, China está siendo guiada a través de la corriente de la historia gracias a las sabias políticas de sus líderes. Pero como dejarán claro las agitadas corrientes de la lucha de clases, este aparente éxito tiene más que ver con las aguas estancadas del periodo postsoviético que con la capacidad de dirección del PCCh.

Con la amenaza del "comunismo global" aparentemente desaparecida y con Deng comprometiendo al partido a dar la bienvenida al capital extranjero durante su "gira por el sur" de 1992, la inversión imperialista inundó China. Las Zonas Económicas Especiales (ZEE) ofrecían un entorno desregulado digno de las mejores prácticas neoliberales de libre mercado y una enorme reserva de mano de obra barata cuya sumisión estaba garantizada por el PCCh, mientras que la economía dirigida por el estado movilizaba gigantescos recursos para la construcción de infraestructura y fábricas. Esta combinación produjo enormes beneficios para el capitalismo monopolista, pero también un progreso económico y social sin parangón en China. En los tres años posteriores a 2008, China utilizó más cemento que Estados Unidos en todo el siglo XX. Desde 1978, su PIB ha crecido una media anual del 9 por ciento y 800 millones de personas han salido de la pobreza. La integración de China en la economía mundial ha permitido enormes saltos en la productividad, ha abierto un nuevo mercado gigantesco y ha servido de motor del crecimiento económico y del aumento del comercio mundial. El ascenso de China es tanto el mayor éxito del orden postsoviético como su mayor amenaza.

Para los socialdemócratas y los moralistas liberales, las políticas mercantilistas y represivas del PCCh son la prueba de que China es ahora capitalista o incluso imperialista. Pero a diferencia de lo que ocurrió en la URSS y en Europa Oriental, el régimen estalinista chino nunca cedió el control de la economía y el estado. Las principales palancas económicas permanecen colectivizadas. En muchos aspectos, el régimen económico de China se parece actualmente a un modelo extremo de lo que Lenin describió como "capitalismo de estado": la apertura de ciertas áreas económicas a la explotación capitalista bajo la dictadura del proletariado.

Para una evaluación marxista de las políticas de Deng y sus sucesores, uno no puede simplemente rechazar por principio las reformas de mercado o cualquier compromiso con el capitalismo. Más bien, hay que examinar los términos y los objetivos de los acuerdos y si reforzaron la posición general de la clase obrera. En el III Congreso de la Comintern, Lenin esbozó de la siguiente manera su enfoque sobre las concesiones extranjeras en el estado obrero soviético:

> "Reconocemos con toda franqueza y no ocultamos que, en el sistema del capitalismo de estado, el arrendamiento de empresas en régimen de concesión implica un tributo al capitalismo. Pero ganaremos tiempo, y ganar tiempo significa ganarlo todo, sobre todo en una época de equilibrio, cuando nuestros camaradas del extranjero preparan a fondo su revolución. Y cuanto más a fondo la preparen, más segura será la victoria. Pero mientras tanto, tendremos que pagar un tributo".
>
> —"Informe sobre la política del Partido Comunista de Rusia" (julio de 1921)

Lenin trataba de atraer capital extranjero a Rusia como un medio para fomentar el desarrollo económico y ganar tiempo hasta que la revolución pudiera extenderse internacionalmente. Los compromisos que estaba dispuesto a asumir no implicaban el menor indicio de que la lucha contra el capitalismo fuera a dejarse de lado. Al contrario, insistió:

> "Esta lucha ha cambiado sus formas, pero sigue siendo lucha. Todo concesionario sigue siendo un capitalista y procurará socavar el poder soviético, mientras que nosotros debemos tratar de aprovecharnos de su avidez".
>
> —"Informe sobre las concesiones en una reunión del Grupo Comunista del Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia" (abril de 1921)

En contraste con esto, Deng Xiaoping proclamó que "no hay contradicción fundamental entre el socialismo y la economía de mercado" (1985). Para Deng y sus sucesores, nunca se trató de ganar tiempo para la revolución mundial, sino de la quimera de desarrollar China en armonía fundamental con el mundo capitalista.

Aunque los últimos 30 años han producido resultados asombrosos cuando se examinan los datos económicos brutos, la imagen es muy diferente cuando se evalúa la fuerza del estado obrero chino sobre una base de clase. El desarrollo de China se ha construido sobre cimientos de arena: la "coexistencia pacífica" con el imperialismo mundial. Hay una contradicción fundamental en el ascenso de China: cuanto más fuerte se hace, más socava la condición que hizo posible su ascenso —la globalización económica bajo la hegemonía de Estados Unidos—. Pero en lugar de movilizar a la clase obrera internacional para la inevitable lucha contra el imperialismo estadounidense, el PCCh ha confiado durante décadas en la "interdependencia económica", el "multilateralismo" y la "cooperación beneficiosa para todos" como medios para evitar el conflicto. Tales ilusiones pacifistas han debilitado a la República Popular China (RPCh) al desarmar a la clase obrera, la única fuerza que puede derrotar decisivamente al imperialismo.

La posición de China se ve aún más debilitada por la poderosa clase capitalista nacional que ha surgido en el continente y que tiene un interés directo en la destrucción del estado obrero. Lejos de reconocer esta amenaza mortal para el régimen social, el PCCh ha fomentado abiertamente el crecimiento de esta clase, y resalta sus contribuciones a la construcción del "socialismo con características chinas". No hace falta ser un erudito de Marx para comprender que una clase cuyo poder descansa en la explotación de la clase obrera es un enemigo mortal de la dictadura del proletariado, un régimen basado en el poder estatal de la clase obrera.

Para Lenin, el único principio involucrado al establecer concesiones capitalistas extranjeras era la preservación del poder del proletariado y el mejoramiento de sus condiciones, incluso si esto significaba "beneficios del 150 por ciento" para los capitalistas. Basó toda su estrategia en el potencial revolucionario del proletariado tanto en Rusia como en el extranjero. Esta perspectiva no tiene nada que ver con la burocracia del PCCh, que teme a la revolución como a la peste y, por encima de todo, busca la estabilidad política para mantener sus propios privilegios burocráticos. Lejos de construir la "prosperidad común", las políticas del PCCh han procurado mantener sometidas las aspiraciones de la clase obrera y mantener las condiciones de trabajo lo más miserables posible para competir con los trabajadores del extranjero y asegurar la inversión de capital. Los que se han beneficiado no son el "pueblo que trabaja duro" sino una pequeña camarilla de burócratas y capitalistas. La verdad es que el PCCh ha trabajado con los capitalistas del país y el extranjero en contra de los obreros en China y al nivel internacional. Esta traición abierta llevada a cabo en nombre del "socialismo" desacredita a la RPCh a los ojos de la clase obrera internacional y socava la defensa de la Revolución de 1949.



Seattle Municipal Archives

Protesta contra la OMC en Seattle, 1999 (arriba); marcha de los United Steelworkers en Michigan, 2003 (abajo). Liberalismo y proteccionismo: dos callejones sin salida incapaces de desafiar la globalización liderada por EE.UU.

Pugliano/Getty

IV. COMBATIENDO EL LIBERALISMO CON LIBERALISMO

El fuerte consenso político en todo Occidente después de 1991 no significó que no hubiera voces disidentes de izquierda y derecha. Sin embargo, en términos generales esta disidencia no desafió las premisas ideológicas básicas del orden mundial liberal y menos aún la base material de este orden: la dominación del capital financiero estadounidense. Los diversos movimientos que surgieron en la izquierda criticaron el statu quo con base en la moral liberal, es decir, desde dentro de los fundamentos ideológicos básicos del mismo. Tanto si estaban en contra del libre comercio, la guerra, el racismo o la austeridad, los movimientos de la izquierda tenían como premisa frenar los excesos del imperialismo, manteniendo así intacto el sistema en su conjunto pero sin sus aspectos más brutales. Como explicó Lenin sobre tales críticas al imperialismo en su época, éstos no eran más que un "deseo candoroso", ya que no reconocían "los vínculos indisolubles existentes entre el imperialismo y los trusts, y, por consiguiente, entre el imperialismo y los fundamentos del capitalismo" (*El imperialismo*). Y así, los diversos movimientos de la izquierda del periodo postsoviético denunciaron, hicieron peticiones, se manifestaron,

cantaron y comieron tofu, pero fracasaron rotundamente a la hora de construir una oposición real al imperialismo liberal.

El movimiento antiglobalización

El movimiento antiglobalización alcanzó su punto álgido en las protestas contra la OMC en Seattle en 1999. Le siguieron varios movimientos similares en todo el mundo, lo que eventualmente dio lugar a los foros sociales mundiales. El movimiento en sí era una mezcla ecléctica de sindicatos, ecologistas, ONGs, grupos indígenas, anarquistas y socialistas. Esta mezcolanza no tenía coherencia ni un objetivo común; era una coalición de los perdedores de la globalización, que pretendían detener las ruedas del capitalismo, y del ala izquierda del liberalismo, que pretendía que sus ciclos fueran menos brutales.

En los sindicatos, la oposición a la globalización estaba impulsada por la resistencia de la clase obrera a la pérdida de puestos de trabajo debido a la deslocalización. Correctamente canalizada, esta legítima ira de la clase obrera podría haber cambiado el balance de fuerzas de clase a escala internacional y puesto fin a la ofensiva del capital financiero. Esto habría requerido fuertes luchas defensivas que se enfrentaran directamente a los intereses del capital monopolista: ocupaciones de fábricas, huelgas, campañas de sindicalización. Pero los dirigentes sindicales hicieron todo lo contrario.

En EE.UU. se opusieron a la deslocalización y el TLCAN, pero celebraron activamente el dominio del capitalismo estadounidense sobre el mundo, que ellos mismos habían ayudado a alcanzar mediante su compromiso en la "lucha contra el comunismo". Los sindicatos no podían organizar una lucha en defensa de los puestos de trabajo mientras seguían apoyando el mismo factor que conducía a la deslocalización: el dominio imperialista estadounidense. Y sí que lo apoyaron, desde sus campañas proteccionistas antimexicanas y antichinas hasta el apoyo a Bill Clinton para presidente. En Europa, incluso la oposición formal al libre comercio era mucho más débil y muchos sindicatos hicieron campaña activamente a favor del Tratado de Maastricht y la UE. Los que no lo hicieron, al igual que sus homólogos estadounidenses, no lucharon contra la clase dominante que estaba detrás de la liberalización económica, sino que buscaron en vez de ello un bloque entre el trabajo y el capital a escala nacional contra los "intereses extranjeros". En ambos casos el resultado fue la devastación absoluta para la clase obrera, con pérdidas masivas de puestos de trabajo y la decadencia de regiones enteras.

El otro bando del movimiento antiglobalización consistía en diversas ONGs, anarquistas, ecologistas y grupos socialistas. Como insisten la mayoría de estos grupos, no se oponen a la globalización, sino que buscan una globalización "más justa", "democrática" y "respetuosa con el medio ambiente". Como ya se ha explicado, la globalización no puede ser justa bajo el yugo del imperialismo, y la ofensiva neoliberal sólo podría detenerse reforzando la posición de la clase obrera internacional. El movimiento antiglobalización no podía hacer nada en este sentido porque abrazaba el mismo triunfalismo liberal cuyas consecuencias supuestamente combatía. El movimiento afirmaba que la lucha de clases había terminado y que los estados-nación habían sido suplantados por las corporaciones internacionales... así que obviamente no organizó la lucha de clases contra los estados imperialistas que apoyaban la globalización.

Como el movimiento consideraba que la globalización era básicamente inevitable y veía a la clase obrera como irrelevante en el mejor de los casos, no hizo nada para oponerse a la pérdida de millones de puestos de trabajo. La izquierda denunció el chovinismo proteccionista de ciertos burócratas sindicales y políticos reaccionarios, pero sin presentar un programa de defensa del empleo y de las condiciones de trabajo. Esto significaba ser un eco de izquierda de los Bush y los Clinton, que también denunciaban el proteccionismo y el nativismo en beneficio de la expansión de Estados Unidos en el extranjero. La verdad básica rechazada por el movimiento antiglobalización es que una defensa real de los puestos de trabajo de la clase obrera en EE.UU. y Europa no iría en contra de los intereses de los trabajadores del Tercer Mundo, sino que fortalecería su posición al poner freno a un mayor saqueo imperialista. Para ser internacionalista, la clase obrera no debe volverse "liberal" e "ilustrada"; debe unirse para derrocar al imperialismo. Toda lucha contra la burguesía imperialista unirá objetivamente a la clase obrera internacional y la hará romper con sus direcciones nacionalistas.

Aunque el movimiento antiglobalización consiguió provocar algunos disturbios, éstos no constituyeron ninguna amenaza para el imperialismo liberal. Paralizado por una lealtad fundamental al statu quo, el movimiento fue en última instancia sólo una nota al pie en la aplastante ofensiva del capital financiero en los años 90 y principios de los 2000. Con el tiempo, incluso la oposición formal al TLCAN y a la UE fue abandonada por prácticamente todo el movimiento obrero y la izquierda. Es la impotencia de las fuerzas que se oponen a la globalización lo que empujó a millones de obreros en Occidente hacia demagogos como Trump, Le Pen en Francia y Meloni en Italia.

La izquierda anti*establishment* después de 2008 en Estados Unidos y Europa

La burbuja crediticia de 2007 marcó el punto álgido del orden mundial liberal. La crisis económica posterior representó un importante punto de inflexión, ya que la dinámica que contribuía a la estabilidad y el crecimiento económico —aumento del comercio mundial, crecimiento de la productividad, consenso político y geopolítico— se vino abajo y se invirtió. Aunque la crisis y sus secuelas no pusieron fin a la era postsoviética, aceleraron las tendencias que la socavaban. En gran parte del mundo occidental, los millones de despidos y desahucios seguidos de una ola de austeridad crearon un profundo descontento político. Por primera vez desde la década de 1990, surgieron importantes movimientos políticos que atacaron pilares clave del consenso postsoviético. En la derecha, el proteccionismo, la oposición al "multilateralismo" y el chovinismo abierto se convirtieron en la corriente dominante. En la izquierda fue la oposición a la austeridad, los llamados por nacionalizaciones y, en ciertos sectores, la oposición a la OTAN. Las características de estos movimientos varían mucho, pero se impone una conclusión. Mientras que la derecha populista emerge hoy revigorizada tras un cierto declive en 2020, los movimientos anti*establishment* de la izquierda se han hundido en su mayoría. ¿Qué explica este fracaso?

La izquierda anti*establishment* fue empujada a la palestra por décadas de ataques neoliberales que se exacerbaron tras 2008 y, en el caso de Estados Unidos y Gran Bretaña, por la oposición a las intervenciones militares en Afganistán

e Irak. Aunque estos movimientos reaccionaron contra el statu quo, no rompieron decisivamente con él. A su manera, cada uno estaba ligado a la burguesía imperialista responsable de la degradación de las condiciones sociales. Los abanderados de esta tendencia fueron Corbyn en Gran Bretaña, Sanders en Estados Unidos, Syriza en Grecia y Podemos en España. A diferencia de ellos, Mélenchon en Francia aún no ha fracasado visiblemente. Dicho esto, su movimiento contiene todos los ingredientes que llevaron a la desaparición de sus homólogos en otros países.

En cuanto a Sanders, se trata de un representante del Partido Demócrata, uno de los dos partidos del imperialismo estadounidense. Sus discursos sobre "una revolución política contra los multimillonarios" no significan nada dada su lealtad a un partido que representa a los multimillonarios. Además, como político liberal reformista, la principal reforma que Sanders prometió, "Medicare [seguro médico público] para todos", siempre estuvo subordinada a la unidad con los capitalistas demócratas "progresistas" frente a los republicanos más reaccionarios. En nombre de la "lucha contra la derecha", Sanders traicionó los principios que decía defender. Cuanto más pisoteaba Sanders las aspiraciones del movimiento al que representaba, más ascendía en el *establishment* del Partido Demócrata. Los que hoy quieren recrear este movimiento fuera del Partido Demócrata y sin Sanders no entienden que es el propio programa del reformismo liberal el que conduce a la capitulación ante la clase dominante. Cualquier programa que busque reconciliar los intereses de la clase obrera con el mantenimiento del capitalismo estadounidense buscará necesariamente apoyo en una de las dos alas de éste. Para romper el ciclo reaccionario de la política estadounidense y avanzar verdaderamente sus intereses, la clase obrera necesita su propio partido construido en oposición total tanto a los liberales como a los conservadores.

El movimiento de Corbyn era similar al que rodeaba a Sanders, pero difería en dos aspectos importantes. El primero es que el Partido Laborista, a diferencia del Partido Demócrata, es un partido obrero burgués. Su base obrera explica en parte por qué Corbyn pudo ganar la dirección del laborismo mientras que Sanders fue frenado por el *establishment* demócrata. La otra diferencia significativa es que Corbyn cruzó líneas rojas en cuestiones de política exterior. Su oposición a la OTAN y la UE, sus críticas al golpe de estado respaldado por la OTAN en Ucrania en 2014, su apoyo a los palestinos y su oposición a las armas nucleares eran totalmente inaceptables para la clase dominante.

Ante la rabiosa hostilidad del *establishment* británico y la continua insurgencia contra él en su propio partido, las alternativas que se le planteaban a Corbyn eran enfrentarse directamente a la clase dominante o capitular. Pero el programa de Corbyn de pacifismo y reformismo laborista busca calmar la guerra de clases, no ganarla. Así que, en todo momento, Corbyn trató de apaciguar a la clase dominante y al ala derecha de su partido en lugar de movilizar a la clase obrera y a la juventud contra ellos. Corbyn capituló en cuanto a la renovación del programa de submarinos nucleares Trident, a la autodeterminación de Escocia, a la cuestión de Israel-Palestina, sobre la OTAN y, más decisivamente, respecto al Brexit. El ejemplo de Corbyn, incluso más que el de Sanders, es un caso clásico de la total impotencia del reformismo en la conducción de la lucha de clases.

El caso de Syriza es diferente en el sentido de que llegó al poder en Grecia como resultado de la oposición masiva a la austeridad impuesta por la UE. La rapidez de su ascenso sólo fue igualada por la profundidad de su traición. Después de organizar un referéndum en 2015 que rechazó abrumadoramente el paquete de austeridad de la UE, Syriza pisoteó descaradamente la voluntad popular accediendo a las exigencias imperialistas de ataques aún más duros contra los trabajadores griegos. La razón de esta traición radica en la propia naturaleza de clase y el programa de Syriza. La única fuerza capaz de hacer frente al imperialismo en Grecia es la clase obrera organizada. Pero Syriza no es un partido de la clase obrera. Afirmaba que podía servir tanto a los capitalistas griegos como a los obreros y los oprimidos de Grecia... todo ello manteniendo al país en la UE. Este mito explotó al primer contacto con la realidad. Mientras que la mayor parte de la izquierda vitoreó a Syriza hasta su traición, el Partido Comunista (KKE) se mantuvo al margen, negando que Grecia estuviera siquiera oprimida por el imperialismo. Las consecuencias de ambas políticas se abatieron sobre el pueblo griego. Esta debacle muestra la urgente necesidad de un partido en Grecia que combine la lucha por la liberación nacional con la necesidad de la independencia de clase y el poder obrero.

A medida que el mundo entra en un periodo de crisis aguda, el movimiento obrero en Occidente se encuentra políticamente desorganizado y desmoralizado, traicionado por las fuerzas en las que depositó su fe. Si bien



Douliery/Sipa



Kitwood/Getty



Messinis/AFP

Bernie Sanders, Jeremy Corbyn, Alexis Tsipras —campeones de la izquierda anti*establishment*— desmoralizaron y traicionaron a sus partidarios.



Getty

Covid-19: como en otros lugares, el gobierno mexicano impulsó una campaña de chantaje moral para que la población aceptara las medidas reaccionarias de la burguesía.

esto conducirá sin duda a la conquista de posiciones para la derecha a corto plazo, un nuevo auge de la clase obrera y de las masas populares planteará de nuevo la necesidad de alternativas políticas frente a los representantes del statu quo liberal. Es esencial extraer las lecciones de los fracasos pasados para evitar un nuevo ciclo de derrotas y reacción.

Covid-19, desastre liberal

Durante la pandemia del Covid-19, la izquierda no ofreció ni siquiera una tibia oposición al *establishment* liberal. Mientras las burguesías de todo el mundo encerraban a sus poblaciones durante meses sin hacer nada para reparar los sistemas de salud que se desmoronaban y mejorar las condiciones de vida espantosas, la izquierda vitoreaba y pedía cierres cada vez más estrictos. Cada ataque contra la clase obrera fue aceptado en nombre de "seguir la ciencia". El entendimiento básico de que la ciencia en la sociedad capitalista no es neutral, sino que se usa para servir a los intereses de la burguesía, fue arrojado por la ventana incluso por aquéllos que decían ser marxistas.

El resultado habla por sí mismo. Millones de personas murieron a causa del virus, millones perdieron su trabajo, se encerró a las familias en sus casas a costa de las mujeres, los niños y la cordura. Dado que la ciencia se utilizó para justificar una política reaccionaria tras otra, millones de personas se volvieron contra la "ciencia" y rechazaron las vacunas que salvan vidas. ¿Se salvó el sistema sanitario? No, en todas partes está mucho peor que antes. ¿Se protegió a los trabajadores del virus? No, siguieron trabajando en condiciones peligrosas. ¿Se protegió a los ancianos? Muchos murieron en asilos decrépitos. Los que no, vieron su calidad y esperanza de vida reducidas debido al aislamiento social y la falta de ejercicio. La crisis de los asilos y casas de retiro es peor que nunca.

Los liberales y la izquierda argumentan que no había ninguna alternativa a doblegarse ante los gobiernos y la "ciencia" en nombre de "salvar vidas". Pero había una. La clase obrera necesitaba tomar cartas en el asunto y garantizar una respuesta que correspondiera a ***sus*** intereses de clase. Los sindicatos necesitaban luchar por lugares de trabajo seguros en contra del simple cierre de los mismos o de trabajar en trampas mortales. Mientras los patrones y los gobiernos controlen la seguridad en el trabajo en lugar de los sindicatos, los obreros morirán por causas evitables. Los sindicatos de la salud y la educación tenían que luchar por mejores condiciones, no sacrificarse por mejoras ilusorias posteriores. Esos sacrificios no rescataron los servicios públicos, sino que permitieron a la clase dominante exprimirlos aún más. Sólo en la lucha contra la clase dominante y sus cierres podrían abordarse cualquiera de los males sociales que estaban detrás de la crisis, ya sea la atención sanitaria, la vivienda, las condiciones de trabajo, el transporte público o la atención a los ancianos.

La total subordinación del movimiento obrero a los confinamientos garantizaba que cualquier oposición a las desastrosas consecuencias de la pandemia estaría dominada por las fuerzas de derecha y conspiracionistas. Muchas de las personas que asistieron a las manifestaciones masivas contra los confinamientos o a las protestas contra la vacunación obligatoria lo hicieron por una ira legítima ante las consecuencias sociales de las políticas capitalistas durante la pandemia. En lugar de ponerse al frente de estos sentimientos y canalizarlos hacia una lucha por avanzar las condiciones de la clase obrera, la izquierda los denunció de forma abrumadora y aplaudió su represión por parte del estado.

Las bases para la traición total de la izquierda y del movimiento obrero en la pandemia se sentaron durante todo el transcurso del periodo postsoviético. Cuando esta crisis de proporciones mundiales golpeó y la burguesía necesitó más que nunca la unidad nacional, el movimiento obrero se cuadró y movilizó lealmente a la clase obrera detrás de la "ciencia" y el "sacrificio compartido". Aunque los gobiernos y la mayor parte de la izquierda intentan esconder la pandemia bajo la alfombra, no se librarán tan fácilmente. Las consecuencias de este desastre han dejado una profunda huella en la clase obrera y la juventud, impulsándolas a buscar respuestas y alternativas.

V. EL ORDEN LIBERAL EN DECADENCIA

La arrogancia se convierte en histeria

Desde la década de 1980 hasta principios de la de 2000, la dinámica de la política mundial favoreció el fortalecimiento relativo del poder de Estados Unidos. Cuanto más mejoraba su posición económica, militar y política, mayor era la fuerza centrípeta que reforzaba el orden mundial liberal. Esta dinámica que se refuerza a sí misma alcanzó su punto álgido tras la contrarrevolución en la Unión Soviética. Permitió una liberalización política y económica generalizada con una intervención directa relativamente limitada por parte de Estados Unidos. En aquel momento, las corrientes mismas de la historia parecían impulsar los intereses del capitalismo estadounidense.

Pero en política, como en física, toda acción tiene una reacción. Inevitablemente, las propias consecuencias de la hegemonía estadounidense impulsaron fuerzas compensatorias. Las intervenciones militares cada vez más temerarias de Estados Unidos fueron desastres geopolíticos, mal-



Freeman/Getty



Hertzberg/ZUMA

Joe Biden y Donald Trump, exponentes del esclerótico imperialismo estadounidense.

gastaron recursos y endurecieron la oposición a la política exterior estadounidense dentro y fuera del país. La desregulación financiera y la desindustrialización vaciaron de contenido el poderío económico de Estados Unidos y reforzaron a sus competidores, al tiempo que hacían que toda la economía mundial fuera mucho más inestable y propensa a las crisis. Cuanto más utilizaba la clase dominante estadounidense el liberalismo para promover sus intereses reaccionarios, más fomentaba la resistencia al mismo. Lenta pero inexorablemente, cada vez había más indicios de que la dinámica que favorecía el orden mundial liberal se estaba debilitando y las fuerzas que empujaban en su contra se estaban fortaleciendo. La crisis financiera de 2008, el golpe de estado y el conflicto en Ucrania de 2014, la elección de Donald Trump y el Brexit en 2016 son indicadores importantes de esta tendencia.

A medida que Estados Unidos ha sentido que su poder se debilita, su arrogancia se ha transformado en histeria. Se esfuerza cada vez más en apuntalar su poder, enfrentándose a China y Rusia, exprimiendo a sus aliados, sancionando a cada vez más países. Pero estos esfuerzos tienen un costo cada vez mayor y producen rendimientos cada vez menores.



Gianluigi Guercia/Pool via AP

Cumbre del BRICS en Johannesburgo, agosto de 2023. El programa de la multipolaridad adormece al proletariado con la ilusión de que la liberación puede darse sin el derrocamiento revolucionario del imperialismo.

Lejos de detener su declive, la respuesta de Estados Unidos no ha hecho más que consolidarlo. Hoy, tras la pandemia y la guerra de Ucrania, está claro que la dinámica de la política mundial se ha invertido. Ahora apunta hacia una desintegración acelerada del orden mundial liberal. La OTAN y Rusia están enfrascadas en una guerra indirecta. Las relaciones entre Estados Unidos y China se encuentran en un estado permanente de hostilidad. El nacionalismo populista va en aumento en el mundo no imperialista, adoptando expresiones tanto de izquierda (México) como de derecha (India, Türkiye). La política en Occidente se polariza cada vez más entre quienes buscan apuntalar la dominación imperialista rompiendo con el liberalismo tradicional (Trump, Alternativa para Alemania, Le Pen, Meloni) y quienes buscan apuntalarla redoblando la cruzada liberal (Biden, Trudeau, Partido Verde alemán).

La creciente inestabilidad del mundo no es un misterio para nadie. La controversia surge en torno a la naturaleza del conflicto. Para los liberales, se trata de una contienda entre democracia y autocracia. Para los libertarios y los socialdemócratas, es el libre mercado contra la intervención del estado. Para los estalinistas y los tercermundistas, es una competencia entre hegemonía y multipolaridad. Todos están equivocados. La respuesta está en las sencillas pero penetrantes palabras del *Manifiesto Comunista*: "La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases". Y así es como el orden mundial liberal, hoy en proceso de descomposición, sigue las leyes de la lucha de clases. El conflicto fundamental que da forma al mundo no es entre el PCCh y los capitalistas estadounidenses, Trump y Biden, Putin y la OTAN, o el mexicano López Obrador (AMLO) y el imperialismo yanqui; es entre la descomposición social del capitalismo en su etapa imperialista y los intereses del proletariado mundial. Quienes no se guíen por esta comprensión no podrán orientarse en la tormenta que se avecina y mucho menos avanzar la lucha por el progreso humano.

La economía mundial: Un gigantesco esquema Ponzi

Como se ha explicado anteriormente, la hegemonía estadounidense permitió una mejora temporal del potencial de crecimiento del imperialismo. Fue esta mejora en la coyuntura económica la que permitió la prolongada estabilidad del mundo capitalista durante las tres últimas décadas. Hoy, sin embargo, no sólo se han agotado las posibilidades de



Liyanawatte/Reuters

Colombo, 9 de julio de 2022: las masas irrumpen en la oficina presidencial durante un levantamiento popular en respuesta a la devastación económica de Sri Lanka.

expansión, sino que las condiciones que permitieron la expansión anterior están retrocediendo. La consecuencia será una destrucción significativa de las fuerzas productivas, con toda la inestabilidad que ello conlleva. Como escribió Trotsky en *La III Internacional después de Lenin*: "los gobiernos, como las clases, luchan con más furia cuando la ración es magra que cuando nadan en la abundancia". Este factor apuntala la actual situación mundial y continuará haciéndolo, salvo que se produzca un cambio importante en la coyuntura.

Los ciclos de auge y caída de ocho a diez años son las fluctuaciones normales de la economía capitalista. La especulación desenfrenada y la sobreproducción van seguidas del colapso y el pánico. El periodo postsoviético no ha sido diferente. Sin embargo, a medida que disminuían las posibilidades de crecimiento real, la especulación y el crédito se convirtieron en la principal forma con la que Estados Unidos trató de apuntalar todo su orden. Las secuelas de la "Gran Recesión" de 2008 lo pusieron claramente de manifiesto. Ante una posible depresión, Estados Unidos coordinó una expansión crediticia y monetaria sin precedentes históricos. Esto trajo un crecimiento real anémico, pero también un crecimiento gigantesco de los precios de los activos. Incluso para la mayoría de los economistas burgueses es obvio que esto significaba simplemente establecer las condiciones para un colapso aún mayor más adelante. Durante más de diez años, el manual de medidas ha sido el mismo a cada señal de crecimiento fallido: darle largas mediante el aumento del crédito. Durante la pandemia del Covid-19, esto se impulsó una vez más, hasta alcanzar máximos históricos. Para resolver las consecuencias del cierre de enormes sectores de la economía, los capitalistas simplemente imprimieron dinero. Esto fue demasiado, y finalmente las posibilidades de este enfoque alcanzaron su límite con el inevitable "retorno de la inflación".

El drástico aumento de las tasas de interés en Estados Unidos está succionando cantidades gigantescas de liquidez del sistema económico mundial. Según el famoso adagio de Warren Buffet, "una marea creciente hace flotar todos los barcos... Sólo cuando baja la marea descubres quién ha estado nadando desnudo". Después de una década y media de dinero fácil, es de esperar que segmentos gigantescos de la economía hayan estado "nadando desnudos". Cuando suene la hora, los resultados serán catastróficos. Dado que Estados Unidos está en la cima de la cadena alimenticia capitalista y controla esencialmente las condiciones crediticias internacionales, incluso si resulta ser el epicentro de la crisis podrá utilizar su posición dominante para hacer pagar las consecuencias al resto del mundo. Esto será especialmente devastador para los países en vías de desarrollo, muchos de los cuales ya están sumidos en una profunda crisis, como Sri Lanka, Pakistán y Líbano. Pero las consecuencias serán globales y provocarán necesariamente nuevos golpes al orden mundial, incluso por parte de potencias que Estados Unidos considera hoy aliadas.

Una parte significativa del *establishment* económico miente abiertamente o está voluntariamente ciega sobre las perspectivas de la economía mundial. Ciertas partes de la izquierda socialdemócrata han argumentado que los altos niveles de deuda pública no son motivo de gran preocupación y que los trabajadores se beneficiarían más de tasas de interés bajas y más deuda que de la actual política de tasas de interés más altas. Esto es un eco del sector de la burguesía que desea dar largas una vez más, con suerte más allá de las próximas elecciones. La verdad es que todas las alternativas políticas —ya sea una deuda elevada, una inflación alta o la deflación— se utilizarán para atacar las condiciones de vida de la clase obrera. El problema subyacente fundamental es el gigantesco desequilibrio entre el capital que existe sobre el papel y las capacidades productivas reales de la economía mundial. Ninguna magia financiera puede resolver este problema. La única salida es que la clase obrera tome las riendas políticas y económicas y reorganice la economía de forma racional.

Para los economistas de derecha, la solución es dejar que el libre mercado haga su trabajo: aceptar que habrá una crisis devastadora, dejar que los débiles mueran y que los fuertes salgan fortalecidos. Pero los tiempos del capitalismo de libre mercado han quedado atrás. Hoy la economía mundial está dominada por un pequeño número de monopolios gigantescos que compiten con los monopolios de otros países. Ningún estado está dispuesto a dejar que sus monopolios se hundan. Si Ford y GM quiebran, esto no reviviría la libre

empresa estadounidense, sino que fortalecería a Toyota y Volkswagen. El capitalismo desenfrenado no conduce al libre mercado sino a los monopolios. Por un lado, esto refleja la tendencia hacia la producción planificada centralizada a escala mundial. Pero por otro, bajo el imperialismo los monopolios obstruyen el crecimiento de las fuerzas productivas, conduciendo a la decadencia y al parasitismo.

Para socialdemócratas como el economista Michael Hudson, la panacea es una "economía mixta", capitalismo con intervención y regulación estatales. Si bien en décadas recientes esto se consideraba una herejía en los círculos económicos y gubernamentales, ahora la planificación vuelve a estar de moda. Esto no se debe a una iluminación, sino a que el capitalismo nacional necesita apoyo para evitar la quiebra y competir con China. Aunque la clase obrera puede arrancar concesiones a los capitalistas mediante la lucha de clases, no es posible regular las contradicciones del imperialismo. La irracionalidad y el parasitismo del sistema están arraigados en la propia dinámica de la acumulación capitalista. El gobierno mismo no es un contrapeso a la minúscula camarilla de financieros capitalistas, sino que funciona como su comité ejecutivo. Cuando interfiere en asuntos económicos, es en última instancia para beneficiar a la clase dominante imperialista.

La guerra entre Ucrania y Rusia: Un desafío militar a la hegemonía estadounidense

La invasión rusa de Ucrania es, con mucho, el mayor desafío a la hegemonía estadounidense desde el colapso de la Unión Soviética. El hecho de que una gran potencia no sólo haya tenido la confianza de desafiar a Estados Unidos de forma tan directa, sino que hasta ahora se haya salido con la suya, indica un verdadero cambio radical. Esta guerra no se parece a ninguna de las últimas décadas. No es una guerra de contrainsurgencia de bajo nivel, sino una guerra industrial de alta intensidad. El resultado del conflicto no sólo determinará el destino de la propia Ucrania, sino que tendrá un gran impacto en el equilibrio de poder en Europa y al nivel internacional.

Los dos actores decisivos en la guerra de Ucrania son Rusia y EE.UU. La guerra estalló como consecuencia de décadas de expansión de la OTAN hacia el este, a países que Rusia considera bajo su esfera de influencia. Rusia considera a Ucrania de vital interés estratégico y estará dispuesta a escalar el conflicto hasta que asegure a Ucrania en su órbita o sea derrotada. La posición estadounidense es más complicada. Ucrania tiene poco valor estratégico para Estados Unidos y se considera un páramo marginal de Europa. Para el *establishment* liberal occidental, "defender Ucrania" es defender el orden mundial liberal, es decir, el derecho de Estados Unidos a hacer lo que le plazca donde quiera.

La derrota de Ucrania a manos de Rusia sería un golpe humillante para Estados Unidos. Sería una señal de debilidad, tendría consecuencias desestabilizadoras para el *establishment* político europeo y pondría en entredicho el futuro de la OTAN. Dado lo mucho que está en juego, Estados Unidos y sus aliados han intensificado continuamente la guerra, suministrando cada vez más armas a Ucrania. Rusia ha respondido convocando una movilización parcial y está destruyendo el ejército ucraniano. Aunque Estados Unidos ha impulsado la escalada, ni éste ni sus aliados se han comprometido aún a derrotar decisivamente al ejército ruso pasando a una economía de guerra o interviniendo directamente. Por ahora, el conflicto sigue siendo un conflicto regional por el control de Ucrania.

En todas partes, los dirigentes de la clase obrera han movilizado al proletariado en favor de los intereses de su clase dominante. Pero las semillas de revuelta están siendo plantadas cada día por las consecuencias sociales de la guerra. Para los marxistas es de la mayor importancia intervenir en esta creciente contradicción para construir una nueva dirección que pueda hacer avanzar los intereses de la clase obrera en este conflicto. El punto de partida esencial debe ser que es el propio sistema imperialista —definido hoy como el orden liberal dominado por Estados Unidos— el responsable del conflicto en Ucrania. El proletariado mundial en su conjunto tiene interés en acabar con la tiranía imperialista en el mundo, y sólo sobre esta base pueden unirse los proletarios del mundo, ya sean rusos, ucranianos, estadounidenses, chinos o indios. Sin embargo, la aplicación de esta perspectiva general toma diferentes expresiones concretas según las consideraciones de cada país.

Los obreros rusos deben comprender que la victoria de su propio gobierno no asestaría un golpe fundamental al imperialismo. No fomentaría la independencia de Rusia respecto al imperialismo mundial, sino que la convertiría en opresora de sus hermanos y hermanas de clase de Ucrania en beneficio de los oligarcas rusos. Cualquiera que sea la derrota a corto plazo que pueda infligir a la política exterior estadounidense, no vale la pena el precio de convertirse en los opresores de la nación ucraniana. Un conflicto perpetuo entre ucranianos y rusos no haría sino reforzar las fuerzas del imperialismo mundial en la región. La OTAN y la UE



Hnidyi/Reuters

Kharkiv: tumbas de ucranianos caídos en la guerra con Rusia.



Boureima/Anadolu

Niamey, 3 de agosto de 2023: partidarios del golpe militar en Níger se oponen a Francia y aclaman a Rusia. La verdadera fuerza antiimperialista son los obreros del mundo, no la Rusia de Putin.

recibirían un golpe mucho más duro de un frente revolucionario común de los obreros rusos y ucranianos contra sus respectivas clases dominantes, tal como lo hizo la gran Revolución de Octubre. ***¡Volteen las armas contra los oligarcas rusos y ucranianos! ¡Por la unidad revolucionaria contra el imperialismo estadounidense!***

Los obreros ucranianos deben comprender que EE.UU., la UE y la OTAN no son sus aliados, sino que están utilizando a Ucrania como un peón para defender sus intereses, desangrarla y luego desecharla. Su independencia nacional no estará asegurada alineándose con el imperialismo. Eso significaría la servidumbre a Washington y garantizaría la hostilidad permanente de Rusia. Asimismo, los obreros ucranianos también deben oponerse a la opresión de las minorías rusas por parte de su gobierno. La defensa de las minorías rusas haría un millón de veces más por socavar el esfuerzo bélico del Kremlin que las estratagemas de Zelensky. La cuestión de las fronteras y los derechos de las minorías nacionales podría resolverse fácil y democráticamente si no fuera por las intrigas reaccionarias de los oligarcas y los imperialistas. Cada día está más claro que los obreros ucranianos son enviados al matadero bajo las órdenes de Washington y en beneficio de Wall Street. Deben unirse a la clase obrera rusa para poner fin a esta locura; cualquier otra cosa sólo conducirá a una mayor carnicería y opresión. ***¡Por el derecho a la autodeterminación de rusos, ucranianos, chechenos y cualquier otra minoría nacional!***

En Occidente los obreros han sido bombardeados con propaganda sobre la necesidad de sacrificarse en nombre de la cruzada de la OTAN por la democracia en Ucrania. Lo mejor que puede hacer el proletariado de EE.UU., Alemania, Gran Bretaña y Francia para defender sus propios intereses y los de los obreros del mundo es luchar contra los parásitos financieros y los monopolios que los desangran en casa. Para ello deben barrer a la camarilla reaccionaria de dirigentes sindicales y socialdemócratas que son leales a esas mismas fuerzas. Sus traiciones en casa son inseparables de su campaña para instalar la "democracia" en el extranjero con los tanques y las bombas de la OTAN. Estos traidores se habrían ido hace tiempo si no fuera por el pantano pacifista y centrista que habla de "paz", "lucha sindical" e incluso "socialismo", pero se aferra a los faldones de los belicistas y los sirvientes declarados del imperialismo. Un movimiento antiguerra sólo vale la pena si excluye a los conciliadores del socialchovinismo en el movimiento obrero. ***¡Abajo las sanciones contra Rusia! ¡Abajo la UE y la OTAN! ¡Por los estados unidos soviéticos de Europa!***

Un número creciente de trabajadores en América Latina, Asia y África mira a Rusia como una fuerza contra el imperialismo. Esta fe está fuera de lugar y no hará nada para liberarlos del yugo de EE.UU., Europa Occidental y Japón. Putin no es un antiimperialista y no será un aliado en la lucha por la liberación nacional de ningún país. Precisamente por eso AMLO, el sudafricano Ramaphosa, el indio Modi y el chino Xi simpatizan con él o no le son abiertamente hostiles. El apoyo a Putin adormece a la clase obrera del "Sur Global" con la ilusión de que puede mejorar sus condiciones de vida y liberarse del imperialismo ***sin*** una lucha revolucionaria. A la menor señal de levantamiento de las masas oprimidas del mundo, los dirigentes reaccionarios del "Sur Global" mirarán hacia los mismos imperialistas que hoy denuncian. La verdadera fuerza antiimperialista son los obreros de Ucrania, Rusia y Occidente. Ellos y los obreros del mundo sólo pueden unirse en torno a una bandera internacionalista común oponiéndose a toda opresión nacional, ya sea a manos de las grandes potencias o de las propias naciones oprimidas. ***¡Nacionalizar las propiedades imperialistas! Proletarios del mundo, ¡uníos!***

China: Cinturón estalinista o ruta proletaria

Mientras que la dinámica que permitió a China crecer y prosperar en los últimos 30 años se desmorona cada vez más rápidamente, la fe del PCCh en el capitalismo de libre mercado global permanece inquebrantable. En su intervención en el Foro Económico Mundial de Davos en 2022, Xi Jinping argumentó:

> "La globalización económica es una tendencia de nuestro tiempo. Si bien son inevitables las contracorrientes en los



Bogu/Xinhua

Junio de 2023: desesperado por apuntalar la inversión frente a la guerra económica estadounidense, el líder del PCCh, Xi Jinping, da la bienvenida a Bill Gates en Beijing.





Favila/AP

R. Perez



¿Cómo defender a China?

El PCCh pone su confianza en unas islas deshabitadas en vez de en la alianza antiimperialista con el proletariado del Sureste de Asia. Arriba: isla artificial en el Mar de China Meridional. Derecha: marcha del 1º de Mayo de 2023, Manila.

> grandes ríos, ninguna de ellas es capaz de detener la afluencia de ellos hacia el mar. Una marcha se hace más rápida por la fuerza motriz, y más sólida, por la resistencia. A pesar de tantas contracorrientes y rápidos, la globalización económica nunca ha alterado ni alterará su rumbo. Los países del mundo deben defender el verdadero multilateralismo y persistir en la eliminación de barreras en vez del levantamiento de muros, en la apertura en lugar del encerramiento, y en la integración en vez de la desvinculación, para promover la construcción de una economía mundial abierta. Hemos de orientar la reforma del sistema de gobernanza global con apego a los principios de equidad y justicia, defender el sistema multilateral de comercio centrado en la Organización Mundial del Comercio".

Desafortunadamente para el PCCh, el futuro del "sistema multilateral de comercio" depende ante todo de las acciones de Estados Unidos, el cual no puede permitir que persistan las tendencias actuales. O forzará concesiones del resto del mundo para apuntalar su posición en la cima o derrumbará todo el edificio con su caída.

Durante más de una década las tensiones entre Estados Unidos y China han ido en aumento. Estados Unidos ha ido escalando la presión a medida que se ha hecho más evidente que China no se está desplazando hacia una democracia liberal, sino que se está convirtiendo en un verdadero competidor económico y militar. El aumento de la presión empuja al PCCh a reforzar su control interno de la economía y la disidencia política (por ejemplo, Hong Kong) y a fortalecer su posición militar. Esto, a su vez, lleva a Estados Unidos a apretar aún más las tuercas. Esta dinámica acelerada ha llevado al máximo las tensiones entre Estados Unidos y China en varias décadas, amenazando con un conflicto militar abierto.

En caso de que esto ocurra, el proletariado internacional tiene el deber de defender incondicionalmente a China. Los imperialistas son rabiosamente hostiles a China precisamente por el progreso económico y social que ha permitido el núcleo colectivizado de su economía. Esto es lo que la clase obrera debe defender. Pero debe hacerlo según sus ***propios*** métodos y objetivos, ***no*** los de la burocracia parasitaria del PCCh.

Trotsky explicó en relación a la Unión Soviética que "la verdadera defensa de la U.R.S.S. consiste en debilitar las posiciones del imperialismo, y en consolidar las del proletariado y las de los pueblos coloniales del mundo entero" (*La revolución traicionada*, 1936). Esta estrategia —totalmente aplicable a la China actual— no podría ser más diferente de la que sigue el PCCh, que busca ante todo mantener el statu quo. Para empezar, trata de restaurar las relaciones con Estados Unidos apoyándose en capitalistas estadounidenses como Bill Gates, Elon Musk y Jamie Dimon, representantes de la misma clase que oprime al mundo y trata de dominar a China. Tales maniobras sólo pueden aumentar la hostilidad de los obreros estadounidenses hacia China, alienando al mayor aliado potencial de la RPCh en la lucha contra el imperialismo estadounidense. En cuanto a los pueblos oprimidos del "Sur Global", el PCCh no defiende su liberación, sino alianzas ilusorias con las élites de esos países. Esos sinvergüenzas interesados seguro abandonarán China a la primera dificultad o si los imperialistas les ofrecen un soborno mejor.

Hay voces en la burocracia china que adoptan un tono más beligerante, considerando el fortalecimiento del Ejército Popular de Liberación (EPL) como la forma más segura de defender a China. Uno no puede sino aplaudir el aumento de las capacidades técnicas y de combate del EPL. Pero los asuntos militares no pueden separarse de la política, y también en este terreno los intereses conservadores de la casta gobernante minan a China. Un pilar clave de la estrategia de defensa del EPL es negar a Estados Unidos el acceso a la llamada "primera cadena de islas" alrededor de China. Para ello desarrolla capacidades de ataque de largo alcance y busca el control militar de estas islas. Pero en cualquier conflicto, el apoyo del proletariado de los países circundantes sería mucho más decisivo que la posesión de cualquier número de pequeñas rocas deshabitadas.

La única manera de echar realmente a los imperialismos estadounidense y japonés del Mar de China Oriental y el Meridional es mediante una alianza antiimperialista de obreros y campesinos que abarque toda la región. Pero el PCCh, con su estrategia nacionalista, no ha hecho ningún intento de ganar a su causa a los obreros de Filipinas, Japón, Vietnam e Indonesia. Por el contrario, ha hecho el

juego a la campaña anti-RPCh de los imperialistas centrándose únicamente en las ventajas militares a corto plazo, mientras desprecia tanto los sentimientos nacionales como los antagonismos internos de clase de los países vecinos.

En ninguna parte es esto más cierto que en la cuestión de Taiwán. Los obreros de Taiwán han sufrido una brutal opresión bajo la bota de su clase capitalista. Pero en lugar de animarlos a luchar por sus propios intereses de clase contra los imperialistas y la burguesía local, la estrategia del PCCh se basa en convencer a la burguesía de Taiwán de que se someta voluntariamente a su dominio y se una a la República Popular China. Para ello, el partido se compromete a mantener las relaciones económicas y la administración política capitalistas en Taiwán bajo su política de "un país, dos sistemas". A los obreros, el PCCh no les ofrece la liberación, sino su apoyo al mantenimiento de la explotación capitalista y la bota represiva estalinista. No es sorprendente que esta propuesta de "perder-perder" haya hecho poco por ganar a las masas taiwanesas a la reunificación.

El plan B del PCCh es la intervención militar directa que, aunque podría ser exitosa respecto a la reunificación de Taiwán, tendría enormes costos, sobre todo si se enfrenta a la hostilidad de la clase obrera local. Si el PCCh siguiera este camino, los trotskistas defenderíamos al EPL contra los capitalistas taiwaneses y los imperialistas, pero lo haríamos luchando por una estrategia revolucionaria proletaria. Contra el esquema en bancarrota de "un país, dos sistemas", los trotskistas luchamos por la ***reunificación revolucionaria***, es decir, la reunificación mediante una revolución social contra el capitalismo en Taiwán y una revolución política contra la burocracia en la China continental. Esta estrategia unificaría a los obreros de China en torno a un interés nacional y de clase común. No sólo echaría por tierra la alianza anticomunista entre la burguesía estadounidense y la taiwanesa, sino que transformaría a China en un faro para los pueblos oprimidos de todo el mundo en su lucha contra el imperialismo.

Aunque hoy el PCCh sigue proclamando su lealtad tanto al socialismo como al capitalismo, no hay que contar con que esto siga siendo así por mucho tiempo. Hay poderosas fuerzas vinculadas a los capitalistas chinos y extranjeros que desean acabar con cualquier rastro de control estatal y abrir de nuevo China al pillaje imperialista. ¡Hay que luchar a muerte contra este resultado! Pero también hay corrientes dentro de la casta dirigente que, bajo la presión del descontento de la clase obrera, podrían desplazar al partido muy a la izquierda, tomando medidas enérgicas contra los capitalistas y desempolvando la retórica antiimperialista e igualitaria del maoísmo tradicional. Pero al igual que con las reformas de mercado de Deng, los intentos de Mao de una autarquía igualitaria basada en una movilización de masas frenética no pudieron superar el dominio económico del imperialismo mundial sobre China. De hecho, los desastres de las políticas de Mao llevaron a la RPCh al borde del colapso y condujeron directamente al giro del PCCh de la "reforma y apertura".

Los virajes del PCCh sólo reflejan diferentes medios con los que la casta burocrática parasitaria trata de mantener su posición privilegiada dentro de los confines de un estado obrero aislado. Contrariamente a las afirmaciones del PCCh, desde Mao hasta Xi, el socialismo no puede construirse en un solo país, ni es posible la coexistencia pacífica con el imperialismo. El único camino hacia delante para la clase obrera china es



M.S. Nappelbaum

Marzo de 1919: V.I. Lenin (a la izquierda) en el presidium del I Congreso de la Comintern en Moscú.

unirse en un partido construido sobre los verdaderos principios marxistas-leninistas de independencia de clase, internacionalismo y revolución mundial, y barrer a los interesados burócratas del PCCh. ***¡Derrocar a los burócratas! ¡Defender a China contra el imperialismo y la contrarrevolución!***

VI. LA LUCHA POR UNA DIRECCIÓN REVOLUCIONARIA

Al tiempo que el mundo entra en un nuevo periodo histórico de crisis, la clase obrera se encuentra políticamente desarmada. En todas partes está dirigida por burócratas y traidores que han supervisado una derrota tras otra. Ante los gigantescos desafíos que se avecinan, se plantea con la mayor urgencia la tarea de forjar direcciones de la clase obrera que representen verdaderamente sus intereses. ¿Cómo forjar esas direcciones? Ésta es la cuestión central a la que se enfrentan hoy los revolucionarios. Las inevitables convulsiones sociales y políticas de los próximos años levantarán a las masas contra sus actuales dirigentes y presentarán oportunidades para realineamientos radicales en el movimiento obrero. Pero estas ocasiones se desperdiciarán sin cuadros revolucionarios preexistentes que hayan rechazado las políticas fallidas de los últimos 30 años y planteen correctamente las tareas de hoy.

La lección central del leninismo

En *La revolución permanente* (1929), Trotsky escribió de Lenin: "la lucha por la política independiente del partido proletario constituyó la aspiración principal de su vida". Es precisamente esta concepción central del leninismo la que es



L'Anticapitaliste

El NPA francés, antes Ligue communiste révolutionnaire, ejemplifica cómo la izquierda se liquidó en el liberalismo durante el periodo postsoviético.

repudiada por cada nueva oleada de revisionismo. Aunque adopta una forma distintiva según las presiones dominantes de la época, el revisionismo siempre consiste en el fondo en la subordinación del proletariado a los intereses de clases ajenas.

La concepción de Lenin del partido de vanguardia tomó su forma madura tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, cuando los partidos de la II Internacional, que habían jurado oponerse a la guerra, patrióticamente se alinearon de manera abrumadora detrás de sus propios gobiernos. En sus obras durante la guerra, Lenin mostró cómo esta traición histórica no surgió de la nada, sino que fue preparada por el periodo precedente de ascenso imperialista y estaba arraigada en él. La explotación de incontables millones por unas cuantas grandes potencias generó superganancias que se utilizaron para cooptar a las capas superiores de la clase obrera. En sus hábitos, ideología y objetivos, este estrato se alinea con la burguesía en contra de los intereses de la clase obrera. La capitulación al por mayor de la socialdemocracia demostró que la tendencia pro capitalista en el movimiento obrero no sólo se había vuelto dominante, sino que había paralizado o cooptado a la mayoría de lo que había sido el ala revolucionaria de la Internacional.

De esta experiencia Lenin sacó la conclusión de que la unidad con los elementos pro capitalistas del movimiento obrero significaba la subordinación política a la propia clase capitalista y traicionaba necesariamente la lucha por el socialismo. La mayor parte de su fuego se dirigió contra los centristas en el movimiento obrero, quienes no habían rechazado abiertamente los principios del socialismo pero que, sin embargo, trataban de mantener la unidad a toda costa con los traidores abiertos a la clase obrera. Lenin insistía en que los centristas eran el principal obstáculo para construir un partido capaz de dirigir a las masas por el camino de la revolución. Mientras que esta lección fue decisiva para el éxito de la Revolución de Octubre en Rusia, el no haberla asimilado a tiempo en Alemania condujo a la derrota del Levantamiento Espartaquista de 1919. De las cenizas de la guerra y la revolución, la III Internacional se fundó sobre el principio de que cualquier partido que pretendiera luchar por la revolución debía escindirse política y organizativamente de las alas pro capitalistas y centristas del movimiento obrero.

Cuando la oleada revolucionaria de posguerra retrocedió, sobrevino un periodo de estabilización capitalista que dejó a la Unión Soviética aislada en la escena mundial. En este contexto surgió el estalinismo, que rechazó el componente esencial del leninismo: la independencia política de la clase obrera. En lugar de confiar en la extensión de la revolución por parte de la clase obrera internacional para defender a la URSS, Stalin se apoyó cada vez más en otras fuerzas de clase. Ya fueran los kulaks, el Guomindang en China, la burocracia sindical británica o los propios imperialistas, Stalin llegó a acuerdos que sacrificaban los intereses a largo plazo de la clase obrera en favor de supuestas ventajas a corto plazo. Lejos de fortalecer a la Unión Soviética, esto condujo a un sangriento desastre tras otro, socavando la posición general del proletariado internacional.

La lucha de Trotsky por una oposición de izquierda y por una nueva IV Internacional fue una continuación del leninismo precisamente en el sentido de que luchó por construir un partido de vanguardia internacional contra las tendencias socialdemócratas y estalinistas del movimiento obrero. El exterminio físico de sus cuadros, incluido el propio Trotsky, condujo a la desorientación política y la derrota en las aperturas revolucionarias que siguieron tras la carnicería de la Segunda Guerra Mundial. La consecuencia fue el fortalecimiento del estalinismo y el imperialismo mundial. Fueron estas derrotas históricas y el fracaso desde entonces en reforjar la IV Internacional lo que condujo a más reveses catastróficos hasta llegar a la destrucción de la propia Unión Soviética.

Periodo postsoviético: Los "marxistas" se liquidan en el liberalismo

En la época de la contrarrevolución en la Unión Soviética, las fuerzas que reivindicaban el manto del trotskismo se mantuvieron abrumadoramente al margen y observaron o vitorearon activamente cómo se destruían las conquistas restantes de la Revolución de Octubre. La LCI de manera única luchó por el programa de Trotsky de defensa de la Unión Soviética y revolución política contra la burocracia estalinista. A pesar de su diminuto tamaño y sus debilidades políticas (ver el documento sobre la revolución permanente, pág. 72), la LCI estuvo en su puesto cuando se enfrentó a la prueba decisiva de la época. Pero su debilidad y aislamiento dicen mucho sobre el miserable estado de la izquierda revolucionaria en los albores del nuevo periodo histórico.

Las consecuencias del colapso de la Unión Soviética fueron devastadoras para todos los que se reclamaban marxistas. El rápido viraje del mundo hacia la derecha —no hacia el bonapartismo o el fascismo, sino hacia el liberalismo— creó una enorme presión hacia el liquidacionismo organizativo y político. Con este giro en la situación mundial, la tarea era reconstruir lenta y pacientemente una

vanguardia obrera revolucionaria basada en las lecciones de las recientes derrotas proletarias y en oposición política al liberalismo. Aunque la LCI fue capaz de explicar el colapso soviético, al igual que el resto de la izquierda "marxista" rechazó construir una alternativa revolucionaria al liberalismo (ver el documento en la pág. 7).

Al adaptarse al liberalismo y no luchar por trazar una vía obrera independiente hacia delante, la izquierda "marxista" se quedó sin brújula ante la estabilidad y la relativa prosperidad del nuevo periodo. Para justificar su existencia, recurrió al alarmismo y a señalar atrocidades específicas o políticas reaccionarias para "probar" que el imperialismo mantenía su carácter reaccionario. Esto simplemente encajaba con el liberalismo dominante, que no tenía ningún problema con que los críticos quisieran frenar "excesos" como la guerra y el racismo en el contexto de la explotación "pacífica" del mundo a través de la expansión del capital financiero.

Las guerras, la austeridad y las opresiones nacional y racial en el periodo postsoviético fueron, por supuesto, motivos para que los obreros y la juventud se rebelaran. Pero para que esta revuelta adquiriera un contenido revolucionario, era necesario exponer cómo la dirección liberal que dominaba estas luchas diversas era un obstáculo para hacerlas avanzar. Era necesario exacerbar las contradicciones entre el sentimiento legítimo de revuelta y la lealtad de los liberales al sistema que engendraba estas plagas. La tarea consistía en hacer que estos movimientos ***rompieran*** con sus direcciones liberales. Pero ninguna de las llamadas organizaciones marxistas identificó siquiera esta tarea. En su lugar, los "revolucionarios" se aferraron a cada ola de oposición liberal al statu quo que surgía, dando una ligera coloración marxista a lo que eran movimientos burgueses.

Las organizaciones "trotskistas" más derechistas renunciaron a la mayoría de sus pretensiones marxistas y construyeron el ala izquierda del neoliberalismo, ya fueran partidos verdes, el Partido Demócrata estadounidense, el Partido Laborista británico o el PT brasileño. Los mandelistas franceses —pretendientes a la IV Internacional— liquidaron su Ligue communiste révolutionnaire, y la sustituyeron por el amorfo Nouveau Parti anticapitaliste (NPA), cuyo objetivo declarado era simplemente crear "una alternativa estratégica al social-liberalismo suave" (Daniel Bensaïd) y ya no la revolución obrera. Otros se refugiaron en el peor de los sectarismos. Los northistas (conocidos por su World Socialist Web Site) proclamaron que, en la época de la globalización, los sindicatos eran "simplemente incapaces de desafiar seriamente a las corporaciones organizadas internacionalmente" y que, por tanto, se habían vuelto totalmente reaccionarios. A pesar de toda su verborrea radical, esta posición antisindical simplemente deja sin reto a la dirección liberal de los sindicatos.

En cuanto a los grupos más centristas, como la LCI y el Grupo Internacionalista (GI), siguieron proclamando la necesidad de una dirección revolucionaria y de "romper con el reformismo" en general, pero lo abstrajeron totalmente de la necesidad de escindir a la izquierda respecto al liberalismo, la principal tarea política para cohesionar un partido revolucionario en esa nueva época. Necesariamente, las polémicas de la LCI y el GI contra el resto de la izquierda (y entre sí) se basaron en principios atemporales y jerga abstracta, no en orientar la lucha de clases sobre líneas revolucionarias.

El resultado de 30 años de desorientación y capitulación ante el liberalismo habla por sí solo. Hoy, cuando comienza una nueva época, las organizaciones que dicen defender la revolución están escindidas, débiles y escleróticas (literal y metafóricamente), sin apenas influencia en el curso de la lucha de la clase obrera. Siguen estancadas en el mismo molde en el que han trabajado sin éxito durante décadas.



Portada de un número de *Quatrième Internationale* (septiembre-octubre de 1938) en que se anuncia la fundación de la IV Internacional.

La lucha por la IV Internacional hoy

La lucha por la revolución hoy debe basarse en una comprensión correcta de las características clave de la época. El imperialismo estadounidense sigue siendo la potencia dominante y el orden mundial que ha construido continúa definiendo la política mundial. Dicho orden está siendo desafiado no por el ascenso agresivo de potencias imperialistas rivales, sino por la pérdida relativa de peso económico y militar de todos los países imperialistas a favor de China —un estado obrero deformado— y de potencias regionales que tienen cierto grado de autonomía, pero continúan siendo dependientes y oprimidas por el imperialismo mundial. La dinámica actual apunta a una mayor inestabilidad económica y política en todo el mundo y a conflictos regionales (Ucrania, Taiwán, etc.) con implicaciones globales potencialmente catastróficas. La presión sobre el orden mundial aumenta rápidamente, al igual que la presión interna dentro de cada país.

La forma más clara que tiene el imperialismo estadounidense de recuperar la iniciativa es asestar un golpe demoledor a China. La burocracia del PCCh ha fomentado enormes contradicciones dentro de China al hacer un acto de equilibrio entre el imperialismo mundial, una creciente clase capitalista y el proletariado más poderoso del planeta. El desquebrajamiento del equilibrio postsoviético exacerbará estas contradicciones. El control del

PCCh no es tan sólido como aparenta, especialmente ante el malestar interno (como se ha visto en las pequeñas pero significativas protestas contra los brutales confinamientos del PCCh). La clase obrera no permanecerá pasiva mientras sus condiciones económicas no sólo se estancan, sino que empiezan a empeorar. Tampoco los capitalistas chinos aceptarán pasivamente que los exprima la burocracia. A fin de cuentas, China caerá ante la contrarrevolución como la URSS o el proletariado se levantará, barrerá a la burocracia y establecerá la democracia proletaria mediante una revolución política. Es imposible predecir cuándo se decidirá esto. Cualquier enfrentamiento estará seguramente precedido de violentos zigzags de la burocracia para reprimir tanto a los contrarrevolucionarios como el descontento de la clase obrera. La tarea de los revolucionarios respecto a China es defender las conquistas de la Revolución de 1949 contra la contrarrevolución y la agresión imperialista, mostrando al mismo tiempo cómo la burocracia socava estas conquistas a cada paso traicionando la lucha por la revolución internacional.

La lucha de Estados Unidos y sus aliados imperialistas por mantener su control sobre el orden mundial tendrá un costo social cada vez mayor para sus propias poblaciones. El tejido social de las potencias imperialistas ya se está pudriendo desde dentro. El equilibrio mantenido por el crédito barato, las ganancias de los monopolios y las burbujas especulativas ya no es sostenible, pues los niveles de vida están siendo aplastados. Varios países occidentales han dado muestras de un descontento creciente de la clase obrera. Francia ha sido el más explosivo, pero incluso países como Estados Unidos y Gran Bretaña han visto un aumento de la lucha sindical.

Aunque las primeras oleadas de estas luchas están siendo derrotadas, la presión no hará sino aumentar en la base de los sindicatos. Se hará más evidente que ninguno de los problemas a los que se enfrenta la clase obrera puede resolverse mediante ajustes paliativos al statu quo. Esto planteará de forma cada vez más aguda la necesidad de una dirección sindical que pueda conducir a la clase obrera por el camino de la lucha revolucionaria. El principal obstáculo que impide esto son los denominados "revolucionarios" que apoyan a dirigentes sindicales un poco más de izquierda pero que son pro capitalistas, en lugar de construir oposiciones basadas en un programa revolucionario. Sólo en la lucha contra tal centrismo será posible hacer que los sindicatos rompan con sus actuales direcciones pro capitalistas.

A medida que se acumulan las amenazas, el liberalismo se vuelve cada vez más rabioso e histérico. Esto refleja que la pequeña burguesía liberal se aferra desesperadamente al statu quo. Pero también refleja un miedo legítimo entre los oprimidos ante la creciente reacción derechista. Los revolucionarios en Occidente deben comprender que para luchar contra la creciente reacción es necesario romper con el liberalismo que encadena a los movimientos en defensa de los inmigrantes, las minorías raciales, las mujeres y otras personas sexualmente oprimidas. No basta criticar con retórica marxista ciertos elementos aislados de los programas de estos movimientos, como la reforma de la policía o las apelaciones al estado. Sólo mostrando en la práctica cómo el liberalismo es un obstáculo directo para el avance de las luchas de los oprimidos se puede romper su control sobre las masas. Esto no puede hacerse desde la barrera, sino desde dentro de la lucha, dando una respuesta clasista a cada manifestación de la tiranía capitalista.

Las sacudidas del orden mundial golpearán más duramente a los países en la base de la pirámide. La perspectiva de una vida mejor, que parecía una posibilidad no tan lejana, se extingue ahora para cientos de millones de personas. Las nuevas capas obreras de Asia, África y América Latina representan el mayor peligro para el capitalismo. Las masas del "Sur Global" han abandonado cada vez más el aislamiento de las aldeas y están urbanizadas, alfabetizadas y conectadas con el mundo. Su creciente papel en la producción mundial les confiere un enorme poder, aunque su única perspectiva es un mayor empobrecimiento. Es esta marejada de marginados la que empuja a las fuerzas populistas al primer plano. Las débiles clases capitalistas de estos países deben encontrar un equilibrio entre la presión desde abajo, que amenaza con barrerlas, y la presión de sus amos imperialistas que controlan los flujos internacionales de capital. La demagogia izquierdista y el oscurantismo religioso han demostrado hasta ahora su eficacia para mantener a raya el descontento social. Pero cuando esto falla, la dictadura militar no es una posibilidad lejana.



Cruz/AFP, Flores/Anadolu (recuadro)

18 de marzo de 2023: el presidente López Obrador (arriba) se dirige a una manifestación de masas en la Ciudad de México en el 85 aniversario de la nacionalización del petróleo. Hacer que las masas rompan con los populistas burgueses es clave para la liberación nacional y social.

En los países oprimidos por el imperialismo, la lucha por la emancipación nacional de las garras de las grandes potencias y la resolución de otras tareas democráticas básicas desempeñan un papel decisivo. A medida que estas luchas se intensifiquen, se demostrará a cada paso que las burguesías nacionales desempeñan un papel traicionero, sacrificando la liberación nacional y la emancipación de la clase obrera y el campesinado en el altar de la propiedad privada. Los revolucionarios deben entrar en la refriega y mostrar a cada paso cómo sólo la clase obrera a la cabeza de todos los oprimidos puede conducir a la liberación.

En ningún caso la lucha contra gobiernos autoritarios u oscurantistas puede justificar la más mínima concesión o alianza con alternativas liberales modernizantes y pro imperialistas. Eso sólo fortalecería a la reacción al tiempo que ataría las fuerzas pro reforma democrática al imperialismo. En los países donde la burguesía se pinta con colores "antiimperialistas" de izquierda, es necesario desenmascarar su hipocresía mentirosa impulsando la lucha contra el imperialismo. Nada puede ser más estéril y contraproducente que quedarse al margen y predicar la revolución. Es obligatorio defender cualquier reforma que atente contra los intereses imperialistas. Pero esto no debe justificar en ningún caso el apoyo al populismo burgués. La clase obrera debe defender su independencia a toda costa, dejando siempre claro que combate al imperialismo con sus propios métodos y objetivos, los de la lucha de clases revolucionaria.

Las fuerzas que luchan por la revolución internacional son hoy minúsculas. Es esencial un reagrupamiento de fuerzas en torno a un programa y una perspectiva claros. Ofrecemos el presente documento como una contribución al proceso de reconstrucción y reagrupamiento de fuerzas para la IV Internacional. La LCI ha estado sumida en controversias internas y desorientación política, pero avanza confiada en que el proceso de consolidación que ha iniciado le dará un papel crucial en el próximo periodo de agitación y conflictos sociales. Como explicó Trotsky:

> "El proceso de cristalización, que en las primeras etapas es sumamente difícil y sacrificado, adquirirá un ritmo veloz e impetuoso en el futuro... Los grandes conflictos barren con todo lo indefinido y artificial y, por otra parte, fortalecen todo lo que es viable. En una guerra sólo dos tendencias tienen cabida en el movimiento obrero: el socialpatriotismo, capaz de cualquier traición, y el internacionalismo revolucionario, audaz y dispuesto a continuar hasta el fin. Precisamente por eso los centristas, atemorizados por los acontecimientos que se avecinan, libran una lucha rabiosa contra la Cuarta Internacional. A su manera tienen razón: las únicas organizaciones que sobrevivirán a las grandes convulsiones y seguirán desarrollándose, serán las que hayan purgado sus filas del sectarismo y las hayan educado sistemáticamente en el espíritu del desprecio por la vacilación y por la cobardía ideológica".
>
> —"Sectarismo, centrismo y la Cuarta Internacional" (octubre de 1935)

¡Adelante hacia una IV Internacional reforjada, partido mundial de la revolución socialista!■

Revolución permanente...

(viene de la página 72)

de la vida económica y política, obstruyendo e impidiendo el desarrollo económico, nacional y cultural. Los préstamos, la expoliación de los recursos naturales, la mano de obra barata, la política monetaria, etc. son medios con los que la oligarquía financiera y los monopolios imperialistas refuerzan su dominación, cobran tributos a toda la sociedad y mantienen a estos países en un estado de miseria.

En estos países, la industria moderna es producto del capital extranjero. La tecnología de punta en la industria y la agricultura coexiste con relaciones sociales precapitalistas. Fábricas, ferrocarriles, minas y puertos surgen en los mismos lugares donde la tierra aún es arada por bueyes de agua y herramientas de madera. El papel dominante desempeñado por el capital extranjero le confiere a la burguesía nacional un carácter extremadamente débil: sólo es capaz de alcanzar parcialmente la altura de clase dominante, por lo que permanece atrapada en una posición de clase semidirigente y semioprimida. Al mismo tiempo, el capital extranjero proletariza a la población, creando una clase obrera que llega a desempeñar un papel central en la vida del país. La creación de poderosos sindicatos y, a menudo, de partidos obreros representa una fuerza poderosa que puede hacer retroceder la explotación imperialista y enfrentarse a las frágiles burguesías y gobiernos nacionales.

El atraso de la economía nacional, la corrupción absoluta de los gobiernos locales, las innumerables divisiones étnicas y religiosas, la supervivencia de relaciones precapitalistas: todas estas condiciones, mantenidas y reforzadas por la dominación extranjera, crean un vínculo inseparable entre la liberación social de las masas trabajadoras y la emancipación nacional. Es la resistencia a esta miseria y humillación nacional, así como las aspiraciones a la tierra, la democracia y el desarrollo económico, lo que impulsa la lucha de las masas obreras y campesinas hacia delante, dando a sus reivindicaciones más básicas un carácter explosivo.

El desarrollo y la modernización de los países neocoloniales requieren la resolución de tareas democráticas básicas: el desarrollo de la industria nacional y de un mercado interno necesita la unificación y la emancipación nacionales, así como la reforma agraria. La burguesía nacional tiene un interés objetivo en la resolución de estas cuestiones para mejorar su posición social como clase dominante. Pero cada una de estas cuestiones requiere enfrentarse a la subyugación imperialista. Dada su debilidad frente a los imperialistas, cuando la burguesía nacional intenta resistir al capital extranjero, se ve obligada en mayor o menor grado a apoyarse en el proletariado y en toda la nación. Al mismo tiempo, como clase propietaria, es consciente de que el proletariado representa una amenaza para sus intereses de clase. Para protegerlos, se ve obligada a apoyarse en los imperialistas, a los que está atada por miles de lazos. Así, incapaz de desempeñar un papel independiente, la burguesía nacional se balancea entre estas dos fuerzas más poderosas. Trotsky lo explica:

> "En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía ***nacional*** en relación al proletariado ***nacional***. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno gira entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente


Bagla/Corbis

Desarrollo desigual y combinado: búfalo frente a una central nuclear a orillas del Río Ganges, India.

> débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capitalismo extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros".
>
> —"La industria nacionalizada y la administración obrera" (mayo de 1939)

Basándose en el ímpetu de los obreros en casa, y dada una relación de fuerzas internacional favorable, la burguesía nacional puede llevar a cabo nacionalizaciones, reformas agrarias y otras medidas progresistas contra los imperialistas destinadas a defender la independencia nacional y desarrollar la economía nacional. La nacionalización del petróleo en México en 1938 bajo Lázaro Cárdenas o la toma del Canal de Suez en Egipto bajo Gamal Abdel Nasser en 1956 son dos ejemplos clásicos de este proceso. Pero la burguesía lleva a cabo tales medidas para sus propios fines y con sus propios métodos. Trata de mantenerse a la cabeza de la lucha de liberación nacional para contener y canalizar las aspiraciones sociales y económicas de los oprimidos dentro de límites aceptables para su dominio de clase, con el fin de mejorar su propia posición como clase semidirigente frente a los imperialistas.

Las burguesías de los países sometidos son plenamente conscientes de que una lucha seria contra el imperialismo exigiría tal levantamiento revolucionario de las masas que sería una amenaza para la propia burguesía nacional. Trotsky explicó:

> "Una revolución democrática o la liberación nacional pueden permitir a la burguesía profundizar y extender sus posibilidades de explotación. La intervención autónoma del proletariado sobre la arena revolucionaria amenaza con arrebatarle todas las posibilidades".
>
> —*La III Internacional después de Lenin* (1928)

Al movilizar a las masas tras de sí, la burguesía debe mantener un estricto control sobre ellas, aplastando a los partidos revolucionarios, manteniendo un férreo control sobre los sindicatos a través de la burocracia y, a veces, integrándolos directamente al estado, patrocinando la creación de organizaciones campesinas controladas por el estado, etc. La lucha de clases, la toma de tierras, los intentos de formar sindicatos y organizaciones campesinas independientes: cualquier esfuerzo de acción antiimperialista independiente por parte de las masas se topa con la represión sangrienta. De este modo, al suprimir la única fuerza que puede lograr la auténtica emancipación nacional y la modernización —la clase obrera aliada con el campesinado—, la burguesía nacional no sólo impide la revolución social, sino que sabotea a cada paso la lucha antiimperialista, traicionándola y allanando el camino a la reacción imperialista. Debido a sus vínculos con la propiedad capitalista y a la necesidad de defender sus intereses de clase contra las masas proletarias, la burguesía nacional no sólo es incapaz de resolver las tareas de la emancipación


sin crédito


Rousseau/Getty

El saqueo imperialista antes y ahora. Arriba: viñeta satírica que muestra a los colonialistas desgarrando China, alrededor de 1900. Abajo: reunión imperialista del G7 en Japón, mayo de 2023.


EXPROPIACION DE LA INDUSTRIA PETROLERA

MANIFIESTO DEL PRESIDENTE CARDENAS A LA NACION

LA PRENSA

SE PARALIZARON HOY LOS TRABAJOS EN TODOS LOS CAMPOS PETROLEROS

XTO INTEGRO DEL ACUERDO DE EXPROPIACION PETROLERA



Petróleos Mexicanos/Getty

Mitin masivo en el Zócalo de la Ciudad de México, aclamando la nacionalización de las compañías petroleras imperialistas del 18 de marzo de 1938 por Lázaro Cárdenas, quien aparece en el periódico al día siguiente.

nacional y la revolución agraria, sino que desempeña un papel completamente reaccionario en este proceso.

Sólo el proletariado, agrupando tras de sí a las masas campesinas y a la pequeña burguesía urbana, es capaz de romper el yugo del capital extranjero, terminar la revolución agraria y establecer la plena democracia para los trabajadores en la forma de un gobierno obrero y campesino. Como Trotsky explicó en relación a Rusia en *La revolución permanente* (introducción a la primera edición en ruso, 1929):

> "Nuestra revolución burguesa —decía yo como conclusión— sólo puede cumplir radicalmente su misión siempre y cuando que el proletariado, respaldado por el apoyo de los millones de campesinos, consiga concentrar en sus manos la dictadura revolucionaria.
>
> "¿Cuál había de ser el contenido social de dicha dictadura? En primer lugar, implantaría en términos radicales la revolución agraria y la transformación democrática del estado. En otras palabras, la dictadura del proletariado se convertiría en el instrumento para la realización de los fines de una revolución burguesa históricamente retrasada. Pero las cosas no podían quedar aquí. Al llegar al poder, el proletariado veríase obligado a hacer cortes cada vez más profundos en el derecho de propiedad privada, abrazando con ello las reivindicaciones de carácter socialista".

La llegada al poder del proletariado en un país no completa la revolución, sino que sólo la inicia. Para modernizar los países atrasados, para desarrollar una industria y un mercado nacionales, para sacar a las masas de la miseria se requiere el más alto nivel de tecnología y productividad y el acceso al mercado mundial —la división internacional del trabajo—, todo lo cual está bajo el control del imperialismo. Mientras subsista el imperialismo mundial, las conquistas de un solo país seguirán sometidas a la asfixia imperialista y bajo la amenaza constante de ser revertidas. La victoria de la revolución neocolonial y el desarrollo del socialismo requieren la derrota del imperialismo en la arena mundial, es decir, la extensión de la revolución a los centros imperialistas.

El primer paso hacia esta perspectiva es forjar partidos revolucionarios en los países subyugados cuya tarea principal sea ***arrebatar la dirección*** de la lucha antiimperialista de manos de la burguesía nacional. Esto sólo puede lograrse ***impulsando hacia delante*** la lucha por la liberación nacional hasta sus últimas consecuencias, exponiendo en el proceso ante las masas cada vacilación, capitulación y traición de la burguesía. La confiscación de los bienes de los imperialistas, sobre todo de sus bancos; la expropiación de los terratenientes, nacionales y extranjeros; el repudio de la deuda y de todo tratado de "libre" comercio: toda acción consecuente para hacer avanzar la lucha contra la esclavitud imperialista enfrenta a las masas con la burguesía, que, como señaló Trotsky, "siempre tiene detrás de sí una sólida retaguardia en el imperialismo, que siempre le ayudará con dinero, mercancías y proyectiles contra los obreros y campesinos" ("La revolución china y las tesis del camarada Stalin", 1927). Explicó:

> "Todo lo que ponga de pie a las masas de trabajadores oprimidos y explotados empuja inevitablemente a la burguesía nacional a un bloque abierto con los imperialistas. La opresión imperialista no debilita, sino que, al contrario, agudiza la lucha de clases entre la burguesía y las masas obreras y campesinas, al punto de la guerra civil sangrienta en cada conflicto serio".

Al mismo tiempo, en la medida en que la burguesía trata de obtener concesiones de los imperialistas, los revolucionarios, manteniendo total independencia organizativa y política, apoyan tales medidas y deben tratar de movilizar al proletariado y el campesinado para que las lleven a cabo con sus propios objetivos y métodos:

¿Nacionalizaciones?

¡Ninguna indemnización! ¡Ocupar las fábricas, las minas, los ferrocarriles hasta que los imperialistas cedan!

¿Reforma agraria limitada y burocrática?

¡Comités de campesinos para apoderarse ellos mismos de la tierra!

¿Amenaza imperialista de "cambio de régimen"?
¡Armar a los obreros y campesinos!

En todos los casos, los trotskistas impulsan la acción independiente de las masas en el curso de la lucha por romper el control de la burguesía nacionalista.

Para combatir la influencia de la burguesía, es crucial combatir el nacionalismo, la principal herramienta ideológica que ésta utiliza para movilizar al proletariado y los oprimidos en torno a sus propios intereses. El nacionalismo enfrenta al proletariado con las minorías nacionales y con sus hermanos de clase de otras naciones oprimidas y, lo que es crucial, con la clase obrera de las naciones opresoras, impidiendo la unidad revolucionaria en la lucha contra el enemigo común, los imperialistas. Pero para liberar a las masas del nacionalismo, es necesario distinguir entre el nacionalismo del opresor —una expresión del chovinismo imperial— y el nacionalismo de los oprimidos —una reacción a la opresión—. Negar esta distinción es negar el deseo de emancipación de las masas. No se puede derrotar al nacionalismo predicando un internacionalismo abstracto. Sólo puede ser superado en la lucha, demostrando la traición de la burguesía nacional en el combate por la emancipación.

Los intereses del proletariado exigen la solidaridad completa de los obreros de ***todas*** las naciones. En los países imperialistas, los partidos revolucionarios deben inculcar al proletariado el entendimiento de que la emancipación de las naciones sometidas redunda en su propio interés objetivo: cada derrota de los imperialistas en el extranjero fortalece la posición del proletariado en casa. Los trotskistas deben luchar por una ruptura con los socialchovinistas ***dentro*** de las filas del movimiento obrero —los defensores de la OTAN y la Unión Europea, los burócratas sindicales que apoyan el tratado de "libre comercio" T-MEC en Norteamérica— y con los centristas que mantienen la unidad con los socialchovinistas. Sólo así se podrá superar la desconfianza y los prejuicios nacionalistas en las neocolonias. ***¡El principal enemigo está en casa! ¡Echar a los burócratas sindicales proimperialistas! ¡Por la revolución obrera en los centros imperialistas!***

Los partidos revolucionarios de las naciones oprimidas, al dirigir la lucha contra la opresión imperialista, deben educar a las masas trabajadoras en el espíritu de la unidad revolucionaria con el proletariado de las naciones opresoras. La unidad de las naciones oprimidas contra el imperialismo no puede realizarse bajo la tutela de las burguesías compradoras venales, para las cuales el "patriotismo" sólo significa la defensa de su propiedad privada, sino sólo bajo la dirección de la clase obrera aliada con el campesinado. ***¡Expropiar todos los bienes imperialistas! ¡La tierra para quien la trabaja! ¡Por la liberación nacional y social!***

La experiencia ha demostrado que, en circunstancias excepcionales, los movimientos guerrilleros de base campesina son capaces de derrotar al imperialismo en un solo país e incluso expropiar a la burguesía nacional (por ejemplo, China, Cuba, Laos, Vietnam). Sin embargo, la victoria de tales movimientos no puede conducir más que al establecimiento de regímenes burocráticos de tipo estalinista que mantienen su dominio mediante la represión brutal de las masas trabajadoras, mientras el país sigue sometido a las presiones del mercado mundial. El sello distintivo de estas burocracias estalinistas es su firme oposición a la extensión de la revolución socialista más allá de sus fronteras nacionales con la ilusoria esperanza de apaciguar al imperialismo. Defender y extender las conquistas de estas revoluciones exige una nueva revolución contra estos burócratas. Por lo tanto, las tareas de los revolucionarios expuestas anteriormente también se aplican a estos regímenes: los trotskistas deben tomar la dirección de la lucha antiimperialista de manos de los burócratas y dirigirla bajo la bandera del auténtico leninismo. ***¡Defender a China, Corea del Norte, Laos, Cuba y Vietnam contra el imperialismo y la contrarrevolución! ¡Por la revolución política contra los traidores estalinistas! ¡Por el comunismo de Lenin y Trotsky!***



Sharma/AFP

India, enero de 2021: movimiento de agricultores protesta contra los ataques del gobierno de Modi. La alianza de la clase obrera y el campesinado es clave para la revolución socialista.

El triunfo definitivo contra el imperialismo sólo puede asegurarse fusionando la lucha del proletariado en los países imperialistas contra su "propia" clase dominante y la de los trabajadores de las naciones oprimidas contra los mismos imperialistas y sus agentes locales.

¡Proletarios de todos los países y pueblos oprimidos, uníos!

LA REVISIÓN DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE POR LA LCI

Deformada al nacer

Desde sus inicios, la aproximación de la tendencia espartaquista al problema de la revolución en los países neocoloniales y las naciones oprimidas se ha basado en una revisión de la revolución permanente. Para comprender cómo y por qué fue así, es necesario examinar el contexto histórico y político en el que nuestra tendencia elaboró su estrategia.

El periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial estuvo marcado por un auge de las luchas de liberación nacional impulsadas por la desintegración de los imperios coloniales británico y francés y la autoridad reforzada de la URSS tras su victoria sobre la Alemania nazi. El mundo estaba dividido entre dos superpotencias que representaban dos sistemas sociales rivales: la URSS y el imperialismo

estadounidense. En esta situación, los países oprimidos tenían cierto margen de maniobra, y muchos buscaron en la Unión Soviética apoyo militar y político en su lucha contra el imperialismo. Hasta finales de la década de 1970, las revueltas sacudieron el mundo neocolonial: China, Corea, Indochina, India, Chipre, Argelia, Cuba, el mundo árabe, Chile, etc. A la cabeza de estos movimientos se encontraban fuerzas burguesas y pequeñoburguesas. En la mayoría de los casos, el resultado de estas luchas fue la independencia formal bajo el dominio nacionalista burgués, aunque todavía bajo el yugo del imperialismo.

Durante todo este periodo, la estrategia de casi toda la izquierda marxista internacional consistió en apoyar, abierta o críticamente, a las direcciones nacionalistas de estos movimientos y a sus regímenes. La justificación era que la opresión imperialista de las colonias y las neocolonias otorgaba un papel objetivamente progresista a la burguesía nacional, y que la victoria de las fuerzas nacionalistas equivaldría a la realización de la revolución democrático-burguesa, abriendo así el camino al socialismo. Bajo el argumento de que el "proceso objetivo" forzaría a las direcciones nacionalistas burguesas y pequeñoburguesas hacia el socialismo, el papel de los revolucionarios se reducía a empujarlas hacia la izquierda. Éste fue el marco teórico de los partidos estalinistas y sus escisiones maoístas, así como de la Nueva Izquierda y de los seudotrotskistas (Michel Pablo, ex dirigente de la IV Internacional, acabó como asesor del gobierno burgués argelino de Ben Bella).

Se trataba de una negación absoluta de la dirección revolucionaria de la lucha de liberación nacional. Si el "proceso objetivo" conduciría a la liberación y el socialismo, entonces no había necesidad de partidos revolucionarios. En realidad, esta línea significaba atar al proletariado y las masas campesinas a la burguesía nacional, traicionando así la lucha antiimperialista y la revolución socialista. Para los revolucionarios, lo que se planteaba era proporcionar un programa para la acción independiente de las masas trabajadoras en pro de sus necesidades y aspiraciones como medio para avanzar la lucha antiimperialista y, en el proceso, emerger a la cabeza de estas luchas en contraposición a los nacionalistas y los estalinistas. Sólo sobre esa base habría sido posible desenmascarar el programa colaboracionista de clases de la izquierda como un obstáculo a la victoria contra el imperialismo e iniciar un proceso de escisiones y fusiones para forjar una auténtica corriente trotskista.



Kunz/ullstein bild

Manifestantes portan el retrato de Ho Chi Minh, Berlín, 1968. Gran parte de la izquierda glorificó a nacionalistas y estalinistas en lugar de luchar por una dirección revolucionaria.



CBS

Fidel Castro con el ejército rebelde, Cuba, 1957. La Revolución Cubana fue una derrota para el imperialismo yanqui, pero la dirección estalinista es un obstáculo al socialismo.

Sin embargo, la tendencia espartaquista no siguió este curso. Frente a la dirección burguesa de las luchas de liberación nacional y el seguidismo a los nacionalistas por parte de la izquierda, recurrimos a trazar una línea rígida y sectaria denunciando el nacionalismo en el mundo neocolonial como reaccionario hasta la médula. Partiendo del impulso correcto de oponernos a la liquidación de la izquierda, llegamos criminalmente a repudiar el núcleo de la revolución permanente: poner la lucha por la liberación nacional en el centro de la estrategia revolucionaria para el mundo neocolonial. Dejando de lado nuestras frases ortodoxas que resumían la revolución permanente, contrapusimos la liberación nacional a la lucha de clases y la revolución socialista. Así, rechazamos sistemáticamente el combate por la dirección comunista de la lucha de liberación nacional, reforzando el dominio de los nacionalistas y las fuerzas pequeñoburguesas sobre las masas. Este marco general equivalía, en el fondo, a una capitulación al imperialismo.

La liberación nacional: ¿Piedra en el zapato o palanca para la revolución?

He aquí dos ejemplos clásicos de la visión de la tendencia espartaquista sobre la cuestión nacional:

> "En general, nuestro apoyo al derecho a la autodeterminación es negativo: oposición intransigente a toda manifestación de opresión nacional como medio hacia la unidad de la clase obrera, no como el cumplimiento del 'destino manifiesto' o la 'herencia' de una nación, ni como apoyo a naciones o nacionalismos 'progresistas'. Apoyamos el derecho a la autodeterminación y las luchas de liberación nacional para eliminar la cuestión nacional de la agenda histórica, no para crear otra cuestión semejante".
>
> —"Tesis sobre Irlanda", *Spartacist* (Edición en inglés) No. 24, otoño de 1977

Y:

> "En las naciones oprimidas dentro de estados multinacionales, la cuestión de propugnar o no la independencia depende de la profundidad de los antagonismos nacionales entre los

> trabajadores de las distintas naciones. Si las relaciones se han envenenado al punto de hacer imposible la auténtica unidad de clase dentro de un poder estatal único, apoyamos la independencia como la única forma de eliminar la cuestión nacional del orden del día y poner en primer plano la cuestión de clase”.
>
> —“El nacionalismo quebequense y la lucha de clases”, *Spartacist Canada* No. 12, enero de 1977

Este enfoque de la cuestión nacional se basaba en considerarla no como una palanca para la revolución socialista, sino como una piedra en el zapato, un problema irritante que había que eliminar para allanar el camino a la lucha de clases “pura”. Esto no tiene nada que ver con el marxismo. El planteamiento de los revolucionarios consiste en utilizar cada caso de opresión, cada crisis, cada acto de resistencia para forjar la unidad de la clase obrera en la lucha por derrocar a la burguesía. En este sentido, la resistencia contra la dominación extranjera en los países oprimidos constituye un poderoso martillo para hacer añicos el imperialismo mundial. Pero en lugar de hacer avanzar la lucha por el socialismo sobre la base de las luchas sociales y nacionales reales que ocurrían, la tendencia espartaquista, de manera sectaria y doctrinaria, trató de proyectar sobre la realidad viva su propia versión idealizada de la lucha de clases, purgada de cualquier “inconveniente” nacional.

Tal enfoque de la cuestión nacional no es una novedad en la historia del movimiento comunista. Lenin lo combatió toda su vida, en particular contra los supuestos socialistas que miraban con desdén el Levantamiento de Pascua de Dublín de 1916 y lo desechaban como un mero “putsch” [golpe de estado]. En “Balance de la discusión sobre la autodeterminación” (julio de 1916) Lenin incluyó una sección sobre la rebelión irlandesa (la cual nosotros mismos reimprimimos, sin darnos cuenta de que todo su contenido iba dirigido contra nosotros). Lenin explica:

> “Los puntos de vista de los enemigos de la autodeterminación llevan a la conclusión de que se ha agotado la vitalidad de las naciones pequeñas oprimidas por el imperialismo, de que no pueden desempeñar papel alguno contra el imperialismo, de que el apoyo a sus aspiraciones puramente nacionales no conducirá a nada, etc.”.

Aunque no rechazábamos el derecho a la autodeterminación, todo nuestro enfoque estaba moldeado por la idea de que nada bueno saldría del “problema nacional”. Lenin continúa:

> “Quien denomine putsch a una insurrección ***de esa naturaleza*** es un reaccionario de marca mayor o un doctrinario incapaz en absoluto de imaginarse la revolución social como un fenómeno vivo.
>
> “Porque pensar que la revolución social ***es concebible*** sin insurrecciones de las naciones pequeñas en las colonias y en Europa, sin explosiones revolucionarias de una parte de la pequeña burguesía, ***con todos sus prejuicios***, sin el movimiento de las masas proletarias y semiproletarias inconscientes contra la opresión terrateniente, clerical, monárquica, nacional, etc.; pensar así, significa ***abjurar de la revolución social***. En un sitio, se piensa, por lo visto, forma un ejército y dice: ‘Estamos por el socialismo’; en otro sitio forma otro ejército y proclama: ‘Estamos por el imperialismo’, ¡y eso será la revolución social! Únicamente basándose en semejante punto de vista ridículo y pedante se puede ultrajar a la insurrección irlandesa, calificándola de ‘putsch’.
>
> “Quien espere la revolución social ‘pura’ no la verá ***jamás***. Será un revolucionario de palabra, que no comprende la verdadera revolución”.

¿Cuál es el método para “eliminar” la cuestión nacional de la “agenda histórica” si no es esperar una revolución “pura”, “no contaminada” por los sentimientos nacionales de los pueblos oprimidos?

La revolución socialista no es una batalla única, sino una serie de batallas que se libran en torno a una multitud de cuestiones democráticas, económicas y sociales. En los países bajo el yugo de la dominación extranjera, pretender “eliminar” la cuestión nacional como condición previa para la lucha socialista significa negar que el estado de subdesarrollo impuesto por el imperialismo coloca objetivamente en primer plano las tareas democráticas como palanca fundamental a la revolución socialista. El núcleo de la revolución permanente —y la lección central de la Revolución de Octubre de 1917— se resume en la transmutación de



La prensa espartaquista equiparaba el nacionalismo del oprimido y el del opresor, tratando la lucha de liberación nacional como una molestia que debía ser hecha a un lado en lugar de un arma en la lucha por el socialismo.



Robert Hunt/Getty

Ejército Ciudadano Irlandés tras el Levantamiento de Pascua, Dublín, 1916.

la revolución democrático-burguesa, lograda por el proletariado revolucionario a la cabeza del campesinado y de todos los oprimidos, en revolución socialista. Trotsky explicó:

> "La dictadura del proletariado, que sube al poder en calidad de caudillo de la revolución democrática, se encuentra inevitable y repentinamente, al triunfar, ante objetivos relacionados con profundas transformaciones del derecho de propiedad burguesa. La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en ***permanente***".
>
> —*La revolución permanente*

Por el contrario, todo nuestro planteamiento consistía en reflexionar sobre cómo se podía "eliminar" tal o cual cuestión democrática del orden del día. Pero esto resultó ser más complicado en regiones de pueblos interpenetrados como Irlanda del Norte o Israel/Palestina, en las que dos grupos nacionales tienen reivindicaciones contrapuestas de autodeterminación sobre el mismo territorio. La tendencia espartaquista creó así una "teoría" para los casos de pueblos interpenetrados. Nuestro artículo seminal sobre la cuestión de Israel/Palestina postulaba:

> "Cuando las poblaciones nacionales están geográficamente interpenetradas, como lo estaban en Palestina, sólo puede crearse un estado-nación independiente mediante su separación forzosa (traslados forzosos de población, etc.). Así, el derecho democrático a la autodeterminación se vuelve abstracto, ya que sólo puede ser ejercido por el grupo nacional más fuerte mediante la expulsión o la destrucción del más débil.
>
> "En tales casos, la única posibilidad de solución democrática reside en una transformación social".
>
> —"Nacimiento del estado sionista, segunda parte: La guerra de 1948" (*Workers Vanguard* No. 45, 24 de mayo de 1974)



Mohammed Abed/Getty



McCullough/Globe Photos

Arriba: campo de refugiados palestinos en Gaza devastado por un ataque israelí el 9 de octubre de 2023. Abajo: policías golpean a nacionalistas irlandeses en Derry, 1998. La liberación de las naciones oprimidas debe estar al centro de la estrategia revolucionaria.

Era claramente imposible "eliminar" la cuestión nacional del orden del día en lugares como Belfast o Gaza. Proclamamos pues la necesidad de la revolución. Pero toda la cuestión sigue siendo: ¿***cómo*** puede producirse una revolución allí? Todo el programa detrás de la "teoría" de los pueblos interpenetrados consistía en proclamar la necesidad de la revolución socialista mientras se rechazaba la necesidad de poner la lucha de liberación nacional de los palestinos y los católicos irlandeses en el ***centro*** de nuestra estrategia revolucionaria. En su lugar, la revolución socialista es vista como un proceso en el que ambos grupos nacionales se despojarán de sus sentimientos nacionales a favor de la unidad en las demandas económicas y la solidaridad liberal.

Cualquier "marxista" que piense que la lucha de liberación nacional es una piedra en el zapato de la revolución y que debe dejarse de lado para luchar por el socialismo está, en el mejor de los casos, condenado a la irrelevancia y, en el peor, es un agente del opresor dominante que exige que los oprimidos abandonen sus aspiraciones nacionales como condición previa para la unidad. La única manera de que se produzca una revolución en Israel/Palestina o en Irlanda del Norte es a través de un levantamiento por la liberación nacional de los palestinos y los católicos irlandeses que no infrinja los derechos nacionales de los protestantes e israelíes, sino que emancipe a los obreros de su clase dominante y de los patrocinadores imperialistas de ésta. Y precisamente porque los nacionalistas irlandeses y palestinos son incapaces de tal perspectiva y se oponen a ella, sólo una dirección comunista de la lucha de liberación nacional puede aportar una solución justa y democrática al problema nacional en esos lugares.

Como un signo de total impotencia, las "Tesis sobre Irlanda", un documento clave que elabora nuestro punto de vista sobre el problema nacional allí, afirman en su primer postulado:

> "Sigue existiendo la fuerte posibilidad de que una solución justa, democrática y socialista a la situación en Irlanda sólo

se produzca bajo el impacto de la revolución proletaria en otros lugares y, concretamente, pueda ser llevada sobre las bayonetas de un Ejército Rojo contra la oposición de un sector significativo de una o ambas comunidades de la isla".

En cuanto a Palestina, nuestros artículos subrayaban constantemente que lo más probable era que la revolución fuese imposible mientras no haya habido una revolución en un país vecino. Declarar de antemano que no creemos realmente en la posibilidad de una revolución autóctona en Irlanda del Norte o Palestina y que no consideramos que nuestra intervención desempeñe un papel vital y decisivo en esas regiones equivale a izar una banderola que diga: "Estamos en bancarrota".

La tarea de los comunistas no es contraponer la lucha por la liberación nacional a la lucha por el socialismo, sino fusionarlas. Tal perspectiva es inconcebible con la rigidez y estrechez de miras que caracterizaron el planteamiento de la cuestión nacional por parte de la tendencia espartaquista; requiere el método y el programa de la revolución permanente. La aplicación de la revolución permanente no se limita a los países con campesinado o de desarrollo capitalista tardío. Su método está en el corazón mismo del programa comunista moderno. La lección central que Marx y Engels extrajeron de las revoluciones de 1848 en Europa fue la necesidad de una dirección proletaria de las luchas democráticas y sociales. Al concluir su "Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas" de 1850, Marx subrayó:

> "la máxima aportación a la victoria final la harán los propios obreros...cobrando conciencia de sus intereses de clase, ocupando cuanto antes una posición independiente de partido e impidiendo que las frases hipócritas de los demócratas pequeñoburgueses les aparten un solo momento de la tarea de organizar con toda independencia el partido del proletariado. Su grito de guerra ha de ser: la revolución permanente".

El leninismo contra la LCI sobre el nacionalismo: Revolución permanente vs. indignación liberal

Una cuestión central de la revolución para la mayoría de los países del mundo es la superación de las divisiones nacionales. Esta cuestión es particularmente compleja en los países de desarrollo tardío, donde la nación (o grupo étnico o religioso) dominante, aunque oprimida por el imperialismo, es también la opresora de las naciones minoritarias. Es el caso de la India, Irán y Türkiye, por citar algunos ejemplos. Lo que sigue, tomado de un artículo sobre el Medio Oriente, ejemplifica nuestro planteamiento de la cuestión:

> "No olvidemos que los árabes palestinos son víctimas del nacionalismo del oprimido convertido en opresor. En Birundi [sic] si el golpe de los hutus contra la minoría gobernante, los tutis [sic], hubiera tenido éxito, el tribalismo de los oprimidos se habría traducido en el nacionalismo genocida del opresor. Todo nacionalismo es reaccionario, pues el nacionalismo exitoso equivale al genocidio".
>
> —"Nacionalismo asesino y traición estalinista en el Medio Oriente" (*Workers Vanguard* No. 12, octubre de 1972)

Esto borra cualquier contradicción en el nacionalismo de la nación dominante en los países oprimidos. El genocidio de los tutsis en Ruanda en 1994 ***es*** la realidad del nacionalismo hutu. Sin embargo, el nacionalismo hutu ***no*** es fundamentalmente lo mismo que el nacionalismo estadounidense o francés: es el producto del pillaje de la región por parte del imperialismo belga, luego francés y ahora estadounidense. Es, en parte, una respuesta reaccionaria a esta realidad. El conflicto hutu-tutsi no puede abordarse adecuadamente, ***ni resolverse***, fuera de este entendimiento.

Este mismo enfoque sustenta nuestro trabajo sobre la revolución iraní de 1979, ¡en el que trazamos un signo de igual entre la oposición al Sha liderada por los mulás y Hitler o el Ku Klux Klan!

> "Todas las fuerzas de oposición a la monarquía en la sociedad iraní, incluidos el proletariado organizado y la izquierda, se habían unido detrás de Jomeini. Pero el núcleo del movimiento de Jomeini eran los mulás (los 180 mil clérigos musulmanes chiítas) y los bazaríes, la clase mercantil tradicional que estaba siendo aplastada por la modernización del país. Esta clase social tradicional está condenada por el progreso económico, por lo que es naturalmente propensa a la ideología reaccionaria y sus expresiones políticas.
>
> "Para los oportunistas es impensable que pueda haber una movilización reaccionaria de masas contra un régimen reaccionario. Sin embargo, la historia ofrece ejemplos de movimientos de masas reaccionarios. Adolf Hitler organizó un movimiento indudablemente de masas que derrocó a la República de Weimar. En Estados Unidos, en la década de 1920, el Ku Klux Klan era una organización dinámica en crecimiento capaz de movilizar a decenas de miles de activistas en las calles".
>
> —"Irán y la izquierda: Por qué apoyaron la reacción islámica" (*Workers Vanguard* No. 229, 13 de abril de 1979)

Los mulás ***son*** reaccionarios: el régimen islámico de Irán es antimujer, antisunita y contrario a los derechos nacionales de todos los pueblos no persas dentro de las fronteras de Irán. Sin embargo, los mulás fueron una respuesta reaccionaria al saqueo imperialista de Irán que facilitó la monarquía Pahlaví. Era imposible socavar el atractivo popular de los mulás sin reconocer esta realidad. La implicación de nuestra propaganda fue intervenir entre los participantes de la revuelta de 1979 explicando a quienes tenían ilusiones en la dirección islamista... ¡que estaban siguiendo un movimiento hitleriano!

Todo nuestro marco negaba el hecho de que la lucha de las masas persas por liberarse de la asfixia imperialista era una lucha progresista. Nuestra tarea consistía en explicar que, mientras la lucha siguiera bajo el dominio de los mulás, se dirigiría necesariamente contra las minorías nacionales y otras minorías, lo que conduciría a su persecución y, al mismo tiempo, socavaría la liberación de la propia mayoría persa. La única manera de romper el dominio de los mulás era mostrar concretamente cómo su dirección era un obstáculo a las aspiraciones legítimas y progresistas de las masas a liberarse del Sha y del imperialismo.

El siguiente pasaje de Engels, aunque se refiere a la opresión de Polonia por Alemania, aplica plenamente a países como Irán, que es a la vez oprimido y opresor:

> "Porque los demócratas alemanes tenemos un interés especial en la liberación de Polonia. Fueron los príncipes alemanes los que sacaron grandes ventajas de la división de Polonia y son los soldados alemanes los que todavía mantienen retenidas Galitzia y Posen. La responsabilidad de eliminar esta desgracia de nuestra nación recae sobre nosotros, los alemanes, sobre todo sobre nosotros, los demócratas alemanes. ***Una nación no puede llegar a ser libre y al mismo tiempo seguir oprimiendo a otras naciones.*** Por lo tanto, la liberación de Alemania no puede tener lugar sin la liberación de Polonia de la opresión alemana. Y por ello, Polonia y Alemania tienen un interés común, y por ello, los demócratas polacos y alemanes pueden trabajar juntos por la liberación de ambas naciones". [énfasis nuestro]
>
> —"Sobre Polonia" (noviembre de 1847)

En el caso de lugares como Irán o la India, la liberación del yugo imperialista ***no puede*** producirse mientras otras

nacionalidades y pueblos minoritarios dentro de esos estados sigan sometidos a la opresión de la nación dominante. Esta última tiene "un interés especial" en la liberación de las minorías oprimidas y debe convertirse en su defensora más consecuente, pues sin ello su liberación no puede avanzar ni un ápice. ¿Por qué? Dado que es el imperialismo el responsable del estado de miseria de las masas, y dado que es el imperialismo el que ha urdido las innumerables divisiones, forzando a naciones y pueblos enteros a permanecer dentro de fronteras arbitrarias, los trabajadores deben unirse ***en oposición*** al imperialismo mismo. Está en el interés objetivo de los obreros y los campesinos persas, que trabajan en un país asfixiado por las sanciones imperialistas, defender la liberación de sus hermanos y hermanas kurdos, baluchíes y azeríes como parte de la lucha por su propia liberación. Ello incluye defender su derecho a la autodeterminación, es decir, a la secesión.

Mientras más enérgicamente los revolucionarios del pueblo dominante (por ejemplo, los turcos en Türkiye o los persas en Irán) defiendan los derechos nacionales de los pueblos oprimidos en sus respectivos países, mayor será su capacidad de destruir las maquinaciones imperialistas de "divide y vencerás". Esto obstaculizaría los intentos de EE.UU. de convertir a los oprimidos en peones del imperialismo, como en el caso de los kurdos sirios.

Esto era completamente ajeno a nuestra perspectiva, que hacía desaparecer el hecho de que la opresión imperialista es un combustible para el nacionalismo. Por ejemplo, en nuestro trabajo sobre Sri Lanka, descartamos todas las medidas adoptadas por el régimen de Bandaranaike del Partido de la Libertad de Sri Lanka como motivadas por el chovinismo antitamil o como insignificantes, negando que incluyeran reivindicaciones de soberanía nacional contra el imperialismo. En una polémica contra el apoyo de la burocracia china al régimen de Bandaranaike, escribimos:

> "Los chinos se reducen a describir la declaración de la República de Sri Lanka, ***en sí misma un llamamiento explícito y demagógico al chovinismo cingalés***, como 'una victoria significativa obtenida por su pueblo en su prolongada lucha contra el imperialismo y por salvaguardar la independencia nacional'". [énfasis nuestro]
>
> —"El 'frente único antiimperialista' en Ceilán", *Young Spartacus* No. 19, septiembre-octubre de 1973

Que el régimen de Bandaranaike azuzó el chovinismo antitamil está fuera de toda duda. Sin embargo, a partir de este reconocimiento correcto, procedimos a combatir el nacionalismo cingalés negando que fuera, a su manera sangrienta y reaccionaria, una respuesta a la dominación británica de la isla. ¡Esto nos llevó a descartar incluso la proclamación de la República de Sri Lanka que cortó los lazos con la monarquía británica!

En el caso de Sri Lanka, cualquier defensa de los tamiles que no parta de una oposición al imperialismo va a reflejar una perspectiva liberal imperialista. Éste es el manual de tácticas que los imperialistas utilizan en todas partes: explotan la difícil situación de las minorías para promover sus intereses en la región, barriendo bajo la alfombra el hecho de que todo el estado de cosas es producto de su dominación. Sri Lanka no es diferente. Con la perspectiva que teníamos, un pequeño núcleo que intente convertirse en un partido revolucionario no podrá siquiera empezar a encontrar un punto de apoyo entre los obreros de la nación dominante, y sólo puede reforzar el dominio de los nacionalistas sobre ellos. Y en la medida en que apele a los tamiles oprimidos, ello no redundaría en el interés de éstos, ya que no ayudaría a superar los antagonismos nacionales y no impulsaría una lucha común contra el imperialismo, el opresor tanto de tamiles como de cingaleses. En otras palabras, sería —y de hecho era— un programa liberal-imperialista para los tamiles (mero clamor ante su opresión) y un programa liberal-imperialista para los cingaleses (¡traten mejor a los tamiles!).

En los países oprimidos, el chovinismo de la nación dominante impuesto a las minorías es en parte resultado del debilitamiento ante el saqueo imperialista. Cuanto más se frena la lucha contra el imperialismo, más se vuelve la nación dominante contra las minorías internas, ya sean nacionales, religiosas o de otro tipo. En el fondo, esto se debe a la realidad de los países neocoloniales bajo la bota del imperialismo: si el desarrollo material no se produce a expensas de los imperialistas, debe producirse a expensas de los trabajadores y de las minorías oprimidas dentro de la neocolonia. La burguesía nacional es capaz de desviar la ira contra la situación miserable y el subdesarrollo manipulando los sentimientos nacionales y religiosos, manteniendo


Bettman


Vermont Historical Society

Izquierda: manifestantes iraníes durante la toma de la embajada estadounidense, Teherán, 1979. Derecha: manifestación del KKK en Vermont, 1927. Es grotesco equiparar la Revolución Islámica, una respuesta reaccionaria a la opresión estadounidense, con los matones fascistas del KKK del imperialismo estadounidense.

al país dividido. Por el contrario, cuanto más fuertemente se opongan los pueblos de un país oprimido al imperialismo, su opresor común, más estrecha será la unidad entre ellos y más débil el chovinismo del grupo dominante.

El enemigo principal es el imperialismo

La tendencia espartaquista buscó combatir el nacionalismo burgués argumentando que en las neocolonias y las naciones oprimidas el principal enemigo de los obreros y los oprimidos era la burguesía nacional. Respecto a México, que está directamente bajo la bota del imperialismo estadounidense y cuya vida interna está definida en todos los sentidos por esta opresión, escribimos: "los espartaquistas insistimos que en México el principal enemigo está en casa: es la burguesía mexicana, lacaya del imperialismo" ("¡Romper con ***todos*** los partidos burgueses: PRI, PAN, PRD!", *Espartaco* No. 14, otoño-invierno de 2000). En un artículo sobre Irlanda del Norte con el estúpido título "¡No verde contra naranja, sino clase contra clase!" (*Workers Vanguard* No. 7, abril de 1972), explicamos:

> "Todos los capitalistas son enemigos de todos los obreros en todas partes, pero la batalla principal de los obreros en una nación debe ser siempre contra su propia burguesía: sólo así ofrecen a sus hermanos de clase en el extranjero una promesa seria de su internacionalismo, de que no están con sus propios capitalistas contra los obreros de otros países, enmascarando su posición con frases sobre la lucha de clases".

Tomando como punto de partida la "independencia de clase", este argumento filisteo niega que en los países neocoloniales el principal enemigo sea el imperialismo, y no la débil burguesía nacional que, como nosotros mismos señalamos, se ve reducida al papel de mero lacayo. Los nacionalistas y diversos grupos de izquierda utilizan esta verdad para justificar su apoyo a la burguesía nacional. Pero poner un signo de menos donde los nacionalistas ponen uno de más no hace avanzar la lucha por liberar a las masas del nacionalismo. Al contrario, tal enfoque sólo puede desacreditar a los comunistas frente a los obreros y los campesinos, y erigir a los nacionalistas como únicos representantes de las aspiraciones nacionales de las masas contra la dominación extranjera. Es simplemente una capitulación al imperialismo.

En las últimas décadas, la LCI se abstuvo de afirmar que "el enemigo principal está en casa" para el caso de México. El camarada Jim Robertson argumentó a principios de la década de 2000 que debíamos dejar de plantear este llamado para México dado el saqueo desnudo del país a manos de EE.UU. Sin embargo, el contenido de esta consigna siguió siendo el principio rector de nuestro trabajo allí. Por ejemplo, poco después de esta intervención, el camarada Ed C. argumentó que en México nuestra tarea consistía en "dirigir a la nación en la lucha contra la dominación imperialista". Por esto, fue denunciado enérgicamente en una moción de la dirección de nuestra sección estadounidense:

> "Con respecto a México, un partido obrero que no se guíe por una perspectiva revolucionaria, internacionalista y proletaria, sino que adopte como su tarea principal 'dirigir a la nación en la lucha contra la dominación imperialista', sería un partido que rehuiría el cumplimiento de su programa proletario, es decir, sería por lo menos tácitamente menchevique. No habría ninguna razón para que tal partido mantuviera la independencia de clase".

Esto no sólo es un repudio total de la revolución permanente, sino que es de hecho una inversión del estalinismo, que, en nombre de la lucha contra el imperialismo, subordina al proletariado a una alianza con la burguesía. La moción citada, en nombre de la independencia de clase, abandona por completo la lucha contra el imperialismo. Ya sea el estalinismo o el Buró Político de la SL/U.S., el resultado es el mismo: la lucha contra el imperialismo queda en manos de los nacionalistas burgueses. Esta conferencia afirma que "dirigir a la nación en la lucha contra la dominación imperialista" ***es*** la tarea de los comunistas en las neocolonias.



Guyot/AFP

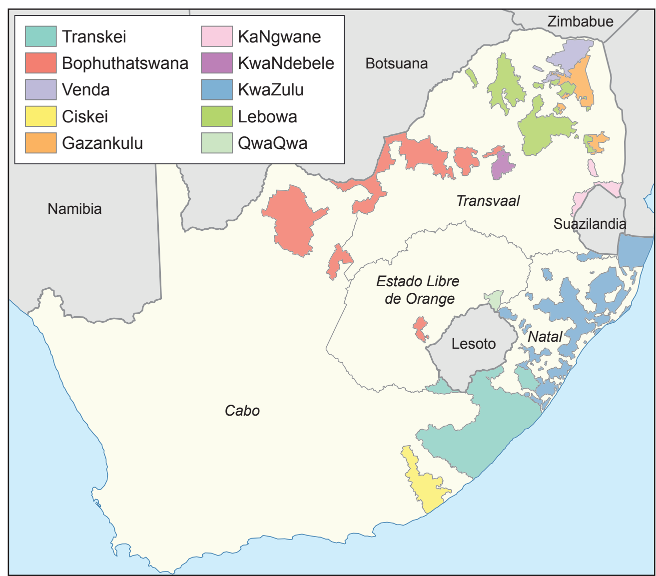
Soldados franceses con milicianos hutus, 1994. El nacionalismo hutu, que condujo al genocidio de los tutsis, está alimentado por la expoliación imperialista de África.

El desarrollo nacional de las naciones oprimidas es históricamente progresista

El desarrollo del estado-nación en Europa durante los siglos XVII-XIX desempeñó un papel progresista al barrer las estructuras feudales y consolidar el capitalismo. Pero en la era del imperialismo, el capital ha sobrepasado las fronteras del estado-nación. El imperialismo significa la extensión y el recrudecimiento de la opresión nacional sobre una nueva base histórica. Por lo tanto, mientras que el carácter progresista de los movimientos nacionales en los países imperialistas es cosa del pasado, en las naciones oprimidas los movimientos nacionales, así como el desarrollo y la consolidación del estado-nación, siguen desempeñando un papel histórico progresista en la medida en que se dirigen contra la subyugación imperialista.

En contra de esta verdad marxista elemental, la tendencia espartaquista sostenía que la consolidación y la unificación nacionales son ahora reaccionarias en todas partes. Éste fue uno de los pilares políticos de nuestra sección sudafricana y uno de los puntos centrales de *Polemics on the South African Left* [Polémicas contra la izquierda sudafricana], uno de sus documentos fundacionales. Al polemizar contra los nacionalistas negros, argumentábamos que mientras que la asimilación nacional fue un desarrollo progresista en Europa durante los siglos XVII-XIX:

> "Sin embargo, hoy en día, en África y Asia, las débiles burguesías nativas, dependientes y encadenadas al imperialismo, ***no pueden*** transformar estos estados neocoloniales en sociedades industriales modernas. De ahí que la 'construcción nacional' se convierta en sinónimo de opresión de los grupos nacionales y étnicos por parte del pueblo dominante".
>
> —"Carta al New Unity Movement" (28 de febrero de 1994)



Htonl/Africa Open Data

Sudáfrica: el régimen del apartheid impuso divisiones tribales a la mayoría negra africana, creando "repúblicas" negras artificiales (bantustanes) para apuntalar el dominio de la minoría blanca y la superexplotación.

Sudáfrica es un país brutalmente oprimido por el imperialismo, donde una pequeña camarilla de capitalistas blancos domina sobre las masas negras que fueron divididas a la fuerza en bantustanes, territorios creados por los gobernantes del apartheid para segregar a los negros africanos en función de su etnia. Como en el resto del continente, las fronteras de Sudáfrica fueron trazadas artificialmente por los opresores coloniales, que idearon un sistema de segregación estricta para controlar la mano de obra negra superexplotada. Oponerse a las aspiraciones del pueblo negro africano de construir una nación y unirse contra su división forzada era simplemente reaccionario, y nos alineaba con el ***verdadero*** "pueblo dominante": la clase dominante sudafricana blanca respaldada por los imperialistas. La clave para forjar un partido revolucionario en Sudáfrica es precisamente combatir por la dirección comunista de la lucha por la construcción de la nación en contra de la opresión imperialista, exponiendo cómo los nacionalistas negros se erigen como un obstáculo a este camino.

En México, para contrarrestar las ilusiones generalizadas en Lázaro Cárdenas y el populismo, la sección de la LCI, el Grupo Espartaquista de México, recurrió simplemente a denunciar a Cárdenas. Lo atacamos porque "su intención fue modernizar al país para beneficio de la burguesía mexicana" y porque su legado "consistió en la consolidación del régimen burgués mexicano" ("¡Romper con *todos* los partidos burgueses: PRI, PAN, PRD!"). El desarrollo nacional de México contra la subyugación imperialista, incluso bajo el dominio burgués, es de hecho altamente progresista. La bancarrota que significa negar esto es, de hecho, evidente al leer nuestro propio artículo. Escribimos:

> "Incluso la famosa 'educación socialista', instituida en la Constitución dos meses antes de que Cárdenas llegara al poder, no tenía otro objetivo que elevar la educación de los pobres y trabajadores para hacerlos más aptos para el trabajo asalariado eficiente y más productivos para la burguesía".

Millones de obreros y campesinos aprendieron a leer y escribir gracias a esta reforma. Es grotesca la idea de que se despojarían de sus ilusiones en Cárdenas porque señalamos que la reforma sólo era una estratagema para hacerlos "aptos para el trabajo asalariado". Las únicas reformas de Cárdenas que no pudimos denunciar fueron las nacionalizaciones del petróleo y los ferrocarriles porque Trotsky las aclamó. También sostuvimos que la Revolución Mexicana no fue más que una orgía de reacción y que incluso la independencia de México respecto a España "tuvo un tufo distintivo a contrarrevolución" (ver la moción de la conferencia del GEM que desarrolla esta cuestión en *El Antiimperialista* No. 1, mayo de 2023).

Los marxistas apoyan y luchan por el desarrollo nacional de las naciones subyugadas. Esto incluye la consolidación de la unidad nacional en la medida en que se dirija contra el imperialismo. Negar el carácter progresista del desarrollo nacional de un país oprimido con el pretexto de que la burguesía es una clase reaccionaria es simplemente una capitulación al imperialismo. Para contrarrestar a los nacionalistas, los comunistas, manteniendo una total independencia de clase, deben apoyar las medidas progresistas que hagan avanzar la soberanía y el desarrollo de los países oprimidos, y deben tratar de movilizar a las masas de manera independiente para llevarlas adelante. El levantamiento de obreros y campesinos mostrará a la vista de todos que los nacionalistas como Cárdenas, o AMLO hoy, son en realidad enemigos de la liberación de las neocolonias y que las aspiraciones de las masas claman por la dirección comunista de la lucha antiimperialista.

Los trotskistas son los mejores combatientes por la democracia

Uno de los ejemplos más flagrantes de la contraposición de la lucha por el socialismo a la lucha por la democracia es



la línea adoptada por nuestra tendencia en 2011 rechazando el llamado por una asamblea constituyente al considerarlo erróneo bajo cualquier circunstancia (ver “Por qué rechazamos la consigna por una ‘asamblea constituyente’”, *Spartacist* No. 38, diciembre de 2013). Esta posición se adoptó a raíz de la Primavera Árabe, en la que millones se rebelaron contra décadas de regímenes dictatoriales, y durante la cual múltiples grupos de izquierda exigieron la convocatoria de asambleas constituyentes sobre una base oportunista. De forma rígida y sectaria, compensando nuestra falta de perspectiva para las masas árabes, recurrimos a denunciar en su totalidad el llamado por una asamblea constituyente, contraponiendo... la revolución socialista.

Para comprender el profundo revisionismo de esta línea, es necesario entender qué es el llamado por una asamblea constituyente. Es un llamado a un órgano cuyo objetivo es establecer una nueva constitución. Como señalaba nuestro artículo, se remonta a la Revolución Francesa, donde la Asamblea Nacional resolvió las tareas democráticas centrales: la abolición de la monarquía, la abolición del feudalismo, la redistribución de la tierra y la ampliación del sufragio masculino. Se trata, pues, de una reivindicación democrática. En los países de desarrollo capitalista tardío sin democracia formal, donde las masas están privadas de derechos y sufren bajo prolongados regímenes dictatoriales o bonapartistas, como en vastas extensiones del Medio Oriente, África y América Latina, esta reivindicación anima a millones.

Sin embargo, la descartamos utilizando este argumento:

> “A diferencia de demandas como la autodeterminación nacional, la igualdad de la mujer, la tierra a quien la trabaja, el sufragio universal o la oposición a la monarquía —que pueden resultar cruciales para movilizar a las masas detrás de las luchas del proletariado—, ***la asamblea constituyente no es una demanda democrática, sino un llamado por un nuevo gobierno capitalista***. Dado el carácter reaccionario de la burguesía, tanto en el mundo semicolonial como en los estados capitalistas avanzados, no puede haber un parlamento burgués revolucionario. Así, el llamado por una asamblea constituyente se contrapone a la perspectiva de la revolución permanente”.

Esto es una especie de racionalismo burgués. De la premisa correcta de que la burguesía es una clase reaccionaria desde el punto de vista histórico mundial, dedujimos el carácter contrarrevolucionario de la asamblea constituyente en todo momento. Es precisamente por el carácter reaccionario de la burguesía que corresponde a los comunistas ponerse a la cabeza de las aspiraciones democráticas de las masas para llevarlas a buen puerto. Mientras las masas miren al parlamentarismo burgués y vean en una asamblea constituyente la posibilidad de avanzar en sus aspiraciones, el deber de los revolucionarios es entrar en esta lucha y establecerse como los combatientes más consecuentes por la democracia, al tiempo que exponen ante las masas la bancarrota del parlamentarismo burgués y motivan la necesidad de un gobierno soviético. Rechazar el llamado por una asamblea constituyente es dejar la revolución democrática en manos de la burguesía, que utilizará los sentimientos democráticos de las masas para subordinarlos a sus propios intereses de clase. Como el Programa de Transición —el programa de la IV Internacional— explica:

> “No se trata de rechazar el programa democrático, sino de conseguir que, en su lucha, las masas lo desborden. La consigna de Asamblea Nacional (o Constituyente) mantiene toda su vigencia en países como China o la India. Esa consigna debe ligarse indisolublemente al problema de la independencia nacional o de la reforma agraria. Antes que nada, los obreros deben armarse de este programa democrático. Sólo ellos podrán organizar y unificar a los campesinos. Pero, sobre la base del programa democrático revolucionario, es necesario enfrentar a los obreros con la burguesía ‘nacional’. Al llegar a un cierto estadío en la movilización de las masas bajo las consignas de la democracia revolucionaria, pueden y deberían surgir los soviets”.

Pero los espartaquistas queríamos ir directamente a los soviets, ¡olvidando en el proceso la necesidad de unificar a



Archivo Histórico de la UNAM

Emiliano Zapata (sentado al centro, 1911) luchó por dar la tierra a los campesinos en la Revolución Mexicana. Los trotskistas decimos: ¡Culminar la obra de Zapata!

obreros y campesinos, y oponerlos a la burguesía nacional!

El argumento más fuerte contra nuestro rechazo a la consigna por una asamblea constituyente es la propia Revolución de Octubre de 1917. La lógica de nuestro argumento significa que los bolcheviques dirigieron la primera revolución obrera exitosa de la historia ***a pesar*** de llamar por la creación de "un nuevo gobierno capitalista". Tomamos la disolución de la asamblea constituyente por parte de los bolcheviques ***tras*** el establecimiento del poder soviético como "prueba" de que nunca debieron haber llamado por ella. De hecho, la reivindicación de la asamblea constituyente desempeñó un papel central en el ascenso de los bolcheviques al poder. Utilizaron este llamado para movilizar al campesinado y desenmascarar al Gobierno Provisional, que siempre trató de aplazar su convocatoria. Basta citar el primer punto de las "Tesis sobre la Asamblea Constituyente", escritas por Lenin en diciembre de 1917:



Vasquez/Anadolu

Lima, Perú, 12 de enero de 2023: manifestantes exigen una asamblea constituyente y la renuncia de la presidenta Boluarte. Los comunistas deben ponerse a la cabeza de las luchas democráticas contra la burguesía nacional.

> "Era completamente justo que la socialdemocracia revolucionaria incluyera en su programa la reivindicación de que se convocase la Asamblea Constituyente, porque, en una república burguesa, este organismo es la forma superior de la democracia y porque, al crear el Preparlamento, la república imperialista, con Kerenski a la cabeza, preparaba una farsa electoral, con una serie de infracciones de la democracia".

Sólo un formalista podría considerar que el llamado por una asamblea constituyente se contrapone a los soviets en todo lugar y momento. Más bien, la consigna por una asamblea constituyente es una cuña que hay que introducir entre las masas y sus falsos dirigentes para ganar a las primeras a la perspectiva del poder soviético. Los bolcheviques disolvieron la asamblea constituyente sólo después de establecido el poder soviético, es decir, sólo en el momento en que las masas habían superado el programa democrático en el transcurso de la lucha y cuando la asamblea se había convertido en un instrumento contrarrevolucionario.

El argumento central del artículo de *Spartacist* sobre la experiencia de China y el llamado por una asamblea constituyente es una recopilación de calumnias de diverso grado. Argumentamos que los escritos de Trotsky entre 1928 y 1932, cuando volvió a plantear la consigna por una asamblea constituyente, son "confusos y contradictorios", que Trotsky planteó de manera "equivocada" esta consigna, que "especuló bastante" y pasó "por alto los muchos ejemplos históricos en los cuales la burguesía y sus agentes reformistas utilizaron una asamblea electa como herramienta contra el proletariado insurgente". Trotsky planteó este llamado en China tras la derrota de la Revolución de 1925-1927, contra el curso sectario seguido por Stalin y la Internacional Comunista. Este llamado era crucial para restablecer la autoridad del Partido Comunista Chino (PCCh) entre las masas trabajadoras en el periodo de la dictadura militar contrarrevolucionaria del Guomindang. Trotsky no estaba "confundido". Sus escritos sobre la cuestión son clarísimos. De hecho, nuestra línea hacía eco de la Comintern de Stalin de 1928, que calificó este llamado de oportunista y se negó a plantearlo.

Esta conferencia reafirma que el llamado por una asamblea constituyente es principista. Por supuesto, muchos reformistas abusan de este llamado, utilizándolo para fortalecer las ilusiones en la democracia burguesa. Este llamado por sí solo no es revolucionario. Su utilización debe estar ligada a un programa revolucionario que aborde la emancipación nacional y la cuestión agraria de una manera que unifique a las masas y las contraponga a la burguesía.

La cuestión nacional y la opresión estalinista

La tendencia espartaquista se topó de frente con la cuestión nacional en la lucha contra la contrarrevolución capitalista en el bloque soviético, conforme los imperialistas se aprovechaban de la opresión de la burocracia de Moscú sobre las naciones no rusas para fomentar toda una gama de fuerzas en pro de la restauración capitalista. La LCI se destacó por su defensa incondicional de los estados obreros degenerado y deformados. Sin embargo, su propio programa socavó esta batalla al rechazar la lucha contra la opresión nacional como fuerza motriz de la revolución política proletaria, entregando esta arma a los imperialistas y sus agentes en el terreno. El ejemplo más temprano y claro de esto fue la lucha en la década de 1980 contra el movimiento contrarrevolucionario Solidarność en Polonia, que surgió y consolidó apoyo entre la clase obrera en gran medida sobre la base de la opresión nacional profundamente sentida por las masas bajo la dominación del Kremlin.

Polonia había sufrido siglos de opresión nacional antes de que el Ejército Soviético se instalara y creara un estado obrero desde arriba mediante la expropiación de la burguesía tras la Segunda Guerra Mundial. Ese derrocamiento social fue una gran victoria para los obreros polacos y soviéticos que había que defender incondicionalmente contra el imperialismo y la contrarrevolución. Sin embargo, como en Alemania Oriental y toda Europa Oriental, el estado obrero polaco nació burocráticamente deformado bajo el dominio de la burocracia estalinista rusa, que pro-

siguió la opresión nacional de Polonia bajo nuevas condiciones sociales. La razón de esto va directamente al núcleo del programa estalinista del "socialismo en un solo país". La revolución proletaria en un país, o incluso en varios países, abre el camino a una auténtica igualdad nacional y a la asimilación de las naciones. Pero esto sólo se logrará mediante la construcción y el desarrollo de un sistema económico socialista mundial que supere finalmente el problema de la escasez. Opuestos a la lucha por la revolución mundial, que es la única vía para alcanzar esa etapa, los regímenes estalinistas, desde Moscú hasta Beijing, defienden la posición privilegiada de la nación dominante en sus sociedades.



AP

Budapest, 2 de noviembre de 1956. La revolución política húngara, aplastada por las tropas soviéticas, se dio en parte contra la opresión de Hungría por Moscú.

Con la extensión del dominio estalinista de posguerra a Europa Oriental, ahora eran los "comunistas" los que pisoteaban a los polacos, los húngaros y otros. Desde el principio, los trotskistas necesitaban poner la lucha por los derechos nacionales y la democracia proletaria en el centro de su programa por el poder político de la clase obrera para defender las conquistas de la revolución social y extenderlas internacionalmente. Pero esto es precisamente lo que la LCI rechazó. En vez de usar el sentimiento de opresión nacional para motivar la necesidad de la revolución política, desechamos tales sentimientos como contrarrevolucionarios hasta la médula, caracterizando cualquier expresión de nacionalismo por parte de los oprimidos como antisemita, clerical, antimujer, pro nazi, etc. Esto estaba en total contradicción con las lecciones de Hungría en 1956, cuando una revolución política obrera en desarrollo tomó la forma de un levantamiento nacional contra el estalinismo.

Resumiendo la perspectiva de la LCI a la luz de la caída de la Unión Soviética, el documento de la Conferencia Internacional de 1992 afirmaba: "La descomposición del orden estalinista podía conducir ***a uno de dos caminos***: o a la revolución política proletaria o a la contrarrevolución capitalista, según la conciencia política coyuntural de la clase obrera—la fuerza relativa de las aspiraciones socialistas en contraste con las ilusiones democrático-burguesas y el nacionalismo antisoviético" (*Spartacist* No. 25, julio de 1993). Esta declaración tomó una verdad esencial sólo para proceder a presentar una contraposición completa entre la conciencia socialista y las aspiraciones nacional-democráticas. Cuando los contrarrevolucionarios polacos se lanzaron a la contienda por el poder en 1981, fue correcto que la tendencia espartaquista exigiera: ¡Alto a la contrarrevolución de Solidarność! La cuestión era cómo hacerlo.

Era necesario fusionar las aspiraciones socialistas de los obreros y la defensa de sus derechos nacionales contra los nacionalistas contrarrevolucionarios y los estalinistas. Para hacer que los obreros rompieran con Solidarność, los trotskistas necesitaban explicar que el programa de éste los entregaría directamente a la esclavitud imperialista, profundizando su opresión nacional, destruyendo las conquistas sociales resultantes del derrocamiento del capitalismo y destruyendo también la perspectiva de unir a los obreros polacos y rusos en una lucha común contra el mal gobierno estalinista. Los trotskistas necesitaban contraponer un programa revolucionario-internacionalista que vinculara la reivindicación de una república obrera polaca independiente con demandas por el derrocamiento de Jaruzelski y de los burócratas del Kremlin y la unificación de los obreros polacos y soviéticos en la lucha contra el imperialismo.

Al negarse a asumir la lucha contra la opresión nacional, la tendencia espartaquista no podía presentar nada parecido a esta perspectiva revolucionaria defensista. Todo lo que pudo ofrecer en cambio a las masas que resentían la dominación de Moscú fueron llamados vacuos a la "unidad histórica" de los obreros polacos y rusos, combinados con la confianza en la osificada casta burocrática del Kremlin para defender al estado obrero. Cuando los regímenes estalinistas polaco y soviético se movilizaron para detener a Solidarność, la tendencia espartaquista puso de cabeza el defensismo trotskista al declarar:

> "***Si los estalinistas del Kremlin, a su manera inevitablemente brutal y estúpida, intervienen militarmente para pararlo, nosotros apoyaremos esto***. Y asumimos de antemano la responsabilidad por esto; cualesquiera que sean las porquerías y atrocidades que cometerán, no vacilamos en defender el aplastamiento de la contrarrevolución de Solidaridad".
>
> —*¡Alto a la contrarrevolución de Solidarność!*, folleto en español de la TEI, 1981

Ésa fue una declaración de apoyo político a la burocracia estalinista, totalmente opuesta a la movilización de los obreros en la URSS y Polonia para arrebatar el poder político a los estalinistas, cuyo programa entero socavaba la defensa de ambos estados obreros.

Como justificación "teórica" de su capitulación ante el estalinismo sobre la cuestión nacional, la LCI declaró repetidamente que la autodeterminación y otras cuestiones democráticas estaban subordinadas a la defensa de los estados obreros, una "cuestión de clase". Sin duda, hay muchos ejemplos históricos de fuerzas respaldadas por el imperialismo que levantan la bandera nacional-democrática como punto de reunión para la contrarrevolución, como hicieron los mencheviques en Georgia durante la Guerra Civil Rusa. En tales casos, la defensa del estado obrero es la necesidad

primaria del momento, aunque eso no borra la realidad de la opresión nacional y la necesidad de combatirla. Sin embargo, la LCI abusó de esa historia para rechazar la lucha por los derechos democráticos y nacionales en los estados obreros en su totalidad. Esto iba en contra de la lucha de Lenin por eliminar cualquier rastro de chovinismo granruso en el estado obrero soviético. Fue en Georgia, poco después de la derrota de los mencheviques, donde Lenin libró su "última lucha" contra Stalin y sus secuaces, los cuales estaban pisoteando con saña los sentidos reclamos de los georgianos contra la opresión rusa. En lo que podría haber sido una polémica contra la LCI, Lenin escribió:

> "Es necesario distinguir entre el nacionalismo de una nación opresora y el nacionalismo de una nación oprimida, entre el nacionalismo de una nación grande y el nacionalismo de una nación pequeña...
>
> "El georgiano [Stalin] que trata con desdén este aspecto del problema, que hace despectivas acusaciones de 'socialnacionalismo' (cuando él mismo es no sólo un 'socialnacionalista' auténtico y verdadero, sino un burdo esbirro ruso), ese georgiano vulnera, en el fondo, los intereses de la solidaridad proletaria de clase, porque nada frena tanto el desarrollo y la consolidación de esta solidaridad como la injusticia en la esfera nacional y nada hace reaccionar con tanta sensibilidad a los representantes de otras naciones 'ofendidos' como el sentimiento de igualdad y la vulneración de esa igualdad por parte de sus camaradas proletarios, aunque sea por negligencia, aunque sea por gastar una broma. Por eso, en este caso, es preferible pecar por exceso que por defecto en el sentido de hacer concesiones y ser blandos con las minorías nacionales. Por eso, en este caso, el interés vital de la solidaridad proletaria y, por consiguiente, de la lucha proletaria de clase, requiere que jamás enfoquemos de manera formalista el problema nacional, sino que tomemos siempre en consideración la diferencia obligatoria en la actitud del proletario de la nación oprimida (o pequeña) ante la nación opresora (o grande)".
>
> —"Contribución al problema de las naciones o sobre la 'autonomización'" (diciembre de 1922)

En oposición a la lucha de Lenin, la lección que la LCI extrajo de la contrarrevolución fue empecinarse en la condena de toda expresión de sentimiento nacional en los estados obreros como contrarrevolucionaria. Éste fue el contexto del documento adoptado por el Comité Ejecutivo Internacional (CEI) en octubre de 1993 que repudia el llamado de Trotsky por la independencia de la Ucrania soviética (ver "Sobre el llamado de Trotsky por una Ucrania soviética independiente", *Spartacist* No. 26, junio de 1995). Trotsky planteó esto como un llamado urgente, conforme se acercaba la Segunda Guerra Mundial, con el objetivo de canalizar los justos sentimientos nacionales de las masas ucranianas, que sufrían una brutal opresión bajo la bota de Stalin, tanto hacia la revolución política en la Unión Soviética como hacia la revolución socialista en la parte occidental de Ucrania, entonces bajo dominio capitalista. Instó explícitamente a los bolcheviques-leninistas (trotskistas) a luchar por esta causa como algo necesario para defender y ampliar las conquistas de Octubre contra los hitlerianos y otros partidarios contrarrevolucionarios del nacionalismo ucraniano.

La LCI no quería tener nada que ver con esto. De manera evasiva, el documento del CEI formuló su rechazo al llamado de Trotsky en términos de una evaluación empírica de la situación en 1939. Sostiene, por ejemplo, que Trotsky "sobrestimó las actitudes antisoviéticas entre las masas ucranianas", mientras que los nacionalistas ucranianos pro nazis "nunca lograron ganar un apoyo de masas". También falsificó flagrantemente la posición de Trotsky, dando a entender que propugnaba una revolución política "limitada nacionalmente a Ucrania", mientras que, escribimos, dicha revolución "necesitaría extenderse ***desde el comienzo***, conduciendo a una lucha decisiva contra la burocracia estalinista a lo largo de la URSS". ¡Fue precisamente para promover la revolución política en la URSS y la revolución socialista en el Occidente que Trotsky exigió una Ucrania soviética independiente!

La sección final del documento deja claro que el propósito de sus argumentos tendenciosos era oponerse a ***todas*** las reivindicaciones por la autodeterminación dirigidas contra la opresión estalinista. Señala que los movimientos nacionales que estallaron en los últimos años de la Unión Soviética "desde el principio fueron organizados, promovidos y dirigidos por fuerzas abiertamente procapitalistas y proimperialistas" y eran percibidos "***universalmente*** como una forma de lograr la restauración del capitalismo y la integración al orden imperialista occidental". Pero es ***por esa razón*** que los trotskistas tenían el deber de librar una lucha comunista por los derechos nacionales de los pueblos de Europa Oriental y de las repúblicas constituyentes

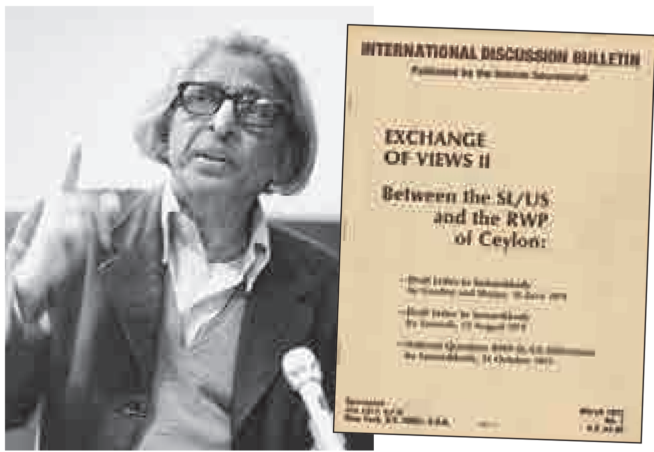


Ng Han Guan/AP



Elias/Reuters

Julio de 2009: la policía china (izquierda) se enfrenta a manifestantes uigures (derecha) en Urumqi, Xinjiang. La lucha contra el chovinismo han del PCCh será una palanca para la revolución política o será utilizada por los imperialistas para la contrarrevolución.



Spartacist

Edmund Samarakkody en nuestra primera conferencia internacional, 1979. Recuadro: Su carta de 1975 que aparece en el boletín hacía críticas clave de nuestro programa sobre la cuestión nacional y el imperialismo.

de la Unión Soviética, buscando que las masas rompieran con todas las fuerzas pro imperialistas y ganarlas a un programa proletario-internacionalista.

Es crucial que la LCI revierta su repudio al llamado de Trotsky por una Ucrania soviética independiente. No es cuestión del simple registro histórico. En China, los imperialistas han aprovechado durante mucho tiempo la opresión chovinista han del PCCh contra los tibetanos, los uigures y otros para promover el derrocamiento del estado obrero. El enfoque programático de Trotsky es urgentemente necesario para intervenir a fin de canalizar los reclamos nacionales de los tibetanos y los uigures, alejándolos de los reaccionarios y llevándolos hacia la poderosa corriente de oposición proletaria al dominio estalinista, defendiendo el derecho a la autodeterminación como palanca de la revolución política para defender y extender las conquistas de la Revolución de 1949.

Por otro lado, no basta con simplemente denunciar a los estalinistas como "nacionalistas", a la manera de nuestra vieja propaganda; es necesario señalar que sólo una dirigencia trotskista es capaz de unificar a la población mayoritaria con las minoritarias en la lucha común contra la opresión nacional, el estalinismo, la contrarrevolución y el imperialismo. Las masas chinas, igual que las de los demás estados obreros deformados que aún existen, están subyugadas económicamente por el imperialismo y se encuentran en su mira, y el nacionalismo es una reacción a esta opresión. En estas sociedades, los estalinistas se presentan como los defensores de la nación contra el imperialismo. Aunque la creación de estados obreros constituyó un paso cualitativo para sentar la base de la genuina liberación nacional, los estalinistas obstaculizan esta liberación a cada paso mediante su confianza en la "coexistencia pacífica" con el imperialismo. En suma, el estalinismo no es ningún programa para la liberación nacional.

* * *

A mediados de los años 70, Edmund Samarakkody, del Revolutionary Workers Party (RWP, Partido Obrero Revolucionario) de Sri Lanka, desafió a la tendencia espartaquista respecto a su programa sobre la cuestión nacional y el imperialismo. En cartas sustanciales, Samarakkody identificó correctamente deficiencias clave en nuestro programa, señalando nuestra negativa a reconocer la distinción entre naciones oprimidas y opresoras, nuestra afirmación de una "***identidad unilateral de intereses entre los imperialistas y la burguesía nativa***" y nuestra negación de que el imperialismo fuera el "enemigo principal de la clase obrera mundial". Su carta de 1975 explicaba:

> "***De la posición leninista-trotskista correcta de que la burguesía nacional es un agente del imperialismo, la SL [Spartacist League] saca la conclusión errónea de que no hay contradicción entre la burguesía nacional o tales gobernantes feudo-capitalistas y los imperialistas***. Así, la SL llega a la conclusión de que el agente del imperialismo —la burguesía nacional— en un país oprimido es el propio imperialismo, y que la única lucha en los países coloniales y semicoloniales es la lucha anticapitalista, que no hay lucha antiimperialista".
>
> —"Cuestión nacional: Diferencias entre el RWP y la SL/U.S.", 31 de octubre de 1975, *International Discussion Bulletin* No. 7 (marzo de 1977)

Las conclusiones políticas que Samarakkody sacó sobre Irlanda, Israel, Chipre o Quebec eran erróneas y teníamos otros desacuerdos con el RWP. Sin embargo, su crítica a nuestro método sobre esta cuestión era esencialmente correcta. Su desafío ofreció una oportunidad para que la tendencia espartaquista se reorientara fundamentalmente, pero en lugar de ello nos obstinamos en nuestro curso revisionista, privándonos de una fusión potencial con este grupo y aislándonos del mundo neocolonial mismo.

Este marco recibió su primer golpe únicamente con la lucha sobre la cuestión nacional en 2017 (ver *Spartacist* No. 40, septiembre de 2017). Esa lucha derribó décadas de propaganda chovinista sobre Quebec y otros lugares y planteó, por primera vez, la comprensión crucial de que la lucha por la liberación nacional es una fuerza motriz para la revolución. Pero el contenido político de la lucha de 2017 fue fundamentalmente defectuoso. En primer lugar, fue moldeado por la ilusión de que el dirigente histórico de nuestra tendencia, Jim Robertson, tenía un enfoque correcto de la cuestión nacional y, por ende, incluyó la defensa de muchas posiciones contrapuestas a la revolución permanente. En segundo lugar, no se puede hablar de "leninismo sobre la cuestión nacional" sin plantear la necesidad de una dirección comunista de la lucha por la liberación nacional. Y como esta cuestión no desempeñó ningún papel en la lucha de 2017, el viejo programa fue simplemente sustituido por una variante del liberalismo más favorable a las naciones oprimidas. Por último, y lo más importante, las discusiones que sacudieron al partido durante más de seis meses estaban totalmente divorciadas de todo lo que ocurría en el mundo en ese momento. Así, la VII Conferencia Internacional de la LCI no hizo nada para orientar al partido en sus intervenciones en el mundo.

La revisión de la revolución permanente por la tendencia espartaquista ha obstaculizado todo nuestro trabajo hacia los países oprimidos. Si hemos revisado y corregido tanto de nuestra historia, es porque se trata de una condición necesaria para luchar por la dirección revolucionaria en la mayor parte del mundo. Estamos desechando nuestra desgastada cuchilla sectaria y sustituyéndola con el afilado programa del leninismo. La tarea ahora es blandirlo. Como advirtió Trotsky:

> "En nuestra época imperialista, es prácticamente una ley que la organización 'revolucionaria' incapaz de penetrar en las colonias está destinada a vegetar miserablemente".
>
> —"Una lección reciente" (1938) ■



V.K. Bulla, sin crédito

Izquierda: delegados al II Congreso de la IC, julio de 1920. Derecha: miembros del Buró de Oriente en el IV Congreso, 1922.

En defensa del II y el IV Congresos de la Internacional Comunista

Lo que sigue es la sección final del documento sobre la revolución permanente adoptado por la Conferencia Internacional.

El objetivo central del II Congreso de la Internacional Comunista (Comintern o IC) de 1920 era profundizar y codificar la ruptura con la socialdemocracia, depurando las filas de la IC de adherentes políticos a la II Internacional, así como combatir las tendencias ultraizquierdistas en el movimiento comunista. Las cuestiones nacional y colonial fueron uno de los medios para avanzar en esta limpieza política. Las "Condiciones de admisión" a la Comintern, redactadas por Lenin, exigían:

> "Todo partido perteneciente a la III Internacional tiene el deber de denunciar implacablemente las proezas de 'sus' imperialistas en las colonias, de ***sostener, no con palabras sino con hechos, todo movimiento de emancipación en las colonias***, de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la metrópoli, de despertar en el corazón de los trabajadores del país sentimientos verdaderamente fraternales con respecto a la población trabajadora de las colonias y a las nacionalidades oprimidas y llevar a cabo entre las tropas metropolitanas una continua agitación contra toda opresión de los pueblos coloniales". [énfasis nuestro]

La "idea fundamental" de las "Tesis sobre los problemas nacional y colonial" del II Congreso, también redactadas por Lenin, era, como él mismo explicó al presentarlas, "la distinción entre naciones oprimidas y naciones opresoras. Nosotros subrayamos esta distinción, en oposición a la II Internacional y a la democracia burguesa". La Comintern veía en el mundo colonial y semicolonial, que comprende a la inmensa mayoría del género humano, una inmensa reserva de energía revolucionaria para la lucha contra la subyugación imperialista.

La segunda idea básica de las Tesis, explicaba Lenin, era que las relaciones mutuas entre los estados en el sistema político mundial estaban determinadas por la lucha entre un puñado de potencias imperialistas y el movimiento soviético impulsado por la Rusia revolucionaria. Así, la situación política internacional ponía la dictadura del proletariado en el orden del día ***tanto en el Oriente subyugado y económicamente atrasado*** como en el Occidente avanzado. Refiriéndose a los países más subdesarrollados de Oriente, Lenin afirmó enfáticamente:

> "El rasgo distintivo más importante de estos países es el dominio en ellos de las relaciones precapitalistas, por lo cual allí no cabe hablar siquiera de un movimiento puramente proletario. En tales países casi no hay proletariado industrial. ***No obstante, también en ellos hemos asumido y debemos asumir el papel de dirigentes***". [énfasis nuestro]

De hecho, el congreso estableció como tarea central de los comunistas en las naciones oprimidas la ***lucha por la dirección*** del movimiento de liberación nacional contra la burguesía nativa y la socialdemocracia pro imperialista. Las Tesis afirmaban que los partidos comunistas deben apoyar directamente el movimiento revolucionario en las naciones dependientes y las colonias, sin lo cual la lucha contra la opresión seguiría siendo "un rótulo embustero, como lo vemos en los partidos de la II Internacional". El documento subrayó la necesidad de luchar contra la influencia reaccionaria y medieval del clero y de las misiones cristianas, así como contra los movimientos panislámicos y panasiáticos que pretendían vincular la lucha por la liberación nacional al fortalecimiento de los nobles, los terratenientes y los clérigos locales y a los intereses de los diferentes imperialistas en competencia. Era necesario organizar a los campesinos y a todos los explotados en soviets allí donde fuera factible, "realizando una alianza estrechísima entre el proletariado comunista de la Europa Occidental y el movimiento revolucionario de los campesinos de Oriente, de los países coloniales y de los países atrasados en general".

Los comunistas de los países sometidos necesitaban edu-

car a las masas para que fueran conscientes de su tarea particular de luchar contra el movimiento democrático-burgués en su propia nación. Las Tesis postulaban:

> "La Internacional Comunista debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse a ella y tiene que mantener incondicionalmente la independencia del movimiento proletario incluso en sus formas más embrionarias".

En el "Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista" del II Congreso, Lenin proclamó:

> "El imperialismo mundial deberá caer cuando el empuje revolucionario de los obreros explotados y oprimidos de cada país, venciendo la resistencia de los elementos pequeñoburgueses y la influencia de la insignificante élite constituida por la aristocracia obrera [base social del reformismo], se funda con el embate revolucionario de centenares de millones de seres que hasta ahora habían permanecido al margen de la historia y eran considerados sólo objeto de ésta".

Las "Tesis generales sobre la cuestión de Oriente" del IV Congreso, celebrado en 1922, ampliaron y concretaron aún más las orientaciones generales establecidas en el II Congreso. Exponen el papel de las clases dominantes nativas como el principal obstáculo para la liberación nacional, porque tratan de utilizar las aspiraciones de las masas trabajadoras sólo para promover sus propios intereses como clases propietarias, buscando la conciliación con el imperialismo. En la medida en que la lucha adopte la forma de un movimiento revolucionario de masas, los gobernantes nativos se volverán contra él y buscarán la protección de sus amos imperialistas.

Las Tesis explican que el imperialismo, en su búsqueda de superganancias, frena el desarrollo de los países que somete, manteniendo el mayor tiempo posible las formas feudales y usureras de explotación de la fuerza de trabajo. Así, la lucha por liberar la tierra de las relaciones feudales adquiere el carácter de una batalla por la liberación nacional. Pero los nacionalistas burgueses, dada su dependencia del imperialismo y sus vínculos con los terratenientes, harán todo lo posible por diluir las consignas agrarias e impedir la irrupción revolucionaria masiva de los campesinos, es decir la revolución agraria. Las Tesis plantean la tarea: "Todas las fuerzas revolucionarias deben someter esta vacilación a una crítica sistemática y revelar la irresolución de los líderes burgueses de los movimientos nacionalistas" [nuestra traducción del alemán].

Sobre la base de la experiencia de la Revolución de Octubre, y en particular de los trabajos del III Congreso que promovió la consigna del frente único, el IV Congreso extendió esta táctica a todas las naciones oprimidas: el frente único antiimperialista. Las "Tesis generales sobre la cuestión de Oriente" explican:

> "La ***oportunidad*** de esa consigna está condicionada por la perspectiva de una lucha a largo plazo contra el imperialismo mundial, lucha que exige la movilización de todas las fuerzas revolucionarias. Esta lucha es mucho más necesaria desde el momento que las clases dirigentes autóctonas tienden a establecer compromisos con el capital extranjero y que esos compromisos afectan los intereses básicos de las masas populares. Así como la consigna del frente proletario único ha contribuido y contribuye todavía en Occidente a desenmascarar la traición cometida por los socialdemócratas contra los intereses del proletariado, así también la consigna del frente antiimperialista único contribuirá a desenmascarar las vacilaciones y las incertidumbres de los diversos grupos del nacionalismo burgués. Por otra parte, esa consigna ayudará al desarrollo de la voluntad revolucionaria y al esclarecimiento de la conciencia de clase de los trabajadores, incitándolos a luchar en primera fila, no solamente contra el imperialismo, sino también contra todo tipo de resabio feudal".



sin crédito

Zinóviev toma la palabra en el I Congreso de los Pueblos de Oriente, Bakú, 1920. Los bolcheviques lucharon por ganar a los combatientes anticoloniales al comunismo, rompiendo con las fuerzas socialdemócratas y nacionalistas.

La LCI siempre ha afirmado su adhesión a los cuatro primeros congresos de la Comintern como continuidad del leninismo, salvo al II y IV Congresos en cuanto a la revolución colonial. La base de nuestro rechazo de esas tesis es nuestra revisión de la revolución permanente de Trotsky. La crítica fundamental al II Congreso fue expuesta en las "Observaciones sobre la cuestión nacional y colonial" (publicadas en *Marxist Studies* No. 9, agosto de 2003) del camarada Robertson, que en 1998 argumentó:

> "En el II Congreso, los camaradas no consideraban que la cuestión colonial tuviera un componente obrero, y la Internacional Comunista se basaba en la ***centralidad proletaria***, por lo que parecía una gran contradicción. La posición que adoptaron a grandes rasgos —e insisto, de manera bastante vaga, debido a la falta de correlación— fue aplaudir las insurrecciones coloniales sobre la base de que debilitarían a las principales potencias imperialistas y, por lo tanto, en esa medida, ayudarían a la revolución proletaria... ***Pero no se extendió la experiencia del Imperio Zarista al mundo colonial*** por muy buenas razones: fuera de ese eslabón débil del Imperio Zarista [a la vez imperialista y semicolonial], hasta la Primera Guerra Mundial a duras penas había industria en los países coloniales". [énfasis nuestro; corchetes en el original]

Esto es una crítica ***socialdemócrata*** del II Congreso. Descartar las Tesis por "aplaudir las insurrecciones coloniales" no es sólo una distorsión del programa de la Comintern de primera época, es además un rechazo del papel de la liberación nacional como palanca fundamental de la revolución proletaria. Por ello, es una abdicación del combate por la dirección de dicha lucha. La "experiencia del Imperio Zarista", es decir, la experiencia de 1917, se refiere al ***núcleo fundamental*** de la revolución permanente, que no es otra cosa que la necesidad de la ***dirección comunista de la lucha democrática***, en primer lugar de la liberación nacional. Eso es ***precisamente*** lo que las Tesis del II y el IV Congresos plantearon como la tarea principal de los partidos

comunistas en las naciones subyugadas. Como mostramos anteriormente, Lenin planteó la necesidad de luchar por la dirección de la lucha antiimperialista incluso en países sin proletariado alguno. En efecto, la Comintern se basó no en una "centralidad proletaria" objetiva (la existencia de "una concentración proletaria viable", como dicen tantos artículos de la LCI), sino en la lucha por la ***dirección*** proletaria.

No es casual que, en el II Congreso, el centrista empedernido Giacinto Serrati enunciara, se puede decir al pie de la letra, la crítica espartaquista de las Tesis del II Congreso (y, de hecho, también de las del IV):

> "En general, las campañas de los grupos democrático-burgueses por la liberación nacional no son revolucionarias, incluso cuando recurren a métodos de insurrección. Se emprenden para beneficiar al imperialismo nacional naciente o para servir a los intereses de un competidor del antiguo amo imperialista del país... La verdadera liberación de los pueblos oprimidos sólo puede lograrse mediante la revolución proletaria y el orden soviético, no mediante la ayuda prestada por los comunistas, incluso indirectamente, a través de alianzas temporales, a los partidos burgueses denominados nacionalistas revolucionarios".

De hecho, la condena de Serrati a las Tesis enuncia fielmente la caricatura espartaquista de la revolución permanente: una fórmula aparentemente ortodoxa que en realidad ***contrapone*** la dictadura del proletariado a la liberación nacional y a toda lucha democrática, todo lo contrario del trotskismo.

¡Por el frente único antiimperialista!

Debido a que la tendencia espartaquista transformó la revolución permanente en su contrario, hasta ahora hemos sostenido que sólo fue sobre la base de la experiencia de la Revolución China de 1925-1927 que Trotsky "extendió" su teoría fuera de las fronteras del antiguo Imperio Zarista. El camarada Robertson, en sus observaciones citadas anteriormente, contrasta el libro de Trotsky *La revolución permanente*, cuyas diversas secciones fueron escritas entre 1928 y 1930, con las Tesis del II Congreso: "Creo" —declaró— "de hecho que no era posible en 1920 llegar a la posición que Trotsky fue capaz de plantear sólo después de la derrota de la Revolución China y escribiendo alrededor de 1930".

De hecho, el artículo "Los orígenes del trotskismo chino" (*Spartacist* No. 28, enero de 1998) establece una continuidad —aunque parcial— entre el estalinismo y las "Tesis generales sobre la cuestión de Oriente": "Por supuesto, había una gran distancia y por consiguiente una larga caída desde estos impulsos oportunistas expresados en el IV Congreso de la Comintern revolucionaria a la catastrófica traición abierta que fue llevada a cabo ulteriormente en China por Stalin y Bujarin". La posición histórica del espartaquismo puso el mundo al revés: ¡la revolución permanente de Trotsky estaba ausente de la Comintern de primera época, mientras que la traición estalinista estaba ya en embrión en el IV Congreso!

Contra las Tesis del IV Congreso, nuestro artículo argumentó:

> "Las Tesis estaban sometiendo a discusión un llamado por un bloque ***político*** con el nacionalismo burgués alrededor de un programa mínimo de demandas democráticas. De manera implícita, formulaban un programa menchevique, en dos etapas, para la revolución colonial, la primera etapa siendo una lucha democrática contra el imperialismo ('el frente antiimperialista único')".

La "prueba" de esta "desviación menchevique" era, según *Spartacist*, la siguiente frase de las Tesis:

> "El proletariado apoya y levanta reivindicaciones parciales, como por ejemplo la república democrática independiente, el otorgamiento de derechos de que están privadas las mujeres, etc., en tanto que la correlación de fuerzas existente en la actualidad no le permita plantear la realización de su programa sovietista".

De hecho, el pasaje anterior está directamente precedido por estas dos oraciones que insisten en la necesidad de la independencia de clase:

> "El movimiento obrero de los países coloniales y semicoloniales debe, ante todo, conquistar una posición de ***factor revolucionario autónomo*** en el frente antiimperialista común. Sólo si se le reconoce esta importancia autónoma y ***si conserva su plena independencia política***, los acuerdos temporarios con la democracia burguesa son admisibles y hasta indispensables". [énfasis nuestro]

No importa cuántas cláusulas contengan las Tesis del II y el IV Congresos para insistir en la necesidad de la independencia de clase proletaria, la noción misma de que los comunistas se comprometan en la lucha democrática —en alianzas temporales con fuerzas nacionalistas para disputarles la dirección de las masas trabajadoras— representaba, a juicio de los espartaquistas, un desvío de "la cuestión de clase", es decir, un mero ardid menchevique.

Como se desprende de las "Tesis generales sobre la cuestión de Oriente", en la medida en que la burguesía nacional mantenga su hegemonía en la lucha de liberación nacional, es necesario que los comunistas traten de llegar a acuerdos temporales con ella —frentes únicos antiimperialistas— para desenmascarar, en la lucha misma, las vacilaciones y capitulaciones de la burguesía nacional. Ésta es la única manera de abrir una brecha entre la clase obrera y las masas campesinas, por un lado, y la burguesía neocolonial, por otro, y demostrar que los trotskistas no sólo son los mejo-



Embajada rusa en Türkiye

Marzo de 1922: el embajador soviético en Türkiye y Mustafa Kemal Atatürk (centro) durante la guerra de liberación. La Unión Soviética apoyó la lucha de Türkiye por la independencia contra los imperialistas y sus lacayos griegos.



Bicanski/Getty

Atenas, junio de 2015: miles de personas protestan en vísperas del referéndum sobre el plan hambreador de la UE. El frente único antiimperialista era necesario para desenmascarar a Syriza, que se vendió a los imperialistas a pesar del voto masivo por el "no".

res, sino los ***únicos*** combatientes consecuentes por la liberación nacional.

A diferencia de la Comintern, cuyo programa consistía en desafiar a las direcciones burguesas y reformistas de las luchas democráticas para agrupar a las masas tras la bandera comunista, el programa de la LCI ha sido denunciar el nacionalismo burgués en los países oprimidos como simplemente reaccionario. Indudablemente, los grupos de izquierda de todas las denominaciones han traicionado la lucha por la dictadura proletaria en nombre del frente único antiimperialista al subordinar a las masas trabajadoras a la burguesía. Pero el rechazo sectario de la LCI a esta táctica no contribuye en nada a desenmascarar a la burguesía ante los obreros y los campesinos. De hecho, consolida aún más la subordinación de las masas a la burguesía al mostrar que los "comunistas" son totalmente insensibles a la emancipación nacional, la reforma agraria y otras cuestiones democráticas.

Las Tesis de 1922 polemizan directamente contra el programa y el método de la LCI:

> "La negativa de los comunistas de las colonias a participar en la lucha contra la opresión imperialista bajo el pretexto de la 'defensa' exclusiva de los intereses de clase es la consecuencia de un oportunismo de la peor especie que no puede sino desacreditar a la revolución proletaria en Oriente".

Ésta es precisamente la justificación que utilizamos para denigrar las luchas por la liberación nacional de Quebec, Grecia, México, etc. La principal diferencia con la cita anterior es que en la mayoría de los casos estábamos sermoneando a las masas oprimidas del mundo neocolonial ***desde los países imperialistas***.

El frente único antiimperialista era esencial entonces, y lo sigue siendo hoy, en todos los países donde la lucha de liberación nacional está en manos de la burguesía. Para que los comunistas sean capaces de romper el control burgués de la lucha, es necesario ganar influencia decisiva entre el proletariado, el campesinado y las capas bajas de la pequeña burguesía urbana. Y para ello es necesario no permanecer suspendidos en el aire, como críticos inmaculados al margen de la lucha, sino situarse en medio del campo de batalla. Debemos ganar influencia y prestigio en la lucha nacional y democrática contra la dominación extranjera, y esto sólo puede hacerse exponiendo ante las masas las debilidades, deficiencias y traiciones de la burguesía nacional. Ése es el objetivo del frente único antiimperialista: ganar a las masas, preparar el terreno para el inevitable conflicto abierto con la burguesía nacional en la lucha contra el imperialismo mundial.

Trotsky contra la LCI sobre la "dictadura democrática" de Lenin

De 1905 a 1917 hubo una ***identidad esencial*** entre la revolución permanente de Trotsky y la línea estratégica de Lenin expresada en la fórmula de la "dictadura democrática del proletariado y el campesinado", dado que ambos veían en las tareas democráticas pendientes, principalmente la revolución agraria, la fuerza motriz de la futura revolución rusa. Contra los mencheviques, ambos reconocían el carácter absolutamente reaccionario de la burguesía liberal, siempre presta a llegar a un acuerdo con el zarismo. Y ambos llegaron a la misma conclusión revolucionaria: la necesidad de una dirección proletaria de la lucha democrática, a la cabeza del campesinado, en oposición a la burguesía liberal. Además, ambos sostenían que era necesaria una dictadura de obreros y campesinos como agente de la revolución democrático-burguesa. Por estas razones, sus líneas estratégicas convergieron.

La diferencia radicaba en que Trotsky, analizando la posición de clase del campesinado como componente de la heterogénea pequeña burguesía, sostenía que éste era incapaz de desempeñar un papel revolucionario independiente: sólo podía seguir al proletariado o a la burguesía. Lenin, aunque siempre explicó el papel revolucionario único del proletariado, dejó la puerta abierta a la ***posibilidad*** del desarrollo de un partido campesino independiente respecto tanto al proletariado como a la burguesía. Por lo tanto, se negó a establecer *a priori* las formas concretas que adoptaría la necesaria alianza de obreros y campesinos, las formas concretas de las instituciones de gobierno resultantes de la revolución llevada a cabo por estas dos clases. Ésa es la única distinción entre la fórmula de Trotsky, la dictadura del proletariado apoyada por el campesinado, y la fórmula ***algebraica*** de Lenin.

Como el propio Trotsky explicó retrospectivamente en *La revolución permanente*, ambas fórmulas eran ***prognosis*** que requerían verificación histórica. Se trataba de una diferencia de matices dentro de la tendencia revolucionaria del marxismo ruso. La irrupción del proceso revolucionario en febrero de 1917 resolvió la ecuación de ***una vez por todas***, revelando a Lenin la dinámica de clases real. La fórmula algebraica había quedado superada. Para hacer avanzar los intereses de obreros y campesinos, era necesario sustituir el álgebra con la aritmética. "¡Ningún apoyo al gobierno provisional!", "¡Todo el poder a los soviets!" y "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" se convirtieron en las consignas de la lucha por la dictadura del proletariado, apoyada por el campesinado.

La fórmula de Lenin no era un dogma, sino un llamado a la acción: la alianza revolucionaria de obreros y campesinos para la lucha sin cuartel no sólo contra la autocracia y la nobleza terrateniente, sino contra la propia burguesía liberal; la necesidad de una dictadura de las clases revolucionarias surgida de la insurrección victoriosa. La línea estratégica de Lenin no puede separarse de su lucha por construir el Partido Bolchevique, el partido más revolucionario de la historia. La ***verdadera*** diferencia programática entre Lenin y Trotsky no era sobre las perspectivas de la revolución rusa, sino precisamente sobre la cuestión del partido, sobre la unidad con el oportunismo. Aunque la prognosis de Trotsky era ciertamente brillante, pasó años intentando reunificar a bolcheviques y mencheviques. Una vez que comprendió este problema, en palabras de Lenin, no hubo mejor bolchevique que Trotsky.

La lucha de Lenin dentro del Partido Bolchevique, codificada en sus Tesis de Abril y sus "Cartas sobre táctica" de 1917, por rearmar al partido abandonando la fórmula algebraica como ***obsoleta***, fluyó de la ***propia*** línea estratégica de Lenin, y ***no*** de un repudio de la misma. El reavivamiento de la consigna de la "dictadura democrática" por parte de los estalinistas, desenterrándola del "archivo de las curiosidades 'bolcheviques' prerrevolucionarias" al que Lenin la había consignado en 1917, fue diseñado para encubrir su subordinación del Partido Comunista de China al Kuomintang burgués. La traición estalinista de la Revolución China de 1925-1927 fue ***exactamente lo opuesto*** a la línea estratégica de Lenin: fue ***menchevismo*** químicamente puro.



Ivan Simakov

Póster soviético de 1922: ¡Viva el V Aniversario de la Gran Revolución Proletaria! IV Congreso de la Internacional Comunista. En la bandera: ¡Proletarios de todos los países, uníos!



L.Y. Leonidov

Lenin y Trotsky, artífices de la Revolución de Octubre, en el segundo aniversario de ésta en la Plaza Roja.

En contradicción explícita con todo lo que Lenin y Trotsky escribieron sobre el tema, nuestra Declaración de principios internacional afirma que la "dictadura democrática del proletariado y el campesinado" de Lenin era "una consigna errónea que proyectaba un estado que defendiera los intereses de dos clases distintas", y se lamenta de que el Partido Bolchevique no la "repudiara explícitamente" (*Spartacist* No. 29, agosto de 1998). Esto es de nuevo una denuncia socialdemócrata de Lenin que renuncia a la alianza entre obreros y campesinos, y de hecho renuncia al gobierno soviético de primera época que la encarnó. Como tal, equivale a transformar el ***propio Octubre*** en una caricatura.

Nuestra contraposición de Lenin y Trotsky antes de 1917 ***sólo*** puede sostenerse sobre una perversión de la revolución permanente que transforma el trotskismo en las divagaciones socialdemócratas de un Serrati o un Levi mediante el rechazo de la centralidad de la lucha democrática. Tales son las implicaciones reaccionarias de nuestra línea. La palanca fundamental de Octubre fue ante todo la ***cuestión agraria***. El gobierno soviético de primera época ***sí defendió***, de hecho, los intereses de los obreros y los campesinos, desencadenando la guerra campesina bajo la dirección del proletariado. Sin la defensa de los intereses del campesinado, la dictadura no habría durado ni un solo día. Como advirtió Trotsky en *La revolución permanente*: "hay que tomar a Lenin a lo Lenin, y no a la manera de los epígonos". Refiriéndose a la "dictadura democrática", Trotsky subrayó:

> "La consigna bolchevista se realizó efectivamente, no en el sentido de indicación morfológica, sino en el de una magna realidad histórica. Pero se realizó ***no antes, sino después de Octubre***. La guerra campesina, según la expresión de Marx, sirvió de punto de apoyo a la dictadura del proletariado. La colaboración de las dos clases se efectuó en una escala gigantesca gracias a la Revolución de Octubre. Entonces, el campesino más ignorante comprendió y sintió, aun sin los comentarios de Lenin, que la consigna bolchevista había encarnado en la realidad. Y el propio Lenin juzgó la Revolución de Octubre —su primera etapa— como la ***verdadera*** realización de la revolución democrática, y, por lo mismo, como la encarnación, aunque modificada, de la consigna estratégica del bolchevismo".■

— Sólo muerte y derrota con Hamás —

Un camino revolucionario para la liberación palestina

El siguiente artículo fue publicado originalmente como suplemento de Spartacist *el 10 de octubre de 2023.*

Aclaremos dos cosas. Primera, los palestinos enfrentan una opresión nacional brutal y asesinatos indiscriminados por parte del estado de Israel; tienen todo el derecho a defenderse, incluso mediante la fuerza. En segundo lugar, el asesinato deliberado de civiles israelíes por Hamás y sus aliados es un crimen despreciable, totalmente contraproducente para la liberación palestina. Con Gaza enfrentando ahora la inanición y el asesinato en masa a manos de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI), el movimiento obrero internacional debe oponerse urgentemente a este ataque. Pero para avanzar y triunfar, la lucha por la liberación palestina necesita un camino totalmente diferente de todo lo que se le ofrece, ya sea islamismo o nacionalismo secular. Lo que se necesita no son sentimientos baratos de empatía por parte de toda una banda de liberales de izquierda y falsos socialistas, sino un camino revolucionario para la liberación palestina.

Cómo derrotar al estado sionista

Para derrotar al enemigo, hay que explotar sus debilidades y neutralizar sus puntos fuertes. La fortaleza del estado de Israel proviene del hecho de que los millones de judíos que viven dentro de sus fronteras lo ven como la única forma de defenderse en una región hostil. Mientras esto sea así, los israelíes lucharán hasta la muerte para defender al estado sionista. Todo esto era parte del plan desde que el imperialismo británico decidió apoyar el proyecto sionista. Hoy, Estados Unidos e Israel aseguran sus intereses en el Medio Oriente violando los derechos nacionales del pueblo palestino y fomentando un estado permanente de hostilidad entre judíos y musulmanes. La combinación de una población militarizada y el respaldo imperialista le confiere al estado israelí su fuerza y una apariencia de invencibilidad.

Sin embargo, esta estructura es frágil y sólo se mantiene gracias a una mentalidad de asedio fomentada por la clase dominante. El punto débil es precisamente que es un estado teocrático militarizado gobernado por una camarilla cada vez más extrema de fanáticos corruptos. Los trabajadores israelíes se enfrentan a la conscripción, la regimentación religiosa y brutales condiciones de trabajo y de vida. La resistencia a cualquiera de ellas es tachada de traición a los judíos. Esta situación crea profundas fisuras raciales, sociales y políticas en Israel, que deben ser explotadas para destruir el estado sionista y liberar a los palestinos.

La estrategia de *yihad* de Hamás no hace nada de esto y sólo acentúa los puntos fuertes de Israel. Al atacar a civiles, sólo han conseguido movilizar a todos los israelíes detrás del odiado gobierno de Netanyahu, garantizando que toda la sociedad esté unida detrás de la sangrienta respuesta militar contra Gaza. Una confrontación militar en estas condiciones traerá derrota y muertes inconmensurables al pueblo palestino. No puede haber victoria sin romper el vínculo entre el pueblo trabajador judío y sus gobernantes, y esto no puede hacerse sin reconocer el derecho democrático del pueblo judío israelí a vivir como una nación en Israel/Palestina.

Los islamistas y los nacionalistas palestinos están siempre atrapados entre dirigir su lucha contra todo el pueblo judío en Israel o aceptar la convivencia con el estado sionista. Ambos son callejones sin salida. La clave es meter una cuña entre el pueblo israelí y el estado teocrático. Esto sólo puede hacerse con una estrategia militar y política marxista, basada en el entendimiento de que los conflictos nacionales y de clase, que se encuentran interrelacionados, no pueden resolverse dentro de los límites de la propiedad privada. Sólo desde este punto de partida es posible elaborar un programa que corresponda a los intereses tanto de los palestinos como de la clase obrera israelí.

Tomemos la cuestión de la tierra: los palestinos quieren, con razón, una restitución por el crimen histórico que sufrieron. Dentro de las estructuras sociales existentes, esto es imposible de conciliar con el derecho del pueblo judío a conservar la tierra en la que, en muchos casos, han vivido durante generaciones. Pero Israel, como todas las sociedades capitalistas, es extremadamente desigual. La mayor parte de la tierra y la propiedad está controlada por una pequeña fracción de la población, mientras que la mayoría lucha por sobrevivir. Si se expropia a esta capa parasitaria, es posible empezar a hacer justicia a los palestinos y mejorar las condiciones de los trabajadores judíos.

En el plano militar, es necesario ejercer la máxima presión sobre las FDI para mostrar a la sociedad israelí que la opresión palestina tiene un costo insoportable. El lanzamiento indiscriminado de cohetes sobre ciudades israelíes sólo aumenta la disposición de las tropas a luchar. Por el contrario, se debe movilizar a toda la población palestina para oponerse a cada centímetro de invasión territorial y romper el asedio a Gaza y Cisjordania.

Pero la resistencia armada por sí sola no puede traer la victoria; debe combinarse con una perspectiva de lucha de clases dentro de Israel. Esto requiere luchas por la liberación económica de los obreros, contra la discriminación racial de los árabes y los judíos no blancos, y por la separación de la religión y el estado. Todo ello ***debe*** estar vinculado a destruir el principal obstáculo que se interpone en el camino de cualquier progreso social: la opresión de los palestinos por parte de Israel. La tarea fundamental de los revolucionarios en Israel es precisamente luchar para que el movimiento obrero asuma la causa de la liberación palestina, en combate contra los dirigentes obreros sionistas.

De manera crucial, la lucha de clases en las ciudades también debe llevarse al interior del ejército israelí, con la

sigue en la página 70

Revolución permanente y liberación de la mujer



L.G. Brodaty

Cartel soviético de 1918: "Obreras — ¡Tomen sus fusiles!".

Lo siguiente está basado en un documento de la camarada Kaur, adoptado por la VIII Conferencia Internacional.

La agudeza de la opresión de la mujer en las neocolonias es el resultado del desarrollo capitalista tardío causado por la subyugación imperialista. Esto conduce a la persistencia de prácticas precapitalistas socialmente atrasadas y a su integración en la vida moderna —por ejemplo: la *burka* en el Islam, la dote en muchas culturas del sur de Asia, la *lobola* [precio de la novia] en el sur de África y la mutilación genital femenina—. Dado que el imperialismo frena el desarrollo social, es el responsable en última instancia de que se conserven estas prácticas. La opresión de la mujer y la opresión nacional tienen, por tanto, una base material común. Con ello, la lucha por la liberación de la mujer en los países neocoloniales es inseparable de la lucha por la liberación nacional; ambas deben esgrimirse juntas para luchar por la revolución social.



Hay muchas fuerzas "antiimperialistas" en las neocolonias que dicen luchar por la liberación nacional, pero que en realidad la socavan a cada paso. Los marxistas deben oponerse a dichas fuerzas y demostrar que lo que éstas ofrecen a las mujeres es totalmente reaccionario. Luchamos por vincular la lucha contra la opresión de la mujer a la lucha de clases contra el imperialismo y la burguesía nacional. En concordancia con las "Tesis generales sobre la cuestión de Oriente" de la Comintern de 1922, luchamos por una dirección comunista:

> "...únicamente una línea revolucionaria consecuente, basada en la participación de las grandes masas en la lucha activa y la ruptura sin reservas con todos los partidarios de la colaboración con el imperialismo puede conducir a las masas oprimidas a la victoria".

Esta perspectiva se opone completamente a la Declaración de principios internacional de la LCI, que afirma:

> "En los países de desarrollo capitalista tardío, la aguda opresión y degradación de la mujer está profundamente arraigada en la 'tradición' precapitalista y el oscurantismo religioso. En estos países la lucha contra la opresión de la mujer es, ***por tanto***, una fuerza motriz para la lucha revolucionaria". [énfasis añadido]

Esto es liberal por dos razones. Para empezar, es una revisión del marxismo al decir que es debido a la agudeza de la opresión en los países neocoloniales que el combate contra la opresión de la mujer es una fuerza motriz de la lucha revolucionaria. Esto es erróneo. La opresión de la mujer está fundamentalmente arraigada en la propiedad privada y es una fuerza motriz para la revolución en ***todas partes***.

Al decir que es una fuerza motriz sólo en los países dependientes, la LCI hizo una distinción fundamental entre la opresión de la mujer en Oriente y en Occidente. Embellecimos la opresión de la mujer en Occidente, al desaparecer el papel de la religión en ésta, y capitulamos ante las feministas liberales occidentales quienes ven con desdén el atraso de Oriente y para quienes el pináculo de la liberación de la mujer es la democracia burguesa en las sociedades capitalistas avanzadas. Nuestra posición definía las tareas de los comunistas como la lucha por elevar las condiciones de las mujeres de Oriente al nivel de las de Occidente y nos alineaba objetivamente con las fuerzas "progresistas" que predican la ilustración en todo el Tercer Mundo para salvar a las "pobres mujeres" —¡la línea de las feministas de la CIA para justificar las intervenciones imperialistas en Afganistán!—. Este marco sustituyó la lucha de clases como la fuente del progreso social con medios no proletarios, ajustándose a las misiones civilizadoras de las ONGs financiadas directamente por los gobiernos imperialistas y alineadas políticamente con sus prioridades.

En segundo lugar, ***es cierto*** que la opresión de la mujer en los países neocoloniales es más aguda y se justifica con la religión y la tradición. Sin embargo, como ya se ha dicho, el saqueo imperialista de los países dependientes es la razón



Touring Club Italiano/Getty



Paul Kagame

La "misión civilizadora" imperialista, antes y ahora: misionero trabajando en la Basutolandia colonial, hoy Lesoto (izquierda); el primer ministro canadiense Trudeau predica en un "desayuno de trabajo de alto nivel sobre igualdad de género" en la Cumbre de la Unión Africana de 2020.

central de su subdesarrollo y de la persistencia del "atraso". Al insistir en que está "profundamente arraigada en la 'tradición' precapitalista", la Declaración de principios desaparece la base material de la opresión de la mujer en Oriente, convirtiendo la lucha por la liberación de la mujer en una lucha acerca de ideas, y ***no*** sobre las relaciones sociales y las condiciones materiales que las originan. Se trata de una perversión idealista del marxismo que desaparece la línea de clase. Como escribió Lenin:

> "Debemos luchar contra la religión. Esto es el abecé de ***todo*** el materialismo y, por tanto, del marxismo. Pero el marxismo no es un materialismo que se detiene en el abecé. El marxismo va más allá. Afirma: hay que ***saber*** luchar contra la religión, y para ello es necesario explicar ***desde el punto de vista materialista*** los orígenes de la fe y de la religión entre las masas. La lucha contra la religión no puede limitarse ni reducirse a una prédica ideológica abstracta; hay que vincular esta lucha a la actividad práctica concreta del movimiento de clases, que tiende a eliminar las raíces sociales de la religión".
>
> —"Actitud del partido obrero ante la religión" (mayo de 1909)

La prédica liberal imperialista alimenta a las fuerzas reaccionarias que, bajo el pretexto de oponerse al imperialismo, atan cada vez más a los oprimidos a la "tradición". Por ejemplo, en respuesta a la oposición liberal a un proyecto de ley que otorgaba más poder a los jefes tribales, el ex presidente de Sudáfrica Jacob Zuma replicó: "Resolvamos los problemas africanos a la manera africana, no a la manera del hombre blanco" (citado en *Spartacist South Africa* No. 9, invierno de 2013). Es comprensible que amplias masas sudafricanas se opongan a la propaganda civilizadora liberal de sus opresores históricos. El eco de dicha propaganda por parte de la LCI no presenta ningún reto a quienes, como Zuma, se proclaman defensores de la nación.

Además, hacer que la liberación de la mujer se centre en la lucha contra la religión y la tradición divide a la clase obrera y las masas rurales en función de quién tiene mejores o peores ideas, en lugar de unirlas en la lucha contra el imperialismo y sus agentes, la única forma de erradicar la base material de los remanentes precapitalistas. Para entender la mecánica divisionista de la prédica liberal, podemos recurrir a lo que Lenin señaló sobre la lucha de Bismarck contra el partido católico alemán:

> "Lo único que consiguió Bismarck con esta lucha fue ***fortalecer*** el clericalismo belicoso de los católicos y perjudicar a la causa de la verdadera cultura, ***pues colocó en primer plano las divisiones religiosas en lugar de las divisiones políticas***, distrayendo así la atención de algunos sectores de la clase obrera y de la democracia de las tareas esenciales de la lucha de clase y revolucionaria para orientarlos hacia el anticlericalismo más superficial y falaz al estilo burgués". [segundo énfasis añadido]
>
> —*Íbid.*

La aplicación de la revolución permanente a la liberación de la mujer no significa otra cosa que luchar contra el imperialismo y por la hegemonía de la bandera comunista, en oposición a las feministas liberales, los nacionalistas burgueses y sus diversas colas de izquierda. Nuestra tarea es exponer que todas estas fuerzas socavan y obstruyen a cada paso la lucha contra el imperialismo y, al hacerlo, perpetúan la degradación de la mujer. En el espíritu de la carta de Trotsky a los revolucionarios sudafricanos ("Sobre las tesis sudafricanas", 20 de abril de 1935), nuestro programa para la liberación de la mujer en los países dependientes insiste:

1) Las cuestiones nacional y de la mujer coinciden en su base y, por lo tanto, requieren una lucha contra el imperialismo y sus agentes.
2) Ambas cuestiones sólo pueden resolverse de manera revolucionaria, mediante métodos de lucha de clases en oposición a la prédica liberal que engendra la reacción.
3) La lucha contra la opresión de la mujer debe desembocar en la dictadura del proletariado, apoyada por las masas campesinas.■



Puerto Rico: ¡Por la independencia y el socialismo!

Lo que sigue está basado en una moción de la camarada Maxine adoptada en la Conferencia Internacional.

Desde las protestas masivas contra la implementación de PROMESA [ley que impone la junta colonialista de supervisión financiera] por parte de los imperialistas estadounidenses, hasta la lucha contra la privatización de la electricidad y el agua, los devastadores huracanes, la pandemia y el resurgimiento del movimiento independentista, las masas puertorriqueñas necesitan urgentemente una dirección comunista armada con un programa antiimperialista y comprometida con la lucha por la independencia y el socialismo.

Sin embargo, el programa de la LCI desde 1993 ha rechazado la lucha misma por la independencia de Puerto Rico. El camarada Jim Robertson expuso la justificación de esta línea en una presentación de 1998:

> "Ya que queremos combatir el chovinismo racial en EE.UU. y el nacionalismo en la isla, recomendamos fuertemente la independencia, pero lo hacemos conscientes de que la población es profundamente ambivalente. Por lo tanto, nuestra idea central es el ***derecho*** a la autodeterminación. Aunque aquí [en EE.UU.] ciertamente tenemos una posición por la autodeterminación, en Puerto Rico debería ser la lucha por el poder obrero. Los obreros victoriosos deben decidir cómo ejercer su autodeterminación obrera dependiendo de las circunstancias en el mundo y en el Caribe en ese momento".
>
> —Citado en "La batalla contra la hidra chovinista", *Spartacist* No. 40, septiembre de 2017

San Juan: puertorriqueños celebran la renuncia del títere estadounidense Rosselló como gobernador, en julio de 2019, y exigen que se lleve consigo a los supervisores de la austeridad.

Foto: Garcia/Bloomberg

Aclaremos una cosa. La clase obrera y las masas oprimidas puertorriqueñas quieren la independencia, pero ***no*** quieren empobrecerse. Por eso las masas boricuas no votan a favor de la independencia; no porque sean "ambivalentes" respecto a la independencia, sino porque ven, con razón, el llamado nacionalista a la independencia bajo el capitalismo como una mayor pauperización económica bajo los mismos amos. En lugar de dar una respuesta a este temor real, lo usamos como

excusa para abandonar la lucha por la independencia.

Los comunistas defendemos la independencia de Puerto Rico porque es una colonia oprimida y estamos contra la opresión nacional, no porque nuestro punto de partida sea "combatir el chovinismo racial en EE.UU. y el nacionalismo en la isla". La octava condición de las "Condiciones de admisión de los partidos en la Internacional Comunista" dice:

> "Los partidos de los países cuya burguesía posee colonias u oprime a otras naciones deben tener una línea de conducta particularmente clara. Todo partido perteneciente a la III Internacional tiene el deber de denunciar implacablemente las proezas de 'sus' imperialistas en las colonias, de sostener, no con palabras sino con hechos, todo movimiento de emancipación en las colonias, de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la metrópoli, de despertar en el corazón de los trabajadores del país sentimientos verdaderamente fraternales con respecto a la población trabajadora de las colonias y a las nacionalidades oprimidas y llevar a cabo entre las tropas metropolitanas una continua agitación contra toda opresión de los pueblos coloniales".

El documento de la Conferencia Internacional de la LCI de 2017 corrigió el rechazo a la independencia de Puerto Rico en nuestra prensa y reivindicó la lucha por la independencia como una fuerza motriz para la revolución. Al mismo tiempo, afirmaba que la formulación del camarada Robertson citada arriba "codifica a la vez nuestra posición anticolonial...y nuestra perspectiva por la revolución permanente aplicada a Puerto Rico".

Esto fue tanto una ofuscación centrista como una deformación de la revolución permanente. Aunque la presentación de Robertson afirma que "recomendamos...la independencia", no propugna ***luchar*** por la independencia. Uno de nuestros argumentos clave ha sido que "como leninistas no procuramos imponerles nuestro punto de vista [a los puertorriqueños] al insistir en que se separen", y por tanto "enfatizamos...el derecho a la autodeterminación". Esto establece falsamente el "sentimiento de la población" como la base sobre la cual intervenir en el movimiento obrero puertorriqueño en vez de la oposición principista a la opresión imperialista.

El informe de Robertson de 1998 no es una aplicación de la revolución permanente. Sostiene que, a diferencia de EE.UU., donde insistimos en la autodeterminación de Puerto Rico, en la propia isla debemos insistir en el "poder obrero". Esto contrapone la tarea democrática a la necesidad de la revolución socialista cuando ambas luchas están entrelazadas. Combinar la lucha por la emancipación nacional y la lucha por el socialismo es la única manera de plantear la revolución permanente para Puerto Rico. También es la única manera de romper el chantaje imperialista que amenaza con una devastación aún mayor si Puerto Rico lograra la independencia. Por el contrario, separar ambas luchas traiciona las aspiraciones nacionales de las masas, renuncia a la lucha antiimperialista y cede la dirección del movimiento independentista a los nacionalistas.

La lucha por la independencia es una fuerza motriz para la revolución en Puerto Rico y es potencialmente una chispa para la revolución en toda la región. El derrocamiento revolucionario del imperialismo estadounidense requiere una lucha conjunta del proletariado estadounidense y las masas puertorriqueñas que se extienda al resto del Caribe. ¿Significa esto que debemos llamar al proletariado de la isla a esperar pasivamente a que se produzca la revolución en EE.UU.? No. La lucha por la emancipación nacional puede y debe convertirse en una revolución socialista y continuar sin interrupción. Sobre esta base luchamos por la revolución permanente en Boriquén y por una federación socialista del Caribe.

En vez de propugnar la unidad revolucionaria basada en la lucha por derrocar al imperialismo estadounidense, la LCI promovió la unidad con base en el internacionalismo liberal, estableciendo que la principal tarea de los obreros estadounidenses era "combatir el chovinismo racial en EE.UU.". La vanguardia del proletariado unirá a la clase obrera no a través de prédicas morales, sino dirigiéndola en la lucha conjunta contra el imperialismo. Debe mostrar cómo el combate del proletariado estadounidense en su propia defensa es un lado de la lucha, y cómo la lucha de las masas puertorriqueñas, junto con los demás pueblos de América Latina, por su emancipación es el otro lado. A medida que ambas luchas persistan, mostrarán a estos obreros que existe entre ellos una alianza objetiva basada en acabar con la tiranía imperialista estadounidense. Como escribió Trotsky:

> "Cuanto más rápido la ***vanguardia*** proletaria americana, en América del Norte, del Centro y del Sur, comprenda la necesidad de una colaboración revolucionaria más estrecha en la lucha contra el enemigo común, más tangible y fructífera será esa alianza. Clarificar, ilustrar, organizar esta lucha—en esto consiste una de las tareas más importantes de la IV Internacional".
>
> —"La ignorancia no es un instrumento de la revolución" (enero de 1939) ■



AP

Independentistas puertorriqueños hechos prisioneros por la Guardia Nacional de los imperialistas, 1950.

La Guerra de las Malvinas/Falklands: El enemigo principal era el imperialismo



Cleaver/AP; recuadros: PA, Bettmann

Hundimiento del *HMS Sheffield* británico tras ataque de la aviación argentina, 28 de mayo de 1982. Recuadros: primera ministra británica Margaret Thatcher, presidente estadounidense Ronald Reagan.

La siguiente moción, editada para su publicación, fue adoptada por la VIII Conferencia Internacional de la LCI.

La guerra de las Falklands [como las llaman sus habitantes] de 1982 ocurrió en el contexto de una ofensiva del imperialismo estadounidense en toda América Latina. En respuesta a la intensificación de la explotación imperialista durante los años 60, la clase obrera argentina estalló en lucha. La burguesía argentina buscó varios caminos para controlar a la clase obrera, incluso regresó a Juan Perón al poder (lo cual no tuvo éxito). Finalmente, en 1976, recurrió a una junta militar con el apoyo de los imperialistas para reprimir al combativo movimiento obrero e implementar reformas neoliberales como parte integral de la alianza anticomunista dirigida por EE.UU.

En 1982, en el momento en que había un creciente descontento y protestas obreras, la junta, ya bajo el mando del Teniente general Galtieri, invadió las Falklands que estaban controladas por Gran Bretaña, así efectivamente desviando la lucha en su contra y canalizando bajo su dirección el sentimiento antiimperialista que motivaba las protestas. Al mismo tiempo, la invasión coincidía con el interés de la burguesía argentina en disminuir la presencia de los británicos en la región.

El gobierno de Margaret Thatcher buscaba apuntalar la decadente posición del imperialismo británico estrechando su alianza con Estados Unidos y aplastando al movimiento obrero. Fue la punta de lanza para efectuar las reformas neoliberales tanto en Gran Bretaña como alrededor del mundo, destruyó la industria del país y subordinó completamente la economía a la City de Londres basándose en la exportación del capital financiero. Para los imperialistas británicos la guerra tenía como propósito defender su posesión colonial, como parte de mantener su papel como potencia expoliadora.

La victoria de Argentina estaba en interés de los obreros. En Argentina hubiera sido un paso en la dirección de la emancipación nacional y hubiera debilitado el yugo imperialista mundial. Además, un golpe contra los imperialistas que empujaron la austeridad neoliberal hubiera alentado la lucha obrera y social, incluyendo en contra de la junta que había implementado los ataques. La derrota de Gran Bretaña habría abierto la posibilidad para que la clase obrera y los oprimidos derrocaran a Thatcher y al imperialismo británico. La derrota de Argentina, como sucedió, intensificó el saqueo del país y en Gran Bretaña reforzó al gobierno de Thatcher en su ofensiva contra la clase obrera.

Esta conferencia rechaza nuestra posición reaccionaria que estaba por la derrota de ambos lados. En cuanto a Argentina argumentamos:

> "Una victoria para la junta argentina en esta guerra hubiera sido ***contraria*** a los intereses de las masas trabajadoras argentinas, intensificando los sentimientos chovinistas que Galtieri había animado y manipulado para desactivar una pujante lucha de clases".
>
> —"Gran Bretaña y Argentina: Entre unas rocas y la ignorancia", *Workers Hammer* No. 220, otoño de 2012

En vez de romper las ilusiones que la gente tiene en el nacionalismo, nuestra línea sólo podía reforzar la influencia de los nacionalistas, negando que la lucha antiimperialista fuera central en Argentina. Al rechazar la necesidad de dar una dirección revolucionaria a la lucha antiimperialista, la dejamos en las manos de los nacionalistas que la van a traicionar. La manera de ganar a las masas del nacionalismo es competir por la dirección de la lucha nacional.

Una lucha exitosa contra el imperialismo requiere una dirección comunista. La única manera de derrocar el imperialismo británico en esa guerra era una alianza de los obreros argentinos y británicos en una lucha contra su enemigo común, el imperialismo. El nacionalismo es un obstáculo a esa lucha porque divide a la clase obrera internacional. La burguesía nacional limita la lucha contra el imperialismo a sus propios objetivos y métodos que no amenazan en el fondo la propiedad privada, rechazando las medidas que asestarían los mayores golpes en contra del imperialismo. Argentina no se iba a liberar simplemente por expulsar a Gran Bretaña de las Falklands. Su liberación exige cancelar la deuda imperialista, derrocar las privatizaciones, deshacerse de la austeridad, etc.



CEDOC; recuadro: sin crédito

Movilización obrera en Argentina, 30 de marzo de 1982. Al invadir las Falklands el 2 de abril, Galtieri logró desactivar el estallido social. Iniciada la guerra, los trotskistas tenían que apoyar la victoria de Argentina para avanzar la liberación nacional y social y canalizar la lucha antiimperialista contra Galtieri.

Todo lo que alza al proletariado en lucha impulsa a la burguesía nacional hacia los imperialistas, ya que el proletariado representa una amenaza al dominio de clase de la burguesía. La lucha por la emancipación de la nación y por la liberación social únicamente pueden avanzar juntas. La cuestión decisiva en la Guerra de las Falklands era utilizar la lucha antiimperialista como palanca para impulsar la revolución socialista internacionalmente.■

Palestina...

(viene de la página 63)

perspectiva de escindirlo. Las FDI están compuestas en su inmensa mayoría de conscriptos obligados a servir. Si el servicio militar deja de considerarse vital para la supervivencia del pueblo judío, si el costo de oprimir al pueblo palestino se eleva demasiado y si el conflicto dentro de Israel alcanza el punto de ebullición, el ejército israelí puede resquebrajarse y lo hará.

Más de 75 años de historia brutal han entrelazado por completo los destinos de los judíos israelíes y los palestinos. La liberación de Palestina requiere la destrucción del estado sionista, que es imposible sin la liberación de la clase obrera israelí. A su vez, el avance económico, democrático y social de los obreros israelíes, e incluso su permanencia en el Medio Oriente, requiere el fin de la opresión de Palestina, que es el fundamento mismo del estado sionista.

Cómo derrotar al imperialismo

Israel está respaldado por Estados Unidos y todas las demás potencias imperialistas, como se ha visto una vez más con su apoyo incondicional a la embestida contra Gaza. Por lo tanto, la liberación de los palestinos requiere una estrategia para enfrentar y derrotar al imperialismo en el Medio Oriente y, en última instancia, en todo el mundo. Pero los nacionalistas son totalmente incapaces de hacerlo, al depositar su fe en la ONU y la "comunidad internacional" o al confiar en que los estados árabes hagan retroceder a EE.UU.

La ONU es una guarida de ladrones dominada por EE.UU. y las "grandes" potencias, que son a su vez responsables del desmembramiento de Palestina y la perpetuación de su opresión. El consenso entre los imperialistas es totalmente pro Israel. Incluso si orquestaran un cese al fuego o un acuerdo de paz, éste reflejaría necesariamente su interés, que es mantener el estado sionista como su puesto de avanzada en la región. Desde la OLP hasta la campaña de BDS [boicot, desinversiones y sanciones], cualquier estrategia que se apoye en los ladrones del mundo sólo puede intensificar la opresión de Palestina y conducir a la derrota.

En cuanto a los estados musulmanes, desde Egipto, Jordania y Líbano hasta Irán, han apuñalado cientos de veces por la espalda a los palestinos en aras de sus propios intereses oportunistas. Los jeques, dictadores y mulás que dominan el mundo musulmán "defenderán" a Palestina sólo en la medida en que eso ayude a sus propios objetivos económicos y militares y fortalezca su propia posición. Cualquier estrategia que vincule la lucha por la liberación palestina a ellos acabará necesariamente en traición.

Lo que se necesita es una estrategia que se base no en la "comunidad internacional" de imperialistas y gobernantes capitalistas regionales, sino en la movilización de la ***clase obrera internacional*** contra todas las potencias imperialistas y capitalistas. Lo que se necesita es una alianza de obreros y campesinos en todo el Medio Oriente para echar a los imperialistas estadounidenses y liberar a toda la región. Esto incluye a los obreros judíos israelíes que no tienen ningún interés en seguir siendo utilizados como peones de EE.UU. Además, quienes luchan por Palestina deben construir un frente internacional con organizaciones obreras estadounidenses, británicas, francesas y alemanas para detener los envíos de armas a Israel. Estos trabajadores son los que transportan las armas. Y sus luchas son la forma más segura de debilitar al imperialismo y hacer avanzar la causa de la liberación palestina.

Pero son precisamente estos aliados tan confiables a quienes los panislamistas y los nacionalistas rechazan. Al aliarse con los gobernantes árabes, se alían con los explotadores de las masas árabes. Y los obreros estadounidenses y europeos, incluidos los obreros judíos, nunca serán ganados a una lucha librada bajo la bandera islámica y por la destrucción de todos los israelíes.

Porristas socialistas de Hamás

Tras la ofensiva de Hamás contra Israel el 7 de octubre, los medios de comunicación pro israelíes han desatado una campaña de propaganda masiva para justificar la sangrienta represalia militar de Israel y maquillar la opresión palestina. Para contrarrestarla, muchos supuestos comunistas y socialistas —desde el Socialist Workers Party en Gran Bretaña hasta el Partido Comunista de Grecia— han escondido bajo la alfombra los criminales ataques de Hamás contra civiles en nombre del derecho de Palestina a defenderse.

Esto no sólo arrastra el nombre del comunismo por el lodo al asociarlo con los crímenes de Hamás, sino que también acepta que el pueblo palestino siga siendo dirigido por estos fanáticos carniceros islamistas. Tales izquierdistas saben muy bien que Hamás no traerá la liberación palestina y, sin embargo, guardan silencio sobre la cuestión por una solidaridad liberal barata.

Toda la estrategia de Hamás consiste en provocar una fuerte reacción israelí, lo que pone efectivamente un chaleco suicida a toda Gaza. Es necesario tomar una posición inequívoca en defensa de Gaza contra las sangrientas represalias de Israel y, al mismo tiempo, oponerse a esta desastrosa estrategia.

Algunos izquierdistas como Left Voice, sección estadounidense de la Fracción Trotskista [cuya sección mexicana es el Movimiento de Trabajadores Socialistas], susurran al final de su artículo: "Estamos del lado de la resistencia del pueblo palestino. Pero eso no implica compartir la estrategia y los métodos de Hamas, que tiene como objetivo establecer un Estado teocrático" (7 de octubre). Dicho esto, nada de lo que escriben busca romper el dominio del nacionalismo y el islamismo sobre la lucha de liberación palestina. Al igual que la mayor parte de la izquierda, asumen el papel de porristas liberales, que no pueden ser críticos de grupos oprimidos incluso cuando éstos están siendo llevados al abismo.

El papel de la izquierda seudosocialista es aún más despreciable dada la desesperada y creciente necesidad de los palestinos de un camino viable para su liberación. Los acontecimientos se desarrollan rápidamente hacia un nivel de carnicería y reacción que no se ha visto en décadas. Si los socialistas no luchan por una solución revolucionaria al conflicto, la creciente desesperación del pueblo palestino se canalizará una vez más hacia los brazos de la reacción islamista, mientras que los judíos serán empujados con mayor fuerza hacia los brazos del sionismo. Este carnaval de reacción no se quedará dentro de las fronteras de Israel y Palestina, sino que se extenderá a lo largo y ancho del Medio Oriente y el mundo. Romper este ciclo es la tarea urgente de los socialistas.

¡Defender Gaza!
¡Fuera Israel de Cisjordania y los Altos del Golán!
¡Por una federación socialista del Medio Oriente! ■

Liga Comunista Internacional (Cuartainternacionalista)

icl-fi.org • spartacist@spartacist.org • @SpartacistICL • Box 7429 GPO, New York, NY 10116, EE.UU.

Spartacist League of Australia

asp@exemail.com.au • (03) 9329 0275
@Aust_Spartacist
Spartacist ANZ Publishing Co.
PO Box 967, North Melbourne Vic 3051, Australia



A$5 / 3 issues • International rate: A$7

Spartacist League/Britain

workershammer@btconnect.com • 020 7281 5504
@WorkersHammer
Spartacist Publications
PO Box 42886, London N19 5WY, Gran Bretaña

WORKERS HAMMER

£5 / 4 issues
Europe outside Britain and Ireland £7 • Other countries £9

Spartakist-Arbeiterpartei Deutschlands

spartakist@online.de • (0 30) 4 43 94 00
@spartakist_IKL
SpAD, c/o Verlag Avantgarde
Postfach 2 35 55, 10127 Berlin, Alemania



Abo (3 Ausgaben): € 3 • Auslandsabo: € 6

Ligue trotskyste de France

ltfparis@hotmail.fr • 01 42 08 01 49
@leBolchevik_LTF
Le Bolchévik, BP 135-10
75463 Paris Cedex 10, Francia



4 numéros : 4 € • Hors de France : 6 €
Chèques à l'ordre de : Société d'édition 3L

Τροτσκιστική Ομάδα της Ελλάδας

Grupo Trotskista de Grecia

spartacist@hotmail.com • 693 069 4112
@toe_icl
Τ.Θ. 8274, Τ.Κ. 10210, Αθήνα, Ελλάδα
Box 8274, Atenas 10210, Grecia



Συνδρομή 2 € / 4 τεύχη

Lega trotskista d'Italia

red_sp@tin.it • 02 9163 7755
Spartaco, Ufficio Milano Cordusio
Casella postale 430, 20123 Milano (MI), Italia



Abbonamento a 4 numeri: € 5
Europa: € 6 • Paesi extraeuropei: € 8

Grupo Espartaquista de México

elantiimperialista@protonmail.com
@GEM_LCI • GEM.LCI
Escribe sólo: Ángel Briseño, Apdo. Postal 006
Admón. Postal 13, CP 03501, Ciudad de México, México

EL ANTIIMPERIALISTA

México $40 / 4 números
América Latina: Méx. $80 • Otros países: US$6 o 6 €

Ligue trotskyste au Québec et au Canada/ Trotskyist League in Quebec and Canada

republique.ouvriere@gmail.com
tl.workerstribune@gmail.com
(514) 728-7578 • République ouvrière • @Rep_Ouvriere
Les Éditions collectives, C.P. 583 Succ. Place d'Armes
Montréal QC H2Y 3H8, Canadá

RÉPUBLIQUE OUVRIÈRE

3 numéros : 5 $Cdn • Prix international : 10 $Cdn

WORKERS TRIBUNE

3 issues: Cdn$5 • International price: Cdn$10
Chèques à l'ordre de / Pay to: Les Éditions collectives

Spartacist/South Africa

spartacist_sa@yahoo.com • Voicemail: 088-130-1035
AmaBolsheviki Amnyama • @AmaBolsheviki
Spartacist, P.O. Box 61574
Marshalltown, Johannesburg 2107, Sudáfrica

AMABOLSHEVIKI AMNYAMA

R10 / 4 issues • International rate: R20

Spartacist League/U.S.

vanguard@tiac.net • (212) 732-7860
@WorkersVanguard
Box 1377 GPO, New York, NY 10116, EE.UU.

WORKERS VANGUARD

US$5 / 10 issues • International: US$15 / 10 issues

En defensa de la revolución permanente



¡Por una dirección comunista de la lucha antiimperialista!

¿QUÉ ES LA REVOLUCIÓN PERMANENTE?

El siguiente documento fue adoptado por la VIII Conferencia Internacional de la LCI.

La época del imperialismo se caracteriza por la división del mundo entre un gran número de países oprimidos y un puñado de países opresores que dominan económica y militarmente. La situación mundial actual se caracteriza por la hegemonía del imperialismo estadounidense que, en alianza con las demás potencias imperialistas (Alemania, Gran Bretaña, Francia, Japón), subyuga a la enorme masa de la población mundial mediante la exportación de capital financiero. Los viejos tiempos de los imperios coloniales, con su saqueo desnudo y abierto de las colonias, han cedido su lugar al pillaje de países formalmente independientes, pero que en realidad son neocolonias o estados dependientes sometidos por el chantaje económico y militar de las "grandes" potencias.

En la mayoría de los países de África, Asia, América Latina y Europa Oriental, no es la burguesía nacional sino los imperialistas quienes controlan y dictan todos los aspectos

sigue en la página 42

Fotos: Joe/AFP; recuadro: Basil Blackwell, Inc.

Huelga de mineros sudafricanos, Marikana, 2014. Recuadro: líder bolchevique León Trotsky, quien desarrolló el programa de la revolución permanente, dirigiéndose a los soldados del Ejército Rojo en 1920.